

MOTIVOS PARA MORIRSE

Julián Andrés Torres H.





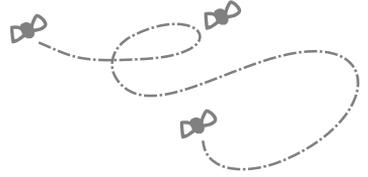
Vassily Kandinsky (1916), Moscow I - Tomada de <https://www.wikiart.org/es/>



MOTIVOS PARA
MORIRSE

Julián Andrés Torres H.

Esta obra es publicada por la Editorial Universidad de la Amazonia
Florencia - Caquetá, 2023



© **Torres Hernan, J.A. (2023).**

Motivos para morirse (libro de cuentos). Julian Andres Torres Hernan.
Editorial Universidad de la Amazonia, Florencia-Caquetá, 2023
146 pp. Tamaño (14x21cm)

ISBN (Digital): 978-628-7693-03-6

ISBN (Físico): 978-628-7693-02-9

Primera edición: Florencia, Caquetá / 2023

© **Editorial Universidad de la Amazonia**

Palabra claves: Cuentos; Relatos; Violencia, Fracaso

Portada: Moscow I (1916), (Vassily Kandinsky)

Tomada de WikiArt.org

Impresión y terminación:

Diagramación: Yeison Julián Penagos García

Tiraje: 200

Universidad de la Amazonia

Vicerrectoría de Investigación e Innovación

Editorial Universidad de la Amazonia

vinvestigaciones@udla.edu.co

editorial@uniamazonia.edu.co

Florencia - Caquetá, 2023

Depósito Legal: Según Decreto 1080 de 2015, Ley 1379 de 2010
y Ley 1915 de 2018.



"El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del (los) autor(es) y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de la Amazonia, ni genera su responsabilidad frente a terceros. El (los) autor(es) asume(n) la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella" Florencia, Caquetá, Colombia.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este con fines comerciales. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo de la editorial y su autor.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

*A la familia Torres Rey por las lecciones de locura y amor recibidas en
aquellos abismos remotos de los Andes*

¿Qué otra cosa es el hombre sino memoria de sí mismo?
JUAN JOSÉ ARREOLA

Nota del autor

Los relatos que conforman este libro se escribieron entre el 2007 y el 2020. La mirada de hielo es un texto cimentado sobre la estructura del cuento Putas Asesinas de Roberto Bolaño y la tesis planteada en el ensayo La mirada de hielo de William Ospina, algunas de las ideas expuestas son suyas. La estructura del cuento El Regreso recuerdo haberla intuido en un cuento de Nadine Gordimer que también ocurre en un aeropuerto, lo escribí como ejercicio final del Taller de Escritores de la Universidad Central y fue el ganador de un modesto concurso. Últimos atardeceres en la tierra es el nombre de un cuento de Roberto Bolaño en el que un padre y su hijo salen a sus últimas vacaciones, con ese título termina mi texto y fue inevitable; en Bolaño aquella frase hace referencia al adiós, en mi caso a la duración del remordimiento. El relato Prueba de Paternidad fue escrito para un concurso de cuento de Ibraco cuya condición era que debía empezar con un fragmento de la canción Desafinado de Joao Gilberto. La oración “en desiertos de violencia siempre hay oasis de terror” presente en el cuento ¿A quién le pregunto la hora? es de Baudelaire, si mal no recuerdo. El cuento Un encuentro inesperado es un homenaje a los juglares vallenatos; en él combino anécdotas de Francisco el Hombre, Leandro Díaz y Emiliano Zuleta Baquero, los versos son de mi autoría. Los relatos que hacen parte de la última parte de este libro tienen deudas de estilo con Schwob, Borges, Wilcock y Bolaño; todas las falencias son mías.

Las otras deudas que tengo he tratado de trabajarlas hasta el punto de no sentirme en la obligación de mencionarlas.

MOTIVOS PARA
SOBREVIVIR



El regreso

*“Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo
de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.”*

JORGE LUIS BORGES

Para Dennis Morales

Las cosas así no se suelen recordar hasta que han pasado muchos años. Un día caminas por una calle concurrida y el rostro de alguien te trae a la memoria una imagen del pasado que creías olvidada o, mejor sea dicho, que no imaginabas haber vivido. Fue así como recordé que durante el tiempo que anduve por Buenos Aires siguiendo las pistas de Roberto Arlt, vi a una joven en el aeropuerto, a punto de abordar, que se despedía de su familia ¿Qué otra cosa podría ser aquel conglomerado de seres que se acercaban a abrazarla y se alejaban como polillas estrellándose contra un bombillo?

La joven era dueña de una mirada dulce y una sonrisa capaz de cambiarle la cara de uva pasa a cualquier amargado. Tenía las cejas pobladas, unos labios gruesos y bien definidos que incitaban al beso y un cabello rizado del color de la barba de la mazorca. Y no sé por qué, pero algo en su apariencia, en su forma de mirar, en la manera particular en la que se desenvolvía me recordó a Rachel Clare, la actriz que interpretó a la dulce Wendy en la película Peter Pan dirigida por el australiano P. J. Hogan.

Cuando por fin parecía haber concluido el ritual familiar de despedida, apareció, de pronto, un joven alto, flaco, no muy bien vestido y peor peinado que se acercó y la abrazó con fuerza. Fue un abrazo violento, emotivo y triste a la vez, por lo menos así me lo pareció. Tanto así que mientras sus cuerpos se estrecharon, parecían disolverse en una sola figura: una afligida escultura de carne y hueso. Al separarse, después de varios besos insistentes, casi desesperados, el joven sacó un papel amarillo y arrugado del bolsillo del pantalón y se lo entregó a la chica, segundos antes de que ella se alejara y fuera devorada por aquella puerta que la llevaría a su destino.

Ellos siguieron por separado su viaje y yo seguí el mío. Jamás los volví a ver. Solo siguen existiendo en las vidas alternas que les invento.

Solo una hora, Dios, solo una hora para llegar.

Cinco años desde que me fui. Cinco años sin verte, sin sentirte y ya dos sin noticias tuyas. ¿Te habré hecho falta, Arturo?, ¿Estarás en el aeropuerto?, ¿Te habrán avisado de mi regreso? Aunque esté mal decirlo, aún no logro saber si irme fue una buena decisión. A veces pienso que sí; otras, en cambio, que fue una completa estupidez. No fue nada fácil dejar atrás la universidad, la familia, los sueños de una vida juntos. Te rompí y me rompí el corazón adrede y, de paso, se lo rompí a mi familia. Y eso ¿sabes por qué? Al principio me autoengañaba diciendo que era para salir adelante, para triunfar, y, sin embargo, al llegar a Australia, me di cuenta de que todo era una mentira, que no me había ido para lograr nada, sino para evadirme de ti y del pantano que se había vuelto nuestra relación. Sabía que de no

irme me hundiría. Aún lo creo. Sabía que me amabas, y, pese a eso, tenía claro que no cambiarías, que continuarías con tus coqueteos y tus perradas, que persistirías en perder el tiempo. A ti, querido, te echaron a perder tus amigos, ¿ya los habrás superado? Tu amigo Diego, al que nunca le crecía bien la barba y tu amigo Enrique, que planeaba las encerronas que les hacían a las chicas, son unos inadaptados. Tú eras diferente, y, aun así, no querías ver lo evidente, ¿no te dije mil veces que estabas desperdiciando tu talento como novelista al lado de esos dos? Ahora que lo pienso, supongo que me equivoqué de cabo a rabo, que este viaje fue para evitar una confrontación contigo, que me fui por ti y no por mí, y creo que si hay algo que nunca podemos perdonarnos como seres humanos es tomar decisiones por los demás y no por nosotros mismos. La cagué, Arturo, la cagué. Al principio, claro, supuse que valdría la pena, que el cambio de vida me sentaría bien, que vivir en un país extranjero me haría mejor. Y bueno, es cierto que me volví una mujer más independiente, que aprendí una nueva lengua, que abrí mi mente e hice algo de dinero, y, no obstante, a pesar de toda la miel y la hiel que tuve que tragar, siento que llego con las manos vacías. No niego que me divertí, que conocí lugares maravillosos, que tuve algunas buenas experiencias, pero ahora que logro ver las cosas con más claridad, o que ya quiero verlas de ese modo, comprendo que no hubo nada capaz de darle sentido a este viaje. ¿Por qué no me detuviste, Arturo?, ¿Por qué me apoyaste en esta insensatez? Una palabra tuya habría bastado para cancelar el viaje; una sola señal para mandarlo todo al carajo. Pero, claro, tú y tu maldito respeto por las decisiones de los demás, tú y tu sabiduría pendeja que se opone al egoísmo. ¿Acaso no te dabas cuenta, tonto, que quería que reaccionaras, que cayeras en cuenta de que las cosas no podían seguir así? Se

te notaba que se te despedazaba el alma con mi partida; bien guardado me lo tenía, antes de contarte, y, aun así, lo único que hacías era apoyarme, darme ánimo. Trágate el mundo, me decías, cuando lo único que quería era tenerte a ti y que me dijeras que me quedara a tu lado. ¿Sabes cómo se llama eso, Arturo? ¡GUE-VO-NA-DA! Maldito seas por no haberme detenido, maldita tu generosidad de espíritu. Ojalá estés en el aeropuerto y me beses y me abrases como la última vez. Qué boba fui. ¿Por qué no solo te dije que estaba harta? ¿Por qué no hablé contigo? Estoy segura de que habrías entendido. Quizá, también, habrías cambiado. Tal vez no, pero no me aplastaría el remordimiento. En verdad fui una ilusa, Arturo, creí que con llenarme la cabeza de ilusiones románticas y con ir a Australia y entrar al maldito Sídney Opera House dejaría de pensar en ti. Ahora me avergüenzo al recordar cómo antes del viaje contemplaba con devoción enfermiza las fotografías de aquella vida falsa que se me prometía, como me colgaba, una a una, mentiras en la cabeza. Y al final, una completa desilusión. No encontré nada de lo que había imaginado. Tal vez los edificios, sí; los paisajes, también; los koalas y los canguros, por supuesto. ¡Comí carne de canguro, qué horror! Y por ningún lado hallé la emoción que suponía me aguardaba en Australia. Me sentía vacía, era algo que nunca había experimentado. Era como si mi cuerpo estuviera hueco y nada, ni los paisajes, ni el licor, ni el sexo, ni siquiera la amistad pudieran llenarlo. Sídney es una ciudad sin aventura. Una ciudad en la que suceden muchas cosas, pero ninguna tiene que ver contigo. Es como si allí las cosas te pasaran por el lado, o te atravesaran como fantasmas, o dieran un gran rodeo para no encontrarte. ¡Qué mamera cuando solo se ven nubes por la ventana! Recuerdo que cuando caminaba por el Darling Harbour o el National Maritime Museum, me daba

cuenta de que todo era falso, Arturo, que todo había sido construido y ubicado con la frialdad calculada con la que se pretende hacer parecer las cosas más bellas. Pero no, nada es más bello por pretender serlo, nada es más valioso por solo quererlo. Fui a muchas fiestas, Arturo, me emborraché, tuve sexo, incluso con mujeres, probé las drogas, aprendí a fumar, a hacer un buen oral... creí que la embriaguez me ayudaría a olvidarte, pero, desafortunadamente, cuando la vida volvía a su implacable regularidad, tú regresabas a mí. No sé cómo aguanté tantos años de eso, quizá por esa tendencia de nosotras las mujeres a aguantarlo todo, a soportarlo todo, a imponernos cargas que no nos corresponden. Te eché de menos, Arturo, te eché de menos. Muero de ganas de verte, de abrazarte... No sé cómo llegué a imaginar que iba a desvanecer tu recuerdo con falsas caricias. Conocí muchos hombres, ¿por qué voy a negarlo?, quería que alguno me ayudara a borrarle de tajo. Y, en conclusión, ninguno lo logró, o, mejor dicho, yo no lo permití. ¿Por qué dejaste de escribirme, Arturo? ¿Por qué dejaste de hacerlo? Espero que no me juzgues por no responder tus llamadas ni tus últimos mensajes. Ya no soportaba lo impersonal de nuestras últimas cartas y conversaciones. Notaba en ellas algo de costumbre, de rutina, de hábito. Cada vez que hablábamos era un fastidio: nos aburríamos, nos desconocíamos, nos juzgábamos y terminábamos peleando. Estábamos hundidos hasta las narices en la maricada de los mismos temas, de los eternos reclamos y de los estúpidos celos; y creo que tú también lo notaste porque al final también dejaste de insistir. Y pienso que fue lo mejor que se nos ocurrió o hubiéramos terminado odiándonos o matándonos con el pensamiento, que es el peor modo como puede uno matar a la persona que ama. No sabes la cantidad de veces que leí la carta amarilla que me entregaste en el aereo-

puerto, mientras me tomaba un café en el King Cross, el único barrio de Sídney que no me parece simulado, y yo aprovechaba para pensar en cosas inútiles y en lo mucho que disfrutaba que me cachetearas mis nalgas cuando hacíamos el amor. No te imaginas, Arturo, cuanto lloré leyendo tu carta ni cuantas veces te imaginé a mi lado dándome consuelo. Y cada vez que me acordaba, Arturo, de tus parrandas vallenatas hasta las nueve de la mañana en la casa del profesor Feliciano y de las interminables caminatas por la Candelaria en las que buscábamos latas de gaseosa para adornar el árbol de Navidad y de los partidos de ajedrez con tu abuelo y de las trovas que le hacías a mi cabello o al gato de la tía Amanda, me daban unas ganas infinitas de gritar y de tragarme el océano para ir a buscarte. Y al final, no gritaba, ni me tragaba el Atlántico, sino que me embriagaba con vino barato (el único que podía comprar con las ganancias de mi sueldo miserable) y acallaba el pensamiento escuchando a todo volumen aquella música incomprensible y sin sentimiento que tanto odias. Ay, Arturo, en cada hombre que me besaba o me tocaba las nalgas o me lamía los pechos solo encontraba el sutil estremecimiento de tu recuerdo. Sé que hace tiempo no hablamos. Tengo tantas ganas de contarte todo, de acostarme a tu lado en el prado de algún parque y hablarte hasta que el frío de tarde nos espante. No me creerás cuando te cuente que trabajé lavando baños y arreglando oficinas. Tú que decías que yo era complicada para comer, no me creerás cuando te cuente que me pasaba semanas enteras cenando sardinas enlatadas con arroz. Tú que me criticabas por ser consentida, menos me creerás que trabajé como acomodadora en un cine porno y que de no ser por uno de mis compañeros, que se dio cuenta a tiempo de que un viejo verde me empujó a un rincón oscuro de la sala, me hubiera violado... Nada más

una hora de este vuelo insensato, una hora para verte, unos minutos para estar de nuevo contigo ¿Cuánto habrás cambiado, Arturo?, ¿Estarás en el aeropuerto?, ¿Habrás recibido mi recado?

La hora llegó.

Es lo que se dice cuando la alarma de su celular lo despierta con un vallenato de Calixto Ochoa que recuerda haberle dedicado años atrás (y si me pierdo en la lejanía de este mar inmenso, díganle a Diana que en busca de ella es que andaba yo). Toma el celular con rapidez, apaga la música (lástima) y, luego de comprobar que ella sigue dormida (como un lirón), se levanta con cuidado, sale de la habitación, entra al baño, orina procurando no salpicar los bordes del inodoro (ante todo la puntería) y finalmente, se dirige a la cocina para hacer la llamada. Reconoce con facilidad el número en el historial: el mismo número que ha marcado todos los días desde que le informaron del regreso. Guarda la esperanza de escuchar la palabra retraso, cancelación (ojalá fuera una broma), pero no, el itinerario sigue su curso normal (¿Y ahora?).

Mientras se ducha y se viste, siente como cada segundo que pasa es una tenaza que le aprisiona las tripas. Sale de su casa con prisa: sin desayunar, sin despedirse. No quiere dar explicaciones (no las tiene). En la calle mira el reloj (falta bastante) y el cielo (nublado, como siempre). Decide caminar un rato. Debe pensar, organizar sus ideas. Baja por la avenida Jiménez hasta la séptima y luego hasta la avenida el Dorado (¿de dónde sale tanta basura?). Durante ese trayecto, intenta darse a sí mismo las explicaciones que le dará. Trata de darle alguna

lógica a sus argumentos (¿cuál es la premisa?), calcula el tono, selecciona las explicaciones, entrevé algunos gestos, con la plena conciencia de que ninguna preparación le servirá de nada. Sabe de sobra que terminará por decir cosas que no quiere decir y de la manera que no lo había dispuesto.

No se le ocurre, hasta el momento que pasa caminando por el Planetario, que las cosas no serán tan fáciles: la familia estará presente (¡CARAJO!). Se enoja por haber olvidado ese detalle. Compra un tinto a un vendedor ambulante y mientras lo bebe a sorbos moderados (¿qué putería las vainas tan calientes!), ensaya respuestas a las posibles preguntas (¡ojalá no pregunten tanto!). Paga el café y toma un taxi. Al aeropuerto, por favor, se escucha decir con voz falsa, una voz que no es la suya o que no reconoce como suya. La ciudad gris pasa ante sus ojos por las ventanas del automóvil y los andenes, los árboles, la poca gente que camina a esa hora se transforman en manchas opacas. Le parece una ciudad ajena. Una ciudad de nadie.

Por un instante, tiene la vaga ilusión que todo será como antes (nada será como antes). En poco tiempo, ella llegará con la esperanza ciega de encontrarlo, con la ilusión de que él la espera. Pero no. El sueño de ser escritor se esfumó, el sueño de los viajes y la aventura junto a ella quedó atrás. Hace dos años él se enamoró (de nuevo), se casó (con Miranda), tuvo un hijo (Esteban), terminó la carrera (Derecho), encontró trabajo (compañía multinacional), se quitó la barba (inaceptable), y por el bienestar de un empleo fijo, abandonó la escritura (¿qué vaina!). Esas cosas cambian a un hombre. Esas cosas cambian un amor.

Al llegar al aeropuerto, siente cómo el nerviosismo se apodera de él (vacío en el estómago. Peso excesivo en las piernas. Manos sudorosas) Entra a la terminal, camina hacia la sala de

espera y allí se encuentra con los que algún día lo consideraron parte de la familia. Su saludo no es tan afectuoso como el de otros días, tampoco se podría decir que es distante. Responde con mentiras a algunas de las preguntas que le hacen y hace otras para simular interés. Luego, se sienta a esperar. Para evitar más preguntas o conversaciones que lo obliguen a seguir mintiendo, ojea revistas y periódicos atrasados. Noticias sobre divorcios, conquistas, temporadas en la cárcel de políticos y actores.

Por el altavoz se escucha que el vuelo 503 proveniente de Sídney Australia acaba de aterrizar (¡ya era hora!). De inmediato, los que algún día lo consideraron parte de su familia lo miran con una expresión de amable y feliz complicidad. Él les sonríe y espera de vuelta algún gesto que se convierta en una señal. Cualquier diminuta expresión que le dé pistas sobre lo que debe hacer. Y, sin embargo, nada. Las señales no aparecen o quizá no existen o no puede verlas. Un sentimiento oscuro lo aplasta (¿culpa, miedo, remordimiento?). Suspira en un intento desesperado de tomar fuerzas de su interior o de algún lado que él cree es el interior. Intenta aferrarse a algo, pero no hay de qué aferrarse. Así es la vida, así es la vida, se repite como si sus palabras fueran una medicina que se suministrara en pequeñas dosis para calmarse. Aguarda otro rato.

Finalmente, logra verla a lo lejos, por encima de los hombros y las cabezas de una multitud que espera la llegada de sus familiares (la altura es una bendición en este país de enanos). A través de la enorme puerta de vidrio, la ve dirigirse hacia la cinta transportadora para recoger su maleta. Su corazón parece escaparse del pecho. La contempla en su impaciente espera, mientras una sensación de nerviosa felicidad lo inmoviliza. La ve al final recoger y jalar con dificultad aquel rectángulo rojo y

grueso de rodachines y acercarse hacia la puerta, hacia el inevitable encuentro. La ve buscar ansiosa, entre la multitud, algunos rostros familiares (hermosa). Al parecer, encuentra algunos y sonríe (maravillosa). Ella aún no lo ha visto, pero él sí la ve acercarse, cruzar finalmente la puerta, soltar la maleta y abrazar a los suyos (despampanante). Tiene la intención de abrirse paso por entre la muchedumbre para abrazarla y besarla y decirle que la ama, pero el peso de su nueva vida lo detiene. No recuerda las palabras, los gestos, las promesas del papel amarillo. Solo ideas vagas, ilusiones, sombras, resquicios descuaderados de sentimiento... Inútil cualquier intento.

Al final, da media vuelta y se aleja sin decir nada. Quiz a nunca le diga nada. Puede que sea mejor decirle todo por teléfono.

Bogotá, 2009

Últimos atardeceres en la tierra

*“Pero este libro podría enseñarnos
que liberarse del miedo al diablo
es un acto de sabiduría.”*

UMBERTO ECO

Las primeras que notaron que su vientre engordaba creyeron que sufría de una inflamación en los riñones propia de su edad y de su mal comer; pero, luego, cuando advirtieron que su apariencia era la misma que la de una sogá con un nudo en la mitad, nadie dudó que había roto con sus votos y que se había entregado a los pecados de la carne. De modo que lo que al principio fue un fraterno sentimiento de compasión hacia ella, terminó convirtiéndose en un reconcomio de indignación y sospecha.

Ella, sin embargo, era la más extrañada al notar que cada mañana su vientre amanecía más grande. Sospechó al principio que era un simple mal del colon o una mera indigestión, pero cuando su estómago tuvo el tamaño de una calabaza y fue necesario soltarle el ruedo a su hábito, temió que un cáncer o alguna especie de tumor maligno se hubieran instalado en su cuerpo. Supuso que la muerte estaba cerca cuando el cabello comenzó a caérsele y los senos a pesarle, y por los inusuales ataques de laboriosidad de los que era víctima, y que ella creía no podían ser otra cosa que un impulso deliberado de su cuerpo para hacerle creer que no se estaba muriendo.

Por todos los rincones del convento corría el rumor de que

el pecado se había colado por los gruesos muros de piedra, y algunas monjas hasta llegaron a afirmar que el demonio cohabitaba con ella. Fue tanto el recelo que llegó a causarles a sus compañeras, que no volvieron a llamarla sor Bernarda, sino Bernarda a secas y se las arreglaron para no coincidir con ella en la misa de Maitines, ni a la hora de comer, con la excusa simple de que los pecados al igual que las enfermedades eran contagiosos.

Resignada con el distanciamiento al que la habían sometido sus discípulas, Sor Bernarda decidió que lo mejor era recluírse en su dormitorio para no contagiar a nadie. La Madre Superiora no intentó persuadirla para que no lo hiciera, pues quería dar fin, de una vez por todas, a los chismes de convento que amenazaban con menoscabar la buena imagen de su comunidad. Ordenó que le llevaran de comer dos veces al día, ya que no sería de buena cristiana dejar morir de hambre a una anciana que había caído en la desgracia del pecado.

En la prima noche del encierro, sor Bernarda se rindió de bruces sobre su lecho y lloró por horas como una niña asustada. En las treguas del llanto invocaba a su buen Dios, le ofrecía su sufrimiento y elevaba plegarias al cielo. No comprendía nada, ni tampoco trató de comprender. Tan solo repetía con resignada indignación “hágase tu voluntad” en las intermitencias del llanto, hasta que su cuerpo de anciana no aguantaba más el peso de los designios celestiales y finalmente se dormía.

En los tedios del encierro, sor Bernarda engañaba al tiempo y confundía a la soledad con oraciones y bordados. Trenzaba fibras de esparto, fabricaba flores de papel, rezaba el rosario y leía, durante las horas de más luz, libros tan dispares y variados, que bien podían ser las Confesiones de Santo Tomás o la Divina Comedia de Dante. Era una lectora tan voraz y caprichosa que

había leído la Biblia las mismas veces que El Quijote. Por esa razón, su habitación, repleta de libros apilados y tapizada de todo tipo de objetos e imágenes religiosas, parecía menos el aposento de una mujer de Dios y más una tienda de cachivaches.

Con el encierro de sor Bernarda, la vida en el convento recobró, en cierta forma, la paz de otros días. No se volvió a tocar el tema del extraño mal con el mismo ahínco con el que no se mencionaba la palabra Satanás. Continuaron los oficios religiosos y cotidianos, los responsorios, las charlas sobre Santa Rosa de Viterbo, Santa Casilda y Santa Clara de Asís; hasta que un día, cansadas sus compañeras de suplirla en las labores que ella había dejado de hacer desde su encierro, comenzaron a manifestarle a su superiora, con discursos de un apremio insidioso, que todo era un invento de la monja vieja para evadir sus deberes.

Fue así como cansada de tantos chismes de convento, la Madre Superiora mandó a llamar al médico para que examinara y determinara de una vez por todas el mal de Sor Bernarda. Durante la revisión, sor Bernarda rezó todo el tiempo sin entender y sin intentar entender lo que le pasaba. Sintió cómo el médico la palpaba con las manos frías en lugares donde nadie antes la había tocado. Al terminar el examen, el doctor salió del cuarto en silencio y, tras cerrar la puerta, con cierta ironía diagnósticó: “si no se está muriendo, tiene seis meses de embarazo”.

Las hermanas permanecieron mudas por unos segundos, con falso aire de indignación y rebotantes de gusto al escuchar repetir en voz alta sus propios pensamientos. Agobiada de vergüenza, la madre superiora pagó al médico sus servicios y le prometió indulgencias por su discreción. Luego, entró con brusquedad en la habitación y vio a Sor Bernarda orando sentada al

borde de la cama con los ojos cerrados, la cabeza gacha y las palmas de las manos unidas a modo de súplica. Llena de rabia le hizo una señal de ¡Vade Retro! como si fuera el demonio en persona, la amonestó diciéndole que era “un ser abominable ante los ojos de Dios” y la golpeó en la cara con su mano arrugada y gruesa de elefante. Al salir de la habitación dio un portazo mientras profería un latinajo contundente que nadie entendió, pero que asustó a todas: “Apocalypsis iesu christi, primogenitus mortuorum”.

A partir de ese día, sor Bernarda no volvió a hablar. Se hundió en un profundo río de silencio que se desbordaba solo mientras dormía. En las noches, despertaba a todas las hermanas gritando a todo pulmón exclamaciones desaguisadas, confusas retahílas y frases macarrónicas y deshilvanadas que hicieron verosímil la sospecha de que cohabitaba en contubernio con un ícubo maligno. Otras veces, en cambio, recitaba dormida a sor Juana Inés o a la Madre Josefa en las marañas inextricables de unos sueños que nadie jamás conoció. Soñaba con la torre de babel, con Sodoma y Gomorra, con las plagas de Egipto y con el purgatorio de Dante, hasta que, al fin, agotada de tantas imágenes bíblicas, despertaba sobresaltada y empapada en sudor.

Transcurridos dos meses del encierro, por uno de esos cambios de pareceres repentinos que caracterizan a los humanos, las novicias comenzaron a sentir una extraña familiaridad por Sor Bernarda. La hostilidad se convirtió en compasión, el disgusto en afecto, el prejuicio en devoción, y fue por esa metamorfosis de sentimientos que comenzaron a visitarla con asiduidad y a tratarla con ese aire cariñoso que adoptan los adultos cuando se dirigen a los bebés o a los perros. En ocasiones las visitas eran a horas tan inesperadas que muchas veces la

encontraban dormida y, aun así, se quedaban contemplándola por largo rato con un gusto insensato.

Todo el convento se había inmerso en una especie de idólatra devoción por Sor Bernarda, que había adquirido con el paso de los días una inusitada solemnidad. Llegó a parecerse tanto a la efigie augusta de una santa que la consideraron una mártir y las monjas más jóvenes la buscaban a escondidas para pedirle consejo; pues decían, que solo una persona como ella podía conocer los secretos del cielo y de la tierra. Y aunque sor Bernarda jamás pronunció palabra, gemido o cosa alguna en esos febriles monólogos de neófitas, todas salían satisfechas diciendo “que ella no les hablaba con más palabras y sabiduría que las del corazón”.

A pesar de su silencio, Sor Bernarda se hacía entender para que la complacieran en sus antojos de preñada que cada vez eran más extraños. Los primeros días, le llevaban arequipes de feijoa, dulces de papayuela, milhojas de arequipe y empalagosos merengues derretidos en leche que se comía con un deleite infantil. Pasado el tiempo, empezó a antojarse de jabón en polvo, de tierra húmeda, de pasto recién cortado, hasta que, asustadas sus compañeras, no quisieron complacerla más porque pensaban que esos caprichos eran propiciados por el demonio.

Una fría mañana de abril, en que las piedras del antiguo convento eran bañadas por una suave llovizna, las hermanas decepcionadas de tres meses de atenciones estériles decidieron no volver a visitar a Sor Bernarda. Retornaron a sus obligaciones religiosas con el mismo fervor de otros tiempos. Se sentían engañadas y decepcionadas, y volvieron a murmurar y a afirmar “que lo de sor Bernarda eran solo extravagancias de vieja”. Otras dijeron que estaba loca y que lo mejor sería echarla a la calle. Las más ofendidas subían a su dormitorio y le exigían

con discursos apremiantes e injuriosos que dejara salir lo que tenía adentro, que nadie duraba pariendo a un hijo más de nueve meses. Pero ella seguía silente y con el mismo semblante solitario que la acompañaría hasta la muerte.

Fue solo hasta agosto, en la víspera de la fiesta de la Asunción, que Sor Bernarda se incorporó de la cama y, con la misma torpeza de un becerro recién nacido, se arremangó el hábito, se acurrucó sobre una tinaja llena de batas sucias y dejó salir entre un mar de líquido amarillento el fruto de su soledad. No gritó, no pidió ayuda y, no sin cierta dificultad, se procuró a sí misma todos los cuidados que le hubiera dado una partera. Luego, con la misma escrupulosidad de un cirujano, tomó al niño por los pies y con la palmatoria, le revisó las manos, las orejas y la entepierna hasta estar segura de que no era un demonio.

Al día siguiente, el 15 de agosto de 1956 cayó sobre el convento un aguacero bíblico y las religiosas se estremecieron al pensar que era un anuncio del cielo. Aturdidas por el presagio, se dirigieron a la habitación de sor Bernarda y al entrar a la estancia, las embriagó un aroma abigarrado de flores que se confundía con el olor de libros viejos. Entre la luz mortecina de la habitación, contemplaron, algunas con tristeza, otras con recelo, el pedacito de mujer que yacía ausente sobre la cama. Estaba en los puros huesos, con la expresión de inocente expectativa de siempre y con el semblante solitario de los últimos meses. Parecía una muñeca de madera, un juguete abandonado entre los libros desparramados y las paredes tapizadas de medallas, escapularios, flores de papel, conchas de mar, cruces y otros objetos religiosos. Se sorprendieron de que alguien pudiera cambiar tan radicalmente de aspecto y en tan poco tiempo, y determinaron que no podía ser otra cosa que la impetuosa devastación del pecado.

La lloraron como se llora a una hermana y solo hasta después de arreglarla y de ponerle la mortaja fue que encontraron al niño en la canastilla de mimbre que le habían tejido semanas atrás. Al verlo, descubrieron el ser más hermoso que se hubiera visto jamás sobre la tierra. “Ave María, ¡Jesús credo!”, dijeron casi al unísono, pues el niño era de una belleza tan espléndida que dolía verlo con los ojos abiertos y se hacía necesario entornar la mirada como cuando se ve al sol. En la cabeza tenía un arbusto de pelo negro que se levantaba como si estuviera sumergido en el agua y unos ojos oscuros que parecían dos lagunas inmóviles. Eran unos ojos de reptil que no dejaban de mirar a las religiosas con pícara malicia, como si de cada una conociera los secretos más íntimos.

Consternadas con aquella mirada, lo revisaron por todos lados para descartar cualquier signo demoniaco y se encontraron no solo con un ser perfecto y bien dotado para el amor, sino con un torrente de voluptuosa concupiscencia que les subía por entre las piernas. Se extrañaron al ver que no tenía la apariencia indefensa y dulce de todas las criaturas de su edad, sino un aire de autoridad que las intimidaba y que no les permitía verlo con fijeza. Fue entonces cuando creyeron que esa belleza no provenía del cielo, sino del averno y se dieron a sí mismas la explicación acomodada “de que solo un demonio era capaz de emanar ese aroma confuso a flores y a la vez ser tan hermoso”.

A pesar del temor que les causaba, la superiora estableció que dentro de los oficios religiosos y de limpieza estarían incluidos los cuidados del bebe. Con más temor que esmero le cambiaban los pañales y lo alimentaban a regañadientes, mientras él continuaba viéndolas con aquellos ojos de lagarto que ninguna soportaba. Era esa mirada atenta la que les hacía sufrir pesadillas, porque temían que cuando aprendiera a hablar

revelaría todos los secretos que jamás le habían contado, pero que decían él conocía por las artes de una adivinación maligna.

Fue por ese temor que los cuidados del niño se fueron haciendo menos frecuentes y que poco a poco quedó abandonado a la mala del diablo y a la buena de Dios, pero en líneas generales abandonado. Se excusaban de los descuidos argumentando que estaba poseído por el demonio y por el olor confuso a flores que exhalaba y que decían era el mismo aroma de la muerte. Preocupada por la aprensión general contra el niño, la superiora intentó tranquilizarlas diciéndoles que era imposible que un niño estuviera poseído porque no tenía alma y que hasta que no la tuviera no podía interesarle ni siquiera a Dios. Pero nadie aceptó aquella teoría ecléctica y siguieron descuidándolo con desmadre.

Para la fiesta del Corpus, las religiosas decidieron que lo mejor sería que el niño muriera. Intentaron envenenarlo con trementina, pero no le produjo más que un poco de diarrea que nadie le cuidó; probaron dejarlo sin abrigo en las noches gélidas del convento, pero al amanecer lo encontraban sonriente; llegaron incluso a intentar reventarle el corazón de un susto, pero, al final, lo encontraban con el mismo rostro y los mismos ojos sagaces que las miraba sin odio. Entonces, cansadas de tantos intentos fallidos y convencidas de que era el diablo en persona, le amarraron un pie a la pata de la cama con una de las trenzas de esparto que tejía Sor Bernarda y lo encerraron a escondidas de la superiora con la pecaminosa esperanza de que Dios decidiría que hacer con él.

Al contrario de siempre, nadie más volvió a pensar en sor Bernarda ni en el niño hasta que pasados varios meses, con más exactitud, el Día de Todos los Santos, lo vieron gatear por las paredes haciendo destrozos por donde pasaba. Con el martillo

de la imagen de San Crispín despedazó los retablos litúrgicos del altar mayor y descabezó a San Pascual Bailón y a San Roque, también descascaró los frescos de la capilla principal, saqueó la urna eucarística y rompió el facistol de las misas del padre Isau-ro. Las hermanas y la superiora le gritaban toda clase de vade retros. Lo perseguían y trataban de bajarlo de los techos con escobas y traperos y con la vara de recolectar las guamas, pero el niño se movía con tanta habilidad que todo intento fue en vano. Aparecía en cualquier lugar jugando con la calavera de mayólica que le había quitado a la estatua de San Pedro de Alcántara e importunaba en las horas menos pensadas con sus gateos iconoclastas. Se desplazaba con la facilidad de una salamandra por las antiguas paredes de piedra y las vetustas vigas del techo mientras arrasaba todo a su paso.

Intentaron evitar los destrozos rociando las paredes con agua bendita y llenando de crucifijos, veladoras e imágenes religiosas todos los rincones del convento, pero nada sirvió. El niño seguía vagando por todos lados sin que nadie pudiera evitar sus ímpetus ciclónicos que interrumpían con los oficios religiosos y mantenían el alma en vilo de todo el convento.

Nunca se supo si fue por temor a perder su autoridad o por la certeza de que el niño era un demonio que la superiora buscó al padre Isauro para que lo exorcizara. “Solo los hijos de los demonios gatean por las paredes”, le dijo angustiada, y con tanta pesadumbre que el sacerdote la escuchó imperturbable por largo rato. Cuando la superiora terminó su exposición apocalíptica, el clérigo le dijo que iría a ver al niño para comprobar que en realidad se trataba de un caso de “*possessio malignus*” y le recordó que para practicar un exorcismo era necesaria la bendición del Vaticano.

Al día siguiente, armado con la fe imperturbable que siem-

pre lo había caracterizado, el padre Isauro subió acompañado de la Madre Superiora y varias novicias por las antiguas escaleras de piedra. Por alguna razón que no se pudo explicar, el sacerdote sintió cómo revivían en él las emociones que experimentó el día que ingresó al seminario: el mismo y antiguo temor de no responder como debía a las obligaciones que se le presentaban. La mañana era fría y unas nubes grises se habían instalado en el firmamento. El sacerdote tenía los huesos congelados desde el amanecer y aún no había podido hacer nada para calentarse. Subir las escaleras le causaba una penosa molestia, así que le pedía a su Divina Majestad le diera fuerzas para enfrentar al Maligno. Sabía que el diablo era fuerte, pero que jamás se igualaría con el poder omnipresente del Todopoderoso. Al llegar al umbral de la habitación, el padre se detuvo un momento, volteó y escrutó la expresión ansiosa de las monjas. Esperadme acá, les dijo con firmeza, pero con la sensación creciente de un cosquilleo de aprensión en los tobillos. El padre abrió la puerta con sigilo y entró en la habitación.

Afuera, las novicias vieron avanzar con pasos moderados al padre Isauro y luego retroceder desorientado como si alguien lo hubiera empujado. La Madre y las hermanas sintieron el aroma confuso de flores que salió catapultado de la habitación. Algunas, embriagadas por el aroma, se sentían arrepentidas por los malos tratos a los que habían sometido al niño, otras rezaban para que se hubiera muerto de una vez por todas. La madre Superiora trastornada por el olor a flores no sabía qué pensar ni a quién acusar, se sentía culpable de no haber sido más categórica con las novicias, pero también rezaba para que el niño estuviera muerto. “Es más fácil librarse de un espíritu que de un vivo, pues los espíritus son más fáciles de esconder”, repetía la madre en su cabeza.

Al entrar, al padre lo golpeó en la cara un tufo insoportable a flores y su primera reacción fue retroceder. Por la pequeña ventana de la habitación entraba una luz triste. El sacerdote levantó la palmatoria y las sombras se disiparon con suavidad y dejaron ver aquel océano de cachivaches que cubrían los muros de la habitación y el sinfín de libros apilados. En la mitad del viejo cuarto, en el mismo lugar donde meses atrás habían encontrado a sor Bernarda, el padre Isauro vio la hermosa presencia de un ausente. Era una figurilla inmóvil y desamparada que desprendía un aura mortal. El clérigo acercó la luz de la lamparilla sobre la pequeña forma y descubrió un demacrado cuerpo diminuto. Se inclinó para revisarlo y cuando comprobó que aquella existencia indefensa ya no era de este mundo sintió el peso de mil piedras en el corazón. Entonces fue cuando se percató del amarre de la pierna. Dejó la lámpara sobre una pila de libros empolvados y lo desató con cuidado. Luego, lo envolvió con un cobertor que encontró al paso, lo levantó en sus brazos y le hizo la señal de la cruz.

Cuando el padre salió de la habitación con el niño en brazos, el convento en pleno estaba esperándolo. La mirada del padre lo dijo todo. Las hermanas y la madre superiora se fijaron en el pequeño bulto que el padre sostenía y entendieron. El padre, seguido por las hermanas, como si de una procesión se tratase, condujo al niño hasta la capilla y lo colocó con ternura sobre el altar. En la maniobra la manta cayó y reveló la horrible expresión de la tortura. Todas miraron al niño en silencio y, así, continuaron viéndolo vagar por los muros y los techos y por los rincones más oscuros de sus almas, en los tedios de su vejez eterna, hasta los últimos atardeceres de la tierra.

Bogotá, 2007

Prueba de paternidad

*“No peito dos desafinados
tambem bate um coração”*

JOAO GILBERTO

“Si usted insiste en clasificar Mi comportamiento de anti-musical Yo mismo mintiendo debo argumentar Que esto es bossa nova, que esto es muy natural...” Ese fue el mensaje que llegó a mi wasap y que irremediamente trajo a mi mente el recuerdo de aquella noche, ¿Cómo llamarla?, ¿Inusual?, ¿Extra-vagante?, ¿Fatídica?

Tan pronto como hube terminado de leer, un segundo mensaje con errores ortográficos: “Hola Alejo te acuerdas de mi?”.

Cuando aún no había tenido tiempo de reponerme de la avalancha de recuerdos que llegaron en estampida a mi mente, otro mensaje vino para confirmar mi sospecha: “Estás? Soy Mariana la de Salvador”, (La tilde bien puesta habrá que adjudicársela al corrector del móvil).

Por supuesto que recordaba quien era. Fue hace tres años. Me presentaba en un bar de Salvador de Bahía que me había contratado por una noche para que cantara y entretuviera a los clientes. Tan pronto terminé mi actuación, pedí una cerveza y me dirigí a la mesa donde me esperaban unos amigos. Ella estaba con ellos y no sé qué mala fortuna hizo que me la presentaran. Estaba de vacaciones igual que yo, matando el tiempo

igual que yo y tratando de olvidar a alguien, eso sí, no igual a mí, porque yo no necesitaba olvidar a nadie. Fue atracción a primera vista. La misma atracción que se puede sentir por la única mujer de la fiesta que parece preferirte entre los demás y cuya actitud, además, representa la promesa de una noche de cama y sudor.

Hablamos de una gran cantidad de tonterías que ya no recuerdo, bailamos música a la que siempre me ha parecido imposible seguirle el ritmo y, durante un buen rato, jugamos a eso de que te rozo la mano como quien no quiere la cosa, en fin. El hecho final es que puse mi mano en la suya y no puso objeción, la cogí del cuello y no puso objeción, le tomé la cintura y no puso objeción y la besé en la boca y no puso objeción; ella me tomó de la mano, me acarició la entrepierna, me besó el cuello, y que si nos íbamos. Yo no puse objeción.

Fuimos a un apartamento que ella tenía alquilado en el barrio la Barra, cerca de la playa. Nos sentamos en el sofá y cuando intenté besarla me rechazó con un empujón y una sonrisa, que mejor antes una caipiriña. La preparé como pude y se la llevé y después del primer sorbo cambió de semblante con una rapidez que me despistó. Se puso a llorar, me contó historias tristes, anécdotas y episodios de su vida que parecían increíbles por lo grotescos. Luego, que si tocaba algo en la guitarra y yo, resignado, que bueno, y ella que le cantara Desafinado pero sin cambiarle la letra (en la presentación había cambiado algunas palabras de la canción para hacerme el chistoso), y yo que bueno.

Saqué la guitarra del estuche y cuando iba a empezar, ella que mejor la besara. Entonces, yo dejé la guitarra al lado y cuando puse mi boca en la suya me mordió de tal modo que casi me arranca el labio. Y yo, furioso, que qué le pasaba, y ella que nada,

que siguiéramos, que la perdonara y entonces me pegó un puño en el pecho sin motivo, y yo que qué era eso, y ella que nada, que fue un impulso, que ella quería tocar la guitarra y cantar una canción, que, si me molestaba que fuera un vallena-to que le había dedicado su exnovio, y yo que bueno, que tocara la canción si eso quería. Ella cogió la guitarra y probó poner sus dedos en las cuerdas, pero de buenas a primeras arrojó la guitarra contra la pared y que no, que mejor hiciéramos el amor. Yo estaba un poco bebido y en ese momento tal vez no quería ser consciente de la magnitud de la situación, ni del daño que le había hecho a la guitarra, así que me quedé solo con la petición final. De manera que la cogí del cuello y nos dimos entre diez y veinte besos, la verdad no recuerdo, hasta que volvió a morderm-me y cuando intenté separarla me abrazó con fuerza, y entre dientes, que no me moviera o me arrancaba el labio, y entonces, yo me quedé quieto y ella empezó otra vez a besarme con normalidad y en ese momento aproveché para apartarla y levantarme del sofá, pero ella ya se estaba quitando la ropa, y yo pensé, bueno, hagámoslo a ver si termina esto de una vez por todas, y entonces me desvestí, me acosté encima de ella y ella que no, que de perrito, y luego que no, que mejor como estábamos. Al final, de dos o tres cambios de posición más, ella quedó sentada sobre mis piernas e hicimos un amor triste de un minuto en el sofá porque comenzó a golpearme la cara y a mí no me gustó. Y ella que odiaba a su exnovio y que el mío no era del mismo tamaño ni grosor y que lo uno y lo otro. Entonces, yo me levanté y me vestí y ella, llorando, que no me fuera, que me quedara, que no la dejara sola y yo que no, que era mejor dejarlo así y entonces ella corrió a la puerta, puso el cerrojo y guardó la llave en su ropa interior y que si quería la llave que se la quitara a la fuerza. Yo no quise hacerlo de ese modo porque quien sabe cómo

hubiera terminado la cosa, así que conciliador yo que mejor me iba, que no estaba a gusto, que me diera la llave o me abriera la puerta, y ella que no, que la acompañara hasta que amaneciera y entonces tuve que quedarme en el sofá hasta que amaneció, sin pegar el ojo porque no sabía de lo que era capaz y luego hasta las ocho porque, ella que no me iba a dejar ir sin desayunar y yo que tranquila, que no era necesario, que debía irme, pero ella que no y así entre una cosa y otra nos dieron las diez, hasta que al final, ella que me fuera, que yo no servía para nada, que era un pusilánime, un poco hombre. Y yo me fui dichoso y no volvía a saber de ella hasta que recibí su mensaje.

“Sí, me acuerdo, ¿cómo estás?” Respondí desconfiado.

“Disculpa lo de la canción, es que siempre que la escucho me acuerdo de ti, la cantaste en Salvador”.

No supe que responder, así que mandé una carita sonriente y medio minuto después ella: “Mira, no sé cómo decirte, es que tengo una niña de casi tres años y me gustaría que te hicieras una prueba de paternidad, necesito salir de la duda.

En ese momento, el alma se me desplomó, estaba muerto de miedo, no miedo de ser padre o de la responsabilidad que eso implicaba, sino miedo a ella, a su locura, miedo a...

Negativo, por fortuna.

Río de Janeiro, 2014

¿A quién le pregunto la hora?

*“Si he muerto y no me he dado cuenta
a quién le pregunto la hora?”*

PABLO NERUDA

Esta situación es insoportable. Creo que he muerto. La verdad no podría asegurar nada, pero me siento muy liviano, demasiado liviano como para no estarlo. Desde hace un rato intento hablar con alguien, pero nadie me escucha o por lo menos todos parecen ignorarme, la verdad no sé. Si es así, todo fue tal y como me lo contaron o como lo vi varias veces en la televisión: el túnel, la luz al final del túnel, la voz grave y con mucho eco que dice “sigue la luz”. Pareciera bobo, pero así fue. Todo muy extraño. Por varias horas, aunque hablar de horas es una mera convención, ya que en mi posición el tiempo es algo indeterminado, tan solo una consideración, he conservado la esperanza de que se trate de un sueño. Pero por razones que aún no acierto a comprender, creo estar metido en un aprieto. Durante un espacio impreciso de tiempo, he contemplado no sin algo de asombro y desconcierto a gente que entra y sale de lo que pareciera ser la sala de espera de una oficina y que sin advertir mi presencia se sienta a mi lado y se entretiene con revistas que muestran fotos de modelos y actrices, horóscopos que hablan de secretos íntimos y romances y donde se dan recomendaciones para ser feliz. Entretanto, yo sigo aquí, incapaz de moverme porque una extraña fuerza me ancla a esta sala y sin

poder hacer mucho porque las cosas se me desvanecen de las manos; razones de sobra para congelarse de terror. Bueno, es un decir, ya que bien mirado, en estas circunstancias no siento nada o, mejor dicho, nada que represente temor y mucho menos frío. Poca idea tengo dónde estoy o qué hago aquí, mucho menos cuánto llevo en este lugar, pues esta gente no ha tenido la decencia de colgar un reloj en la pared. Conservo, eso sí, algunos recuerdos: recuerdos que entre más avanza el tiempo parecen desvanecerse como si se precipitaran al abismo de la nada y que lenta y pesadamente se aproximan a un fin desdichado: el blanco total. Recuerdos que en caso de evaporarse me dejarían en un estado de indefensión aún mayor del que me encuentro (si es que tal estado puede existir) y por eso me los cuento como una manera de evitar su progresiva decoloración y de retener el mayor tiempo posible eso que se define como memoria y que podría indicarme quién soy o quién fui y cómo morí, si es que morí.

Si recuerdo bien, yo nací en Belén de los Andaquíes en los años sesenta en una modesta casa entre colinas y bosques. Vivía con mis padres en una finca llamada la Cerrajosa donde criábamos animales y cultivábamos plátano y café. Labores que nos permitieron vivir con decencia en un país donde vivir es un lujo y la decencia un milagro. En aquel idílico lugar, viví rodeado del cariño de los míos hasta que nos llegó la Violencia, pues de la Violencia, de la verdadera Violencia, de la violencia con V mayúscula no se puede escapar y menos en Colombia.

Mi padre, si es claro mi recuerdo, era un hombre trabajador y exigente. No permitía que mis hermanas ni yo durmiéramos hasta tarde ni que perdiéramos el tiempo en actividades que a su criterio eran inadecuadas e inútiles. Su manera de tratarnos era recia, mas no brusca, y en sus concejos y reprimendas

revelaba no enojo, sino una afable inclinación a hacernos gente de bien. Sus premisas de vida eran: “el tiempo perdido, los santos lo lloran” y “al hombre sin plata, la cama lo mata”.

Mi madre, por el contrario, era una mujer perezosa y dulcera: nunca se levantaba antes de las nueve y solía cargar en los bolsillos toda especie de panes y golosinas. Creo que mi padre nunca le reprochó nada porque, a pesar de ser tan contraria a su laborioso carácter, mantenía todo en orden y nunca le contradecía. Era una de esas mujeres bellas, histéricas y algo inseguras, pero en líneas generales, una madre cariñosa que, si no me falla el recuerdo, también cocinaba bien. Como lo dije, viví con ellos hasta que nos llegó la Violencia, ya que un día al volver de la escuela me encontré con que los paramilitares nos habían matado los animales, habían quemado la casa y los galpones y tal vez por una de esas extravagancias propias de quienes abanderan la violencia habían ahorcado a toda mi familia y al perro. Eso sucedió en los ochenta y desde entonces viví como las nubes: de un lado para otro y sin domicilio fijo.

De ahí en adelante, esa tendencia humana de aferrarse a la vida sin propósito me llevó vagar por varios pueblos pidiendo dinero y ofreciéndome para hacer mandados por un plato de comida; llegué incluso a robar para no irme a dormir con la barriga vacía. Fue entonces cuando en ese peregrinar, un hombre vino y me ofreció ropa, albergue y una oferta que hasta el momento no había contemplado: vengarme de quienes me habían alejado de los míos. Yo acepté más por lo precario de mi situación que por deseo de venganza y así fue como entré a formar parte de la guerrilla. A mí, ese tema de las armas y las formaciones y la obediencia y las incursiones a pequeños pueblos, para volar estaciones de policía, siempre me ha parecido muy majadero y si al principio hice todo lo que me dijeron no

fue por otra cosa que por necesidad y falta de orientación. Habrá quien me juzgue y se atreva a afirmar que siempre puede escogerse el camino a tomar, pero eso suelen decirlo los que viven en las ciudades: personas que creen saber lo que es la violencia porque ven telenoticieros, pero que de la realidad saben poco o más bien nada. Y es que una cosa es ver la violencia a través de una caja de luz y sombra y otra bien diferente es sobrevivir a ella.

En mayo de 1985, un día muy nublado, de bastante bochorno en el que se podían sentir todos los vapores de la selva, el comandante nos informó que la cúpula había llegado a un acuerdo de paz con el gobierno y que entregaríamos las armas. Sobra decir que para mí fue una excelente noticia, pues creí poder comenzar una vida nueva. Pero en “desiertos de violencia siempre hay oasis de terror” y no bastó que hubiera hecho la carrera de derecho, que me hubiera casado y hecho padre, que trabajara como profesor en la universidad, pues la Violencia nunca te abandona; puede que se ausente por un tiempo, que permanezca dormida, alimentándose de la indiferencia, para hacerte suponer que estás libre de ella, pero siempre termina regresando cuando menos lo esperas con mayor ímpetu y saña hasta que te aniquila por completo. El día que la Violencia ha decidido casarse contigo, no hay forma de romper ese lazo.

El día de mi muerte, dieciocho de abril del noventa y ocho, ahora empieza a hacerse claro, cumplía cuarenta y cinco años. Una observación más atenta me ha llevado a concluir que tal vez eran cuarenta y seis. No obstante, tras meditarlo cuidadosamente tengo que admitir, si bien con reservas, que eran cuarenta y siete, aun así, no me convenzo del todo. Me temo, sin embargo, que es lo primero, aunque todas las posibilidades

ahora son inquietantes y ya inexistentes. Ahora bien, esa tarde, al regresar a casa, encontré en la sala a un hombre que en mi vida había visto. Era bajo y moreno, tenía los ojos algo rasgados y el pelo cortado al rasy me miraba con una expresión burlona y macabra. Me dijo que me tenía preparada una “fiestita” por hijueputa y por meterme donde no me habían llamado y en ese momento sentí que otros dos me agarraron y comenzaron a golpearme mientras me arrastraban a la cocina. Nomás entrar, una imagen tan terrible como aterradora se clavó en mi pecho como una punzada de hielo en el corazón: sobre el baldosín de la cocina, los cuerpos sin vida y torturados de mi mujer y mi hija yacían entre un reguero de sangre y comida. ¡Hijueputas!, les grité, ¡los voy a matar hijueputas! Lleno de un sufrimiento rabioso, traté de zafarme de sus manos y golpearlos, pero antes de poder hacer nada, me descargaron dos disparos en las piernas. Entre la confusión y el intenso dolor sentí cómo mi cuerpo caía al piso y cómo era molido a bastonazos. Mi corazón latía con fuerza y mi respiración era cada vez más débil y fatigada. Escuchaba el golpetear contundente de sus bastones machacándome la cabeza y el crujir doloroso de mis huesos; hasta que finalmente llegó una especie de pesado silencio, un debatirse entre la conciencia y la abstracción, un estar sin estar, un oír y no sentir, un sentir sin sentir. Luego el golpeteo se hizo más intenso. Casi insoportable, pero sin dolor. Después un estallido y apenas un resquemor en la sien. Luego, la amplitud, el túnel, la luz al final del túnel, la voz profunda y potente como de tenor. De ahí para acá todo es vago e impreciso. Los recuerdos parecen haber sido cubiertos por una espesa capa de niebla y de buenas a primeras aparezco acá, en este lugar, sin saber por qué, ni para qué.

No doy todavía con quienes fueron los actores de mi muerte y mucho menos de la motivación que pudo haber para aquel acto tan atroz. Solo retengo un trozo incompleto de su imagen y aroma. Parece que mi memoria olfativa es la que mejor funciona hasta ahora. Es por eso por lo que todavía no salgo de mi asombro, (pese a que en mi actual situación nada debería asombrarme), al ver que el infeliz que mató a mi familia, el desgraciado que me arrebató la posibilidad de ser feliz, el individuo que le hizo cosas inenarrables a mi esposa y a mi hija, mi asesino, acaba de entrar vestido de policía, se ha sentado a mi lado con cínica tranquilidad y se ha puesto a ojear revistas mientras espera ser atendido por alguien.

Sería un completo error suponer que la presencia de este hombre podría despertar en mí algún sentimiento de odio, pues, en este estado de evanescencia, no logro sentir nada diferente a vacío. Parece que lo único que permanece es una curiosidad sin límite, quizás producto de mi situación. Durante un espacio indefinido de tiempo que me parece algo largo, permanezco mirándolo hasta que lo hacen seguir. Lo sigo mientras avanza por un elegante pasillo, abre una puerta, entra a una oficina... Los escucho hablar:

Buenos días, mi general. Nada de buenos, qué carajos hace acá, Delgado, le he dicho que mejor me llame, no me gusta que nos vean juntos y menos que empiecen a hacerse preguntas. Disculpe, mi general, qué pena, es que quería darle la buena nueva en persona. A ver, Delgado, diga lo que tenga que decir y retírese, hombre, que tengo vainas que resolver. Ya acabamos con los izquierdosos, mi general, a los de Mondoñedo los dejamos bien chamuscados para que escarmienten. A mí no me interesan sus métodos, Delgado, me interesan los resultados, ¿Qué pasó con el abogado? Lo dejamos bien arreglado, mi

general. Bueno, bueno, Delgado, si no tiene nada más que reportar es mejor que se retire. Una última cosa, mi general, es que... ¿Cómo le dijera? Hay que pagarles a los muchachos, usted sabe. Claro, claro, acá está lo suyo, me había olvidado, tome y no joda más, cuando tenga noticias lo mando llamar. Gracias, mi general, muchas gracias, es siempre un honor servir a la patria.

Estoy consciente de que lo habitual, lo que dicta el sentido común, es haber seguido a Delgado, pero de nuevo algo, alguna extraña fuerza no me ha permitido moverme de aquí. De modo que no he tenido otra elección que soportar desde aquel incierto momento las rutinas del General. A veces me pregunto cuál es el propósito de permanecer en esta oficina y tener que escuchar a este hombre hablar por teléfono, decirles obscenidades a las secretarias y tirarse peos, o verlo cómo firma un sinnúmero de papeles, se saca los mocos o se rasca las gúevas para luego olerse los dedos. En ocasiones me siento tentado a hablar o a cambiar los objetos de lugar, pero luego caigo en cuenta de que las circunstancias actuales no me lo permiten y me resigno de nuevo a esperar. Al no tener otra opción, me veo obligado a seguir atrapado en este estado insoportable de estrechez y holgura que aún no entiendo, en este estado de incertidumbre y evanescencia tan molesto y, lo peor de todo, sin tener siquiera a quien preguntarle la hora.

Buenos Aires, 2011

La promesa

*“Tenho sido sempre um sonhador irónico,
Infel às promessas interiores.”*

FERNANDO PESSOA

S es invitado a un congreso de medicina en Armenia, una población del Eje Cafetero de Colombia donde ya no siembran café sino plátano. Solo por una convención que obedece a la tradición (llámese folclórica o romántica) se conserva aún el calificativo de Eje Cafetero. Como es de suponer, a S le interesa el congreso y decide asistir para actualizarse. Una mentira que ni él mismo se cree, pero de la que intenta convencerse repitiéndosela a todos sus conocidos y compañeros de la clínica donde trabaja. En su fuero interno, S sabe que lo que busca es romper con la monotonía, tener un poco de aventura y, al fin de cuentas, el congreso es una buena excusa para quebrar el día a día.

La noche antes del viaje, S no puede conciliar el sueño y si lo concilia es ya alzándose el día. La ansiedad ante la inminencia del viaje le pesa en la carne o el estómago o, para ser más precisos, en las tripas. Pasa el tiempo viendo un programa del Canal Institucional sobre los parques nacionales. Un programa que repiten todos los días luego de medianoche y que a S, de un tiempo para acá, le parece tranquilizador. El parque está ubicado en la ribera del océano pacífico, donde en ciertas temporadas, que S no recuerda cuáles son, pasan las ballenas jorobadas. A S el parque le parece magnífico (es el adjetivo que usa

para referirse a él) y continuamente se hace la promesa de ir en vacaciones, pero nunca va. Cuando cae en cuenta, los quince días de libertad anual que le dan en su trabajo se le han ido en el cumplimiento de rituales familiares o frente al televisor.

El día del viaje, S sale de su casa muy temprano, a las cinco de la mañana. Dos horas más tarde, toma el avión y una hora después, está en Armenia. Cuando el avión aterriza, S tiene la vaga certeza de que las cosas van a cambiar, de que algo en su vida va a dar un vuelco, si no de trescientos sesenta grados, por lo menos, sí de ciento ochenta, o, por mal que le vaya, de cuarenta y cinco. Pero, en definitiva, S está convencido de que algo va a cambiar, de que el ángulo de su vida, gracias a este viaje, va a girar.

En la terminal del aeropuerto toma un taxi. El recorrido hasta el hotel dura veintiocho minutos exactamente. El tiempo necesario para que S se haga una idea de la ciudad: basura, vendedores ambulantes, edificios viejos, muros y fachadas de casas con grafitis “*LA SONRISA ES UNA LÍNEA CURVA QUE ENDEREZA CASI TODO*”, “*¿PARA QUÉ ERA QUE QUERÍAMOS SER GRANDES?*”, “*LLÁMAME LUEGO, PERO SIN ELLE*”, niños descalzos jugando fútbol, mendigos durmiendo en las esquinas: la vida de los que apenas sobreviven.

El hotel es bonito, la habitación es cómoda y huele a limpio o, por lo menos, eso le parece a S que le dice al botones, huele muy bien la habitación. Un comentario que le parece imbécil y del que ya no puede arrepentirse, porque, como dicen los poetas griegos, ya ha salido del cerco de sus dientes. Así que, para parecer menos estúpido, saca de su bolsillo un billete de cinco mil pesos y se lo entrega. El hombrecillo agradece sin emotividad, pregunta a S si se le ofrece algo más y como este responde que no, le entrega las llaves y se va.

Cuando está seguro de que ha quedado solo, se tumba sobre la cama con zapatos, enciende el televisor y se deja ir. En la tarde asiste a la inauguración del congreso. Cruza un par de frases con unas cuantas personas y aunque lo invitan a tomarse unos tragos, al lado de la piscina del hotel, se excusa diciendo que está cansado. Regresa a la habitación, se mete en la bañera, enciende un cigarrillo y luego ve tele toda la noche o por lo menos una buena parte.

Al día siguiente S se queda dormido durante la conferencia de apertura y se convierte en la comidilla de sus colegas. Todos se refieren a él como el que se quedó dormido en la charla del Doctor Patarroyo. A S lo tienen sin cuidado las bromas de sus colegas, así que cuando le hacen algún comentario al respecto sonríe y piensa en otra cosa. Piensa en su exmujer, piensa en el parque natural que no ha visitado, piensa en las ballenas, piensa en su promesa, piensa en el cambio que le quiere dar a su vida.

Esa noche, S decide no volver a entrar a las conferencias: le aburren. Es consciente que no le interesa la inmunología ni nada diferente a producir un cambio en su vida. Sabe que no asistir a las conferencias es una forma de autoengaño, pero no le importa. Opina que igual no tiene que ser simpático para cambiar su vida y que puede asumir riesgos en otros ámbitos. El ser humano no es solo relaciones y amistades, también hay otros nichos que explotar, reflexiona S. Así que luego de estas cavilaciones superficiales y sin ningún remordimiento, se encierra a ver televisión.

El tercer día del viaje, S pasa toda la mañana en su habitación. Al medio día, sale a recorrer la ciudad. A S lo agobia el calor y de buena gana se quedaría en el hotel; sin embargo, recuerda que se hizo la promesa de no regresar hasta que haya obtenido

un poco de aventura, por lo menos. Visita algunos parques, iglesias, cafés y el único museo de la ciudad, en el que se encuentran piezas (todas replicas) de barro y oro de la cultura Quimbaya. Aunque al principio se hace ilusiones de llevar a la cama a alguna de las mujeres que se encuentra a su paso, se desilusiona finalmente al ver que no reparan en él.

Cuando cree que ha tenido suficiente, regresa a la habitación del hotel, se quita los zapatos, enciende la tele, se tumba en la cama, pide la cena a la habitación (carne encebollada, patacones, arroz y unas botellas de cerveza) y como está cansado, no tarda en quedarse dormido. Al cabo de un rato indefinible, lo despiertan unos ruidos que vienen de afuera. Una algarabía de gente feliz, o eso le parece a S que se asoma a la ventana y ve a algunos de los asistentes al congreso arrojar a la piscina con ropa y bailar música tropical. Los observa por unos minutos y luego regresa a la cama, con lo que podría denominarse una sensación de amarga melancolía. En la tele presentan una serie de muertos que caminan. A S el programa le parece algo cruento y como está cansado de ver sangre a diario en su trabajo, cambia de canal. La verdad lo cambia porque los zombis le recuerdan su propia situación. De modo que sitúa el canal en el que repiten sin cesar el documental del parque natural del Pacífico. Ve las ballenas, ve la selva, ve el mar y luego de hacerse la promesa de ir en sus próximas vacaciones, se duerme.

El día siguiente, S pasa toda la mañana en la piscina. En la tarde se encierra en su habitación a ver televisión. La historia podría terminar aquí, pero la resolución de S de que algo tiene que cambiar en su vida obliga a continuarla. S es feliz o por lo menos así se siente. En la habitación se siente pleno, tiene todo lo que necesita: una cama blanda y espaciosa, una bañera, una tele. Si no tuviera que regresar al trabajo en dos días, se queda-

ría en esa habitación para siempre, eso es lo que piensa S, y también piensa que todo sería perfecto si pudiera pedir en el servicio a la habitación una mujer para tener sexo cada que se le antojara. Una mujer a la que no le tocara seducir, ni halagar, que no hablara, que no le contara sus problemas, que solo abriera sus piernas, gimiera un poco y, luego, se fuera.

Como es su última noche en la ciudad, S decide irse de putas. Lo ha reflexionado, lo ha meditado, lo ha calculado y al fin de cuentas ha resuelto asumir el riesgo. Es algo que de unas semanas para acá le ronda por la cabeza. En Bogotá, después de tomar unos tragos con sus compañeros de la clínica, S suele pasearse en automóvil por los alrededores del barrio Santa Fe, pero quizá por prudencia o cobardía no va más allá de recorrer las siniestras calles y echar furtivas miradas al sumario vestuario de las putas. De manera que siempre regresa a su casa, exhausto y con la bragueta caliente.

S estuvo casado, pero su mujer lo abandonó hace tres meses. Un día llegó a su casa después del trabajo y no la encontró. Desde entonces, no la ha vuelto a ver y no se ha atrevido a llamarla. S supone que su esposa lo dejó por otro hombre, pero la verdad es que lo dejó porque lo consideraba aburrido. Aunque en cierto modo no está del todo equivocado, pues su mujer se marchó con un guardián de la cárcel de máxima seguridad de la Picota. Un hombre ordinario, feo, sin dinero, pero más divertido que S, claro está. S y la esposa de S no tuvieron hijos. Ella nunca quiso. Decía que no estaba preparada y, para la actual situación, fue mejor así. Desde que a S lo abandonó su esposa, no ha hecho el amor con otra mujer, la verdad es que con su mujer tampoco lo hacía. Por eso decidió ir al congreso: para olvidarla, para darle algo de emoción a su vida, para convertirse en alguien entretenido, y también, claro, para acostar-

se con alguien. Aunque como van las cosas, intuye que nada pasará a no ser que haga algo atrevido; algo osado que estimule un cambio: irse de putas, por ejemplo.

Esa noche, S vaga un buen rato por la ciudad y luego de dos horas de preguntar a varios vendedores ambulantes dónde encuentra “niñas lindas” (un eufemismo que casi nadie entiende), llega finalmente a una calle en la periferia de la ciudad. Una cuadra abigarrada de luces de neón y de músicas diversas que salen de varios locales (Diosas, Sirenas, Divas, Paisas) de iluminación mortecina y que anuncian en avisos de neón espectáculos de medianoche y desnudos. S se siente avergonzado e intimidado cuando tipos de siniestra catadura lo invitan a seguir y le hablan demasiado cerca y con grosera complicidad para ofrecerle la mercancía humana (monas, morenas, culonas, tetonas, bajitas, grandotas) que ofrecen en aquellos lugares.

S remolonea un rato, camina de un lado a otro y, finalmente, entra al local que le parece menos lúgubre. Escoge una mesa que le dé una buena panorámica del lugar y del mobiliario humano que se ofrece y se sienta. Tan pronto se acomoda, una mulata ya se ha sentado a su lado y le ha rozado el pene con la mano. S quisiera acostarse con otra mujer, no porque esta no sea bonita, sino porque hay otras mejores. Pero como no sabe cómo sacársela del paso, la deja que se siente a su lado y le ofrece una cerveza. S conversa con ella de la misma forma que lo hacen las personas cuando están en una situación incómoda: preguntas de aquí para allá, respuestas cortas y vagas, intermedios silenciosos y estériles. Ella le cuenta cosas tristes (hijos, abuso, maltrato, pobreza), cosas que S no sabe si son ciertas, pero que toma como ciertas. Sin embargo, a S poco le importa la vida de la mulata. Lo único que le ronda por la cabeza mientras la escucha hablar es cómo preguntarle cuánto le cobra por

acostarse con él y cuáles son las condiciones del “servicio”.

Luego de una hora de charla, seis cervezas y dos idas al baño, S es conducido a un cuartucho oscuro que huele a sudor, semen, mugre y perfume barato. La mulata se quita la ropa con falso pudor y le pide a S que se quite la suya. S se siente incómodo. No tiene una erección. Así que ella le ayuda procurándole ciertas caricias conocidas en su oficio. S cierra los ojos para concentrarse, pero solo piensa en lo absurdo de la situación. La mulata se sube sobre él, se mueve con gracia sobre el cuerpo de S y finge placer, pero no logra que su miembro se levante. Ella se siente desconcertada, cree haber agotado todos sus recursos y le pregunta a S, Qué le pasa, él nada más atina a decir, Nada. La mulata intenta de nuevo ayudarlo con la mano, con el culo, con las tetas, pero el cuerpo de S no responde. S solo piensa en lo ridículo de la situación, en su exesposa, en el parque, en las ballenas. La mulata hace de todo o casi de todo, pero S pareciera estar en otro mundo. Finalmente, ella le pone un condón sobre el miembro flácido y simula hacerle una mamada. La idea surte efecto, pues el cuerpo de S cede a esa imagen e intenta enmendarse, pero luego de unas cuantas sacudidas todo vuelve a estar como antes. La conserje toca a la puerta, Diez minutos, anuncia. La mulata pregunta, Seguimos o lo dejamos ahí. Contrario a lo que sería razonable o menos vergonzoso, S responde, Sigamos. Vuelve de nuevo el ir y venir, un vaya y venga que S no disfruta, pero que posterga como si quisiera retener en su memoria la imagen de lo fingido, lo irreal, lo idiota del momento.

Cuando se acaba el tiempo, S se viste, se disculpa y se marcha. Al salir se siente miserable, siente que aún no le ha podido dar algo de aventura a su vida, que nada ha cambiado. Todos los propósitos e ilusiones que se planteó al inicio del viaje se han quebrado. En medio de estos pensamientos, regresa al hotel. Al

Llegar encuentra a sus colegas en la piscina y los contempla un rato: bailan, beben, se arrojan con ropa al agua: los ve felices. S se siente abatido en medio de tanta alegría, así que les hace un saludo con la mano, que nadie se molesta en responder, y se marcha.

En la habitación, marca el número de su exesposa. Contesta la voz de un hombre, Aló, quién habla. S no se atreve a decir nada, tampoco cuelga. Escucha al fondo la voz de su exmujer que pregunta molesta al hombre, Quién llama a estas horas. El hombre vuelve a preguntar, Quién es, y al no recibir respuesta, cuelga. S permanece un rato más con el teléfono apoyado en la oreja, incapaz de moverse, hasta que finalmente reacciona: cuelga, enciende la tele y sitúa el canal en el que repiten el programa sobre los parques nacionales. Esa noche casi no logra dormirse. Sabe que cuando amanezca todo habrá terminado. Pasado mañana, volverá a la misma vida: el ir y venir de los días, la eterna sucesión estéril de las horas, la amalgama de tedio y aburrimiento. En la televisión muestran a las ballenas en el acto de la cópula; la manera particular en que se entrelazan dando vueltas bajo el agua y la forma en que emparejan sus aletas, emergen en forma vertical, caen al agua y se alejan cada una por su lado. Tanto buscarse para terminar así, dice S, quien, al rato, cuando el sueño empieza a aplastarlo, se hace la promesa de ir a ver las ballenas en las próximas vacaciones. Luego, se queda dormido.

Salvador de Bahía, 2014

¡Dejen dormir!

*“¿Por qué inventar el infierno
cuando existe el insomnio?”*

AMÉLIE NOTHOMB

Para Tatiana Yara

Acabamos de hacer el amor hace un rato y aún no logro dormirme. Desde mi cama, miro a través de la ventana y contemplo el pedacito de mundo al que tengo derecho: las luces que aún sobreviven de los apartamentos del frente; el trocito de cielo nublado con una estrella esquiva y la rama de Chicalá donde anidan dos copetones. La persiana está abierta y todavía no tengo la suficiente voluntad de espíritu para levantarme a cerrarla. Sé que de no hacerlo la luz de la mañana me pegará un puñetazo en la cara y no me dejará dormir después de las seis. A Raúl, como raro, se le ha olvidado. Siempre es lo mismo: cae como una piedra tan pronto se viene. Se pone los calzoncillos, me da un beso en la frente y un abrazo sin corazón y en un dos por tres se duerme. A mí, en cambio, me cuesta bastante conciliar el sueño y más desde que Raúl ha perdido las ganas de hablar en las noches.

Nos conocimos en una de esas épocas en la que enamorarse es tan fácil como mirar el mar y en la que se tiene la certeza de un futuro color de rosa. Yo trabajaba en una oficina como abogada y él era coordinador de capacitación. Uno de los trabajos

que más infeliz lo había hecho, según decía. No podía con los horarios, con las órdenes y menos con las corbatas. Lo hacía para pagar su maestría en literatura y sus estudios de inglés y francés porque quería ser escritor. Decía que estaba hasta las narices de encontrar maneras agradables para que los empleados creyeran en pendejadas cuyo único propósito era someterlos mediante la idea falsa de que se les formaba.

Aunque se le daban bien las cosas en la oficina, la verdad es que Raúl nunca se sintió parte de ahí. Tenía un papelito pegado en la pantalla de su computador con un texto que decía: “Para escribir un solo verso es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas, hay que sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las florecitas... cosas que difícilmente pueden hacerse desde una oficina”. Recuerdo con claridad la frase porque ese fue el inicio de todo. Un día se me ocurrió la brillante idea de preguntarle qué significaba eso y su respuesta fue tan honesta y brutal que destrozó de un tajo las certezas que yo tenía sobre la vida. Dejé de hablarle durante un tiempo, pues me hirió la verdad que encontré en sus palabras. Me molestó que tuviera razón y también sentirme identificada con aquello que él tan abiertamente criticaba. Quería gustarle y su respuesta me pareció más una forma de desprecio. De modo que intenté olvidarlo, pero ya era tarde: sus palabras me habían arrebatado de un manotazo la inocencia. Cada situación de la oficina me recordaba lo que él decía sobre la autoexplotación que se infligen los seres humanos a sí mismos, las apariencias bajo las que tiene que vivir la gente para ser aceptada y la insensatez de pasar años de vida en una oficina con la idea de que se hace algo importante o, peor aún, de que se es importante.

Volvía hablarle porque tuve que asistir a una de sus confe-

rencias y me sorprendió no tanto su dominio del tema, sino su cinismo y el modo en que lograba convencernos de la importancia de poner en práctica lo que él supuestamente consideraba una mentira. Al final me invitó a salir, o yo a él, no lo recuerdo muy bien. Lo esencial es que terminamos enamorados como dos tortolos y nos casamos, y hasta hace un tiempo todo ha ido bien, o eso parece.

Antes jugábamos a contarnos cada suceso del día. Era un juego que yo inventé y que consistía en enumerar con pelos y señales las diferentes actividades que hicimos durante la jornada. Siempre fui consciente de que a Raúl nunca le gustó ni un poquito el juego y si participaba en él, era solo por complacerme. Decía que no le apetecía hablar de trivialidades ni de sí mismo. Aun así, hacía el esfuerzo y me hablaba de su rutina diaria y de su trabajo como profesor de español. Extraño escucharlo hablar de análisis lingüístico y descubrir cosas en las que nunca había pensado. Por ejemplo, que usamos el tiempo futuro para hacer suposiciones en el presente o vainas así. Me hace falta que me pregunte sobre mi trabajo, si bien sé que lo hace para complacerme y no por un interés real. Echo de menos sus chistes filosóficos, a veces incomprensibles, e incluso que me hable mal de Dios, aunque me moleste. Extraño sus anécdotas, no porque sean divertidas, pues no lo son, sino por la forma un poco infantil en que las narra y por la manera poco usual en que se interrumpe y se corrige a sí mismo.

Ya no jugamos. Siempre hay excusas. No es que no hablemos, solo que hay ciertas lagunas, vacíos en sus historias y yo quiero saber lo que hay en medio. Nunca me han gustado los renglones vacíos. Raúl me dice que no lo moleste, que no tiene nada nuevo que contar, que todo es casi lo mismo, pero yo quiero saber con quién habla y de qué habla y cómo ocupa su tiem-

po: un inventario detallado de cada minuto.

Durante un rato más permanezco con la mirada fija en aquella estrella que pareciera despedirse y pienso en lo que quisiera contarle a Raúl o en lo que él podría contarme. Entonces escucho: los gemidos exagerados de placer femenino provenientes de algún apartamento cercano. Cierro los ojos y me concentro para hacerme una imagen de la situación y codeo a Raúl reclamando su complicidad. Pero su brazo me aparta con un movimiento súbito de serpiente que escapa, así que no insisto y me quedo inmóvil. Al rato, el grito se disipa. Me pregunto cuál de mis vecinas habrá sido la propietaria del maravilloso orgasmo: la chica flaca, alta y pelirroja con un lunar arriba del labio que sale todas las noches a pasear al perturbado de su perro; la gordita caribonita que siempre anda con ropa deportiva y nunca se le ve haciendo ejercicio; la mujer de pelo negro y largo que usa minifaldas y en una ocasión intentó arrojarse por la ventana porque discutió con el marido. Comienzo a hacer un inventario de todas mis vecinas, incluso de las feas, cuando regresan de nuevo los gemidos. Un segundo asalto. Sin pensarlo me levanto precipitadamente de la cama, corro hacia la ventana y la abro de golpe.

—¡Dejen dormir, dejen dormir, no les da vergüenza! — grito y me agacho a toda prisa para evitar que alguien me vea.

Raúl se despierta y veo emerger, de repente, su cara del fondo de las cobijas.

—¿Qué te pasa?—pregunta enojado.

Lo miro con un gesto de complicidad y picardía y luego me levanto con prisa y arremeto de nuevo:

—¡Dejen dormir, es el colmo, dejen dormir!

Cierro la ventana de sopetón y me agacho como si estuviera participando de un juego.

— Te estás volviendo loca— me reclama irritado.

— Hay una mujer gritando como loca— digo justificándome.

Raúl me mira con ojos de búho indignado y yo lo miro atragantándome la risa y me quedo viéndolo un momento.

— Había una mujer gritando— le repito.

— ¡Deja a la gente tranquila y acuéstate!— dice cortante mientras me da la espalda y se sumerge de nuevo en el edredón.

Antes de meterme de nuevo en la cama, voy al baño y orino. En cuanto me arropo, me percató de que no he cerrado la persiana y busco en el pedacito de cielo la estrella, pero ya la ha tapado una nube. Sonrío. Imagino que soy yo la que gime con apasionado delirio y que alguien me grita desde alguna ventana que deje dormir y que me calle. Entonces en mi imaginación me excito más y gimo con más fuerza hasta que el sonido de los carros y los transeúntes que pasan se apaga y lo único que se escucha en todo el mundo son mis gemidos que despiertan a todos los habitantes de la tierra.

Es curioso, hace mucho no me siento tan cansada y con esta sensación tan parecida a la felicidad. Es como si hubiera hablado con Raúl durante varias horas.

Bogotá, 2018

Compañero de piso

*¿Qué es lo que se sabe incluso de las personas con las que se vive?
¿Acaso no somos todos prisioneros?*

VIRGINIA WOOLF

Para María Cristina Cáceres

Contrarias a la realidad son las ideas que uno se hace acerca de vivir en el extranjero. Uno se imagina que todo será una aventura emocionante, pero ciegos somos para ver las sombras de desesperación que se ocultan tras los estados de euforia que se muestran en las fotografías de conocidos, amigos, familiares, al frente o al lado (nunca detrás) de algún lugar representativo. Varias son las imágenes que se encuentran en internet (fotos sin gracia) de personas sonriendo a la entrada del Subte de Buenos Aires, de la Torre Eiffel de París, del Jet d'Eau de Ginebra, del Sídney Opera House, ¡puf!, cientos. Cada día miles y miles de fotografías que exhiben una aparente felicidad se publican y lo primero que uno siente es envidia y lo segundo, rabia y lo tercero, una creciente pasión migratoria. Y es por eso por lo que uno termina cometiendo la tontería de emigrar para alcanzar (o solo presumir) la ilusoria felicidad que venden esas falsas imágenes. Digo falsas, porque las sonrisas de las fotos que se publican en las redes sociales no son otra cosa que muecas de vanidad, desfiguradas expresiones de lo absurdo.

Otro aspecto que termina por inducirlo a uno a emigrar es

la molesta, pero impostergable, sesión anecdótico-fotográfica que suele acontecer cuando un pariente o conocido regresa del extranjero. Después de los saludos de rutina, hay que aguantarse durante un buen rato, con expresión de alegría insincera, una monótona exposición fotográfica en la que se destacan imágenes con expresiones faciales improbables, una pobre distribución de los elementos en la composición, sumado a la ausencia de equilibrio y armonía. La exhibición se acompaña con la narración de algunas malas anécdotas en las que se incluye un inventario detallado de lugares visitados; los precios de las comidas y el café (sobre todo del café); descripciones vagas y superficiales del carácter de la gente; juicios y comparaciones odiosas en las que inevitablemente se exaltan las costumbres o la infraestructura del país visitado y se desdeñan las del propio (sobre todo en Colombia). Esta falaz desfiguración de la realidad es la que evita imaginar el otro lado (el lado oscuro) de vivir en el extranjero y hace que queden relegadas u olvidadas, o simplemente eliminadas por el arte de la distorsión, las privaciones, las situaciones incómodas o las diferentes estrategias a las que se tienen que recurrir para sortear problemas de la vida cotidiana como lavar la ropa, cocinar, ir al baño, hacer amigos o dormir en la misma habitación con un desconocido.

No voy a ponerme a hablar aquí de las dificultades por las que pasé cuando llegué a Buenos Aires, ni del dinero que perdí en hoteles, en taxis o en comisiones para encontrar dónde vivir; pues eso, aunque vital para mí, no es significativo para el trascurso de esta historia. Lo importante es que luego de dos semanas de tanteos inciertos, logré encontrar un compañero de piso dispuesto a compartir los gastos que excedían en todo a mis modestas posibilidades.

El apartamento, bien mirado, era apenas una habitación con cocina y baño. Estaba ubicado en la Avenida Corrientes, eje central de la vida nocturna, las librerías y los teatros; calle vagabunda e infernal que me despertaba (aunque eso es un decir) en las mañanas con el ruido del tráfico y las bocinas de los automóviles; avenida atiborrada de viejos de caminar lento y quioscos de revistas. Avenida que despertó, al principio, la misma emoción que brinda un misterio tangible a punto de ser revelado; luego, el sentimiento de impotencia que despierta un mal presagio y, al final, la memoria rencorosa de la víctima. Sea como fuere, el apartamento quedaba cerca de la facultad de economía en la que comenzaría los estudios de posgrado (nunca los concluiría) y de las librerías que fueron una forma de evasión durante los meses amargos que viví con Augusto.

Augusto era uno de esos incultos jóvenes de provincia encerrados en su mundo y a quienes les importan un bledo los esfuerzos de sus padres para costear sus estudios en el extranjero. Era de los que creen que las comodidades de las que se disponen son una evidencia de superioridad y los bienes de sus padres una muestra de perfección moral. De ahí que, en general, se mostrara apático a expresar sus emociones con espontaneidad o a manifestar asombro, respeto o admiración hacia algo. Para Augusto, lo que no formaba parte de su pequeño mundo provinciano presentaba imperfecciones: la costumbre de compartir el mate era antihigiénica; el Tango, aburrido; la arquitectura, fea; la manera de hablar, espantosa; la comida, insípida; las mujeres, poca cosa... Pasaba la mayor parte del tiempo frente al televisor, nunca iba a la universidad y salía apenas a registrar su paso por algunos sitios turísticos tomándose fotos. Lo sabía porque veía sus publicaciones en Instagram y cuando le preguntaba sobre aquellos lugares que a mí

me emocionaba conocer, él los etiquetaba como “nada del otro mundo”.

Aunque nuestros caracteres distaban mucho de coincidir y sus costumbres me incomodaban, puse todas mis energías en ganarme su simpatía. Los primeros días acepté de buena gana abandonar mis lecturas para ver sus comedias insulsas y escuchar, a horas improbables, su música a todo volumen; sacrifiqué mi buen dormir para que pudiera dejar la televisión toda la noche encendida y afecté mi presupuesto comiendo milanesas de veinte pesos (todo un capital) en la calle para que usara con tranquilidad la cocina y durmiera a sus anchas. Creí, erradamente, debido a mi escaso conocimiento del espíritu humano, que luego de unos días las cosas tomarían el curso que yo esperaba, pero los días pasaron y la idea que yo tenía sobre la convivencia, nunca se materializó.

En el momento en que las demandas académicas me exigieron dedicar las noches al estudio de la Teoría General del empleo, tuve que pedirle a Augusto que por favor apagara un rato el televisor (no fui capaz de exigirle que dejara de reírse como un bobalicón). Si bien esa noche se mostró respetuoso y dispuesto a aceptar mi petición, no fue posible concentrarme, pues se movía con ansiedad de un lado a otro, cambiaba cosas de lugar y sacudía, no sé qué tanto en la cocina. Al día siguiente todo volvió a su estrepitosa normalidad.

No puedo asegurar si fue acertado ceder tanto terreno para ganar su simpatía, pues lo único que logré fue que poco a poco me fuera arrinconando hasta que, sin más opciones, terminé por ausentarme todo el día del apartamento. Me dediqué a pasear, a vagar por las calles; visité librerías y ojeé libros que nunca podrían interesarme; asistí a exposiciones de museos improbables; recorrí cementerios y leí con escrupulosidad las

lapidas en busca de la tumba de algún personaje histórico... Me inventaba los planes más absurdos y los recorridos más inverosímiles con tal de evitarlo. En la noche, agotado, regresaba con no otro deseo que el de descansar, pero su televisor, sus risas y su música no me lo permitían.

Las primeras semanas, mientras se mantuvo ese sutil escrúpulo que se conserva cuando no hay confianza entre dos personas, las cosas se mantuvieron igual: yo evadiéndome del apartamento, él aferrado a esas cuatro paredes y a su vida imbecil.

Atareado como estaba con la memoria de mis familiares, con los intentos por adaptarme a mi nueva vida y dominar la tristeza propia de la soledad que me había impuesto, no acertaba a comprender que el televisor, la música y las risas eran la forma de Augusto de evitar que se revelara su verdadera naturaleza. El despertar de mi atolondramiento comenzó una mañana cuando uno de los ayudantes de la librería del Ateneo, a donde me refugiaba a leer, me dijo: "Ey, flaco, acá no podés hacer eso, vete a dormir a casa." Y fue en ese instante, entre la vergüenza y la rabia, que me di cuenta de que lo que pasaba no era normal, que era absurdo evadirme de mi casa, irracional malgastar dinero en restaurantes cuando tenía un lugar para cocinar, ridículo colarme en los baños de las bibliotecas para encontrar un lugar tranquilo y limpio donde cagar, y bochornoso ser reprendido por dormir en un sitio público. Salí de la librería, irritado y sin pedir excusas, y regresé dispuesto a olvidar de una vez por todas aquellas ideas erróneas sobre la evitación del conflicto que me habían inculcado en casa. Tenía que enfrentarme a Augusto. La resolución de cantarle la tabla a aquel incómodo ser me duró hasta que llegué al apartamento: su amabilidad me desarmó.

En los días que siguieron, permanecí en el apartamento más tiempo del que quería para no cederle terreno a Augusto, aunque aún sin atreverme a expresarle mi molestia. Él se notaba en particular incómodo con mi cambio de rutina. Salía a veces a tomarse fotos y luego de un par de horas regresaba a casa, eufórico, a criticar todo cuanto había visto. Cuando se aburría, me contaba anécdotas de personas que yo no conocía y que a él le causaban una gran hilaridad y a mí una enorme desazón.

Fue durante ese tiempo que sobrevino el desastre. No llegó de golpe, sino poco a poco. Mejor dicho, pieza por pieza. Al igual que en el juego de Jenga en el que se van retirando los bloques de una torre por turnos y se colocan en la parte superior hasta que la torre cae. En cada rasgo habitual que descubrí en Augusto durante esos días, una pieza de la torre salía, se contrarrestaba el equilibrio y se anunciaba la catástrofe. La primera pieza extraída de la frágil torre que era nuestra convivencia fue descubrir que se levantaba en las noches y abría y cerraba la puerta varias veces, movía las gavetas de la alacena y revolvía los platos. La segunda pieza fue advertir que siempre que ponía un vaso sobre la mesa o ubicaba cualquier objeto en un lugar, hacía un movimiento reiterativo e insistente como si quisiera estar seguro de que lo ponía adecuadamente. Las extrañas conversaciones que tenía en la ducha vaciaron otros espacios de la torre y pusieron más peso en ella, especialmente al notar que el teléfono permanecía encima de su cama y no con él como yo intuía. La torre comenzó a balancearse cuando empecé a hallar mis pertenencias fuera de sitio; las encontraba en lugares tan inesperados que parecían haber sido ubicadas más siguiendo un capricho que un deseo de orden. Le expresé a Augusto mi molestia y me prometió no volver a hacerlo, pero no

solo no cumplió, sino que además siguió haciéndolo y de maneras aún más insólitas. Era como si tuviera la necesidad de ubicar todo bajo un orden por él establecido.

La pieza que quebraría el equilibrio, y terminaría por derrumbar y mandar al carajo la torre de nuestra vida en común, fue el cuchillo que compró. No sabría decir qué era más extraño: el tamaño desmesurado de la herramienta, que lo hubiera comprado y me lo hubiera mostrado con la misma actitud jactanciosa de quien compra un auto, que me insistiera que lo mirara como si se tratara de una reliquia de una tribu indígena extinta de Marte o que lo usara como un objeto de culto, hasta para hacer hasta la preparación más pendeja. Aunque es trágico admitir que padezco de todo tipo de temores que heredé de mi madre, debo confesar que todas las noches, antes de acostarme, iba a la cocina con alguna excusa y escondía el cuchillo sin que él lo notara. Al día siguiente, tan pronto me levantaba, lo volvía a dejar en su lugar.

Mi última noche con Augusto estuvo marcada por la incertidumbre y el terror. Estaba cayendo en el charco poco profundo en el que se había convertido mi sueño cuando oí un escándalo que provenía de la cocina. Al principio no presté demasiada atención. Pensé que era una de las ruidosas comprobaciones de rutina de Augusto. Luego, cuando tardó más tiempo del habitual y el estrépito de platos y cubiertos comenzó a aumentar, muerto de miedo, y sin hacer caso a mis instintos que me decían que huyera, le pregunté si todo estaba bien. Él, que no, que no encontraba el cuchillo. ¿El cuchillo? ¿Para qué necesitaba el cuchillo? En ese momento temí lo peor y el miedo se arremolinó en mi pecho y sentía como un alicate presionándome la carne del esófago. Él, con iracunda insistencia, que ¿El cuchillo?, ¿dónde está el cuchillo? Yo no sabía qué hacer. Temía a su reac-

ción cuando se enterara de que yo lo había escondido, pero también me aterraba que lo encontrara. ¿Para qué quiere el cuchillo a estas horas? Me preguntaba y ninguna de las respuestas que me daba en ese momento lograban desvanecer el pánico que sentía.

Al final, me asustó más el destrozo y el enojo creciente que la posibilidad del ataque. Me levanté con prisa, fui a la cocina y simulé ayudarlo a buscar. En un momento de distracción, saqué el cuchillo de su escondite y se lo entregué. Apenas lo tuvo en sus manos, su semblante cambió, me dio una palmada en el hombro y sonrió. Al momento, lo vi abrir la nevera, sacar un trozo de queso, cortar una tajada y llevársela a la boca. Después, lavó muy bien el cuchillo, lo guardó y se sentó en la cama a seguir mirando televisión. No pegué el ojo en toda la noche. Temía que Augusto sacara provecho de mi situación de indefensión y me clavara el cuchillo en el pecho mientras dormía. Lo imaginaba hundiéndomelo con la misma insistencia con la que cerraba las puertas o colocaba los vasos sobre la mesa. Imaginaba mi cadáver a su lado, pudriéndose, mientras él, indiferente, seguía absorto con alguna comedia gringa y riéndose como un demente. Cuando amaneció, preparó su desayuno mientras yo simulaba leer y luego, Él, que iba a conocer la Casa Rosada. Lo imaginé avanzar por el pasillo, bajar en el viejo ascensor y salir a la calle. Me asomé por la ventana con disimulo y lo vi alejarse caminado entre la gente hacia la Avenida de Mayo. Tan pronto su figura se desvaneció entre la multitud, tomé mis cosas y salí del apartamento.

Desde entonces no he vuelto a pensar siquiera poner de nuevo un pie en el extranjero.

Córdoba, Argentina, 2011

La mirada de hielo

*“Es difícil seguir siendo emperador ante un médico,
y también es difícil guardar la calidad de hombre.
El ojo de Hermógenes solo veía en mí un saco de humores,
una triste amalgama de linfa y sangre.”*

MARGUERITE YOURCENAR

— Yo sé que no me recuerda, Doctor, ¡Qué iba usted a recordarme!

— (El médico sacude su cuerpo, mueve la cabeza, intenta levantarse, no lo consigue.)

— Aguardaba su llegada en la sala de espera del hospital, cuando de pronto una anciana, que el azar había sentado a mi lado, me dijo, mientras lo señalaba estirando los labios, ese es el cardiólogo. Difícil determinar si fueron sus gafas o los ojos serenos tras ellas o su andar pausado o esas figuritas metálicas prendidas en la solapa de su bata, las que me causaron ese sentimiento de curiosa inquietud. En verdad no puedo decir qué en usted llamó mi atención, Doctor. Lo cierto es que su imagen o la imagen que de usted fabriqué en mi cabeza, me hizo olvidar por un momento del tenso silencio de la sala espera, del trato avieso de las enfermeras, del olor a medicamento y de las expresiones de aburrimiento de los que esperan, luego de una eterna espera, oír su nombre.

— (El médico suda, resopla, mueve la cabeza a la derecha y a la izquierda, insiste en levantarse. No lo consigue).

— Puede que, para usted, Doctor, yo no sea más que un paciente desquiciado. Incluso debe pensar que no debí someterme a un tratamiento del corazón, sino a uno psiquiátrico con baños de agua fría y choques eléctricos. Veo en sus ojos que tiene miedo, miedo de lo que pueda hacerle y también que no ha dejado de ver en mí a un paciente. ¿Tengo o no tengo razón? No importa. Lo que realmente cuenta, es que terminó mi tratamiento y usted dejó de ser mi médico. Por lo tanto, ningún lazo nos ata, ninguna jerarquía se impone entre nosotros. Pero no nos distraigamos de lo que interesa. Me imagino se preguntará qué me motivó a engañarlo y a traerlo a este lugar. Supongo se hace muchas preguntas, pero temo nunca comprenderá mis respuestas ¿Y sabe por qué, Doctor? Porque los de su tipo, no comprenden o no quieren comprender. No se dan cuenta de que nada reduce más a un ser humano a la indefensión que esa odiosa costumbre de guardar el secreto de los males que presumen curar, que esa molesta práctica de prescribir sustancias que debemos ingerir sin preguntar y que ese incómodo hábito de tratar a sus pacientes con refinado engreimiento. No, no se dan cuenta de nada: ven sin mirar, oyen sin escuchar, palpan sin sentir. Doctor Bustamante, ¿recuerda lo que le dije en nuestra primera consulta?

— (El médico mueve la cabeza, la señal parece afirmativa, aunque no lo es, sus ojos siguen húmedos, su cuerpo está tenso, tenso como una cuerda a punto de reventar.)

— ¿Recuerda que le hablé de lo difícil que resulta controlar la proliferación de moscas en el verano? O ¿acaso recuerda la segunda vez que fui a su consultorio y me trató con mayor indiferencia que el primer día?, ¿Recuerda por casualidad cómo iba vestido o cómo interrumpió mi conversación de manera alta-nera? No se esfuerce, Doctor. Sé que no recuerda nada. Así que

se lo diré y desde el principio. Aquel día quise hacerle saber que yo no era un mequetrefe. Así que me pongo mi mejor traje y mi sombrero para hacerle notar que no soy de esos viejitos que buscan despertar la lástima de unos hijos ingratos inventándose dolencias. Normalmente no me gusta usar traje, Doctor, hace mucho dejé de usarlo. Suelo utilizarlo en velorios, así como espero usarlo en el mío. Pero ese día, estaba decidido a ganarme su voluntad, a impresionarlo. Porque sé palo bien, si un hombre como yo es zapatero, no es por falta de un destino mejor, sino porque ha escogido el ejercicio de una profesión honorable, y si está afiliado al sistema de salud del estado, no es por falta de opciones y recursos, sino porque sus principios le impiden abandonar su dinero en manos privadas. A veces lo que parecieran ser evidencias no son otra cosa que incertidumbres e inseguridades. En otra dimensión, en otro tiempo yo pude haber sido una personalidad de suma importancia. Incluso he llegado a pensar que pude haber sido Pedro el Grande o, por qué no, el emperador Adriano. Mientras que usted, Doctor, quizá no fue otra cosa que un esclavo, un comerciante o una puta. No se enoje conmigo, Doctor, son meras suposiciones. Luego la vida lo pone a usted como el médico y a mí como el paciente. No crea que digo majaderías. La vida siempre busca el equilibrio. Y si durante el tratamiento usted tuvo el poder sobre mi cuerpo, fíjese lo curioso, fíjese que ahora soy yo el que tengo la potestad sobre el suyo y que, sin ser persona autorizada para ejercer la medicina, esos azares inexplicables de los que somos víctimas los humanos me han dado hoy la potestad de decidir sobre su vida.

—(El médico no se mueve, lo mira con sorpresa como si de repente una avalancha de imágenes hubiera caído sobre su mente, aprieta los ojos durante tres segundos y vuelve a abrir-

los como si tuviera la vaga idea de que al hacerlo podría despertar de un mal sueño. Suda.)

— Finalmente, ese día aparezco en su consultorio, no sin antes revisar el nudo de mi corbata, sin ajustarme las mancorinas, sin limpiar el sombrero, sin hacer embolar mis zapatos, sin leer *El Espectador*. Mi mujer incluso me pregunta qué a dónde voy tan bien arreglado y de no darse cuenta a tiempo de lo ridículas que pueden llegar a ser las embestidas de celos a nuestra edad, me hubiera hecho una escena. Llego entonces a su consultorio un lunes como todos, es decir, un lunes deprimente y que no llegó a convertirse en lo que imaginé. Un lunes como cualquier otro: gris, mortecino e insulso, un lunes bogotano al fin de cuentas. Adjetivos que acepté en última instancia cuando comprendí que usted no era otra cosa que un oficinista que ha reducido al ser humano a un trozo de papel con cifras, un mercachifle que vende esperanzas en forma de pastas y remedios, un pendejo con bata que no entiende que la gente es una hoguera de pasiones, esperanzas, sueños, fe, sino un examen bacteriológico, un cuadro hepático, una curva de glicemia ¿así es como la llaman? Intento que se fije en mí, que me mire a la cara por lo menos un momento. Le hablo de varios temas para captar su atención con la esperanza de hallar un trozo de sensibilidad, pero lo único que encuentro es una mirada severa y una seña con su dedo que me obliga a callar. Así que callo y veo cómo reduce mi naturaleza a unas pocas palabras en su computador.

— (El médico parece llorar, sus ojos miran al anciano a modo de súplica, todo su cuerpo parece temblar).

— Ese día, tardo en regresar a mi casa. Quiero meditar sobre su mirada. Esa mirada gélida que me dirigió apenas unos segundos durante la consulta y que no podré borrar de mi men-

te. Salgo entonces de su consultorio y, en vez de tomar el autobús por la Décima, subo hasta el barrio las Cruces y camino por la Séptima hasta el Capitolio, agobiado por el peso de su mirada. De hecho, no me detengo, sigo caminando hasta el Parque de la Independencia, subo hasta la Plaza de Toros y finalmente le doy descanso a mi cuerpo en una banca. Mientras contemplo aquella imponente obra construida ladrillo por ladrillo con la entereza de un buen zapatero, no deja de darme vueltas en la cabeza la manera despectiva en la que me trató, pero, sobre todo, no deja de acosarme el recuerdo de su mirada: la misma mirada de quienes nos ven como armazones de carne, fluidos y hueso; la misma expresión de quienes nos ven solo como un voto, un número, una estadística, un peso. Fue esa misma mirada la que siguió mis pisadas de regreso a casa, la que me acompañó las siguientes noches de insomnio, la que aparecía con frecuencia agazapada en los titulares de los periódicos. Y así fue como comprendí que esa mirada que me dirigió en la consulta es el mal moderno. Esa mirada que cuelga del rostro de nuestros gobernantes y de la gente de a pie es la culpable del Holocausto, del Apartheid, del Ku klux Klan, pero para no irnos tan lejos, también es la causante de la Violencia, del Frente Nacional o de la reelección del güevón del presidente. Esa mirada indolente y desierta, que poco sabe porque no quiere ver, no es otra cosa que uno de los síntomas de la indiferencia. Bien dijo un escritor francés que “todo pecado es mortal y toda indiferencia criminal”. Y esa indiferencia es una peste que se debe erradicar.

— (El médico aguacha la cabeza, mira con insistencia a lado y lado del piso como si buscara algo. El sudor cae en sus ojos logrando que se irriten. Parece que está llorando)

— Como dice la canción, Doctor, no hay nada personal. Por

supuesto, que esa aseveración a usted no le dice nada, seguramente pensará que siempre hay algo personal. Pero en este mundo enfermo de indiferencia el problema es ver las cosas desde lo individual. No lo elegí a usted porque fuera algo personal. Usted para mí solo es una representación más, un ejemplo lamentable entre los ejemplos lamentables del mal moderno. Se lo digo para su tranquilidad, si es que eso lo tranquiliza. No siento ningún tipo de rencor hacia usted, usted no me hizo nada, puedo decir incluso que su tratamiento me sirvió, que ahora estoy mucho mejor. Yo sé que quisiera salir huyendo a la primera oportunidad. Eso le gustaría ¿verdad, Doctor? Golpearme, salir corriendo, tomar un taxi que lo lleve a su casa o a la policía o al bar en el que se reúne con sus colegas y decirles, no se imaginan lo que me acaba de pasar, un paciente me ha llevado engañado a revisar a su mujer (seguro no dirá nada de la suma que le ofrecí) y luego me ofreció un whisky, me durmió, me amarró a una silla, me dijo un poco de insensateces y de no ser porque a ese viejo ya le fallan las piernas, me hubiera matado. Pero no Doctor, no va a pasar nada de eso, usted no se va a ir de acá o sí se va a ir, pero de este mundo.

— (el tipo se sacude en su silla, intenta gritar y parece que a su cuerpo lo acometen varios espasmos, intenta levantarse con furia, no lo consigue.)

— Debo matarlo, Doctor, yo no quería nada de esto. No soy más asesino de lo que es usted. ¿Acaso no cree que la indiferencia mata más personas a diario? Lo he hecho venir, lo he dejado inconsciente, lo he atado de manos y pies a esa silla, le he puesto una cinta en la boca, no porque tema a sus gritos, ¿quién nos escucharía aquí? Si no porque no estoy dispuesto a escuchar sus falsos arrepentimientos. No me interesan las explicaciones, estoy más allá del porqué. Lo que interesa es el ahora. Es mejor

que lo acepte, Doctor, las cosas suelen ser más fáciles cuando se las acepta. Ya no es hora de llorar, ni de arrepentirse, ¿para qué sirve el arrepentimiento de un moribundo?, ¿Para irse al cielo? El cielo no existe doctor, esta vida es todo lo que tenemos, no hay más que esto. La vida es como una botella de aguardiente que algunos se toman de a sorbitos, otros de tragos y otros de un tiro hasta que ya no queda nada. Algunos rompen su botella sin haber tomado nada y a otros se la rompen cuando estaban disfrutándola. Es hora de que comprenda de que lo único que vale la pena es como ha disfrutado uno cada sorbo de esa botella, Doctor, y cómo ha permitido que los otros la disfruten. Eso es todo. No se asuste por el cuchillo que tengo en la mano, Doctor, está bien afilado, yo mismo le pedí a mi esposa que lo afilara, aunque ella no sabía la función que iba a desempeñar. Trataré de que sea rápido, cierre los ojos, es mejor que los cierre, que no siga mirando, piense con todas sus fuerzas en algo bonito, tómese de un jalón ese último sorbo de vida que le queda, Doctor.

— (El tipo se mueve con desesperación, hace que su silla junto con él se resbale de medio lado, golpea el suelo con fuerza y se sacude haciendo un último esfuerzo por liberarse, da la impresión de ser un pez fuera del agua luchando por sobrevivir.).

— Déjese llevar, piense en sus seres queridos, en su lugar favorito, en todo el mal que usted habría podido evitar. Seguramente se preguntará qué ha hecho para merecer esto, pero la verdad es que no merece esta muerte más que otros, más que yo. Usted en cierta forma es un hombre útil para la sociedad: trabaja, paga impuestos, manda a sus hijos a la escuela, los lleva de vacaciones una vez al año, cumple con los horarios de su trabajo, tiene amigos... La pregunta que hay que hacerse más

bien es ¿Por qué tanta indiferencia? En ese interrogante está la gran posibilidad. Este acto es mi respuesta, Doctor. Cierre los ojos que lo que se viene es feo. Adiós, Doctor, guarde la calma, trate de dormir, así es mejor, así.

Buenos Aires, 2012

Venganza de oficina

*“Verdaderamente, quisiera hacer algo diabólico,
pero no se me ocurre nada”*

JUAN JOSÉ ARREOLA

Lamento tener que decirlo, pero alguien tiene que hacerlo: la compañía para la que trabajo está integrada por unas personalidades tan necias como simples. Indiquemos que entre sus metas figuran la supresión de la excelencia, el sabotaje sistemático a cualquier tipo de avance o mejora, la detección, mediante sofisticados mecanismos, de personalidades competentes y la elisión de quienes aspiran a hacer su trabajo bien; cuestión esta, que suscita espantosas rivalidades entre ellos y entre quienes somos víctimas de sus necesidades.

Al parecer, fui por un tiempo motivo de discusión de esta grotesca cuadrilla, que nunca logró ponerse de acuerdo en cómo atajar el discurrir de mi intelecto. Hay que recalcar, para que se hagan una idea, que muchos son los actos capaces de irritar a esta indecente turba de taimados. Uno de ellos, por ejemplo, es vestir con un pantalón de color diferente al negro. Llevar una corbata de color pastel con un nudo Windsor o portar un libro es causa de las mayores irracionalidades, ya que su desviado imaginario lo interpreta como una provocación. No levantarse del puesto más de seis veces durante la jornada de trabajo, presentarse con los zapatos lustrados, portar una camisa con mancornas, tomar el café con edulcorante y no con azú-

car morena o atreverse a leer en público es visto por esta gavilla de bribones como ostentosa. Hay muchas otras cosas capaces de sacar de quicio a este hervidero de mentecatos como, por ejemplo, que alguien entregue las tareas a tiempo o que se atreva a salir de la oficina a la hora acordada o que use adecuadamente los signos de puntuación en los mensajes de correo o que proponga una idea. No quiero ser molesto deteniéndome por más tiempo en estos pormenores, pero no sobra decir que nadie como yo ha albergado una paciencia tan firme y equilibrada y que solo yo he sido capaz de imponerme, con una aparente mediocridad a toda prueba, a las malevolencias de esta horda de desadaptados.

Ya dicho lo más importante, no quedará duda que muchas y buenas son las razones para haber resuelto vengarme. Quiero, como prueba de mi objetividad, mencionar otras tres, aunque no necesariamente son las fundamentales, sino las que me vienen primero a la mente. La primera es que no estoy de acuerdo con Borges cuando dice que el olvido es la única venganza; la segunda, es que soy de la opinión de Walter Scott cuando afirma que la venganza es un manjar sabroso y la tercera, es que, aunque el dicho italiano diga que “la vendetta é un piatto che si mangia freddo”, a mí no me importa comer frío; incluso le encuentro cierto gusto. Agreguemos, sin embargo, una razón más, aunque no me justifique del todo: “que nuestras dudas son traidores, lo dice Shakespeare, no yo, que muchas veces nos hacen perder el bien que podríamos ganar si no temiéramos buscarlo.”

Ahora bien, ya aclarados los motivos que me impulsan a vengarme, de ahí que me tome la libertad de mencionar antes en voz alta a los miembros de esta agrupación nociva para cualquier buen ambiente laboral, a fin de cumplir con el principio

administrativo que determina que lo que no está escrito no existe.

Comencemos mencionando, entonces, a la señorita Zuluaga a quien solo le interesa la corrección de su peinado y la pulcritud superflua de su vestimenta.

Mencionemos, también, a la no tan joven señorita Salamanca, cuyas únicas virtudes son el tamaño de sus senos, la corta dimensión de su falda, su descarada coquetería y su involuntaria estupidez.

Sigamos con el insoportable del señor Sánchez, cuya presunción de saberlo todo, por el simple hecho de haber cursado un MBA en el exterior, es irritante, y cuyos enormes orificios nasales son de por sí bastante desagradables.

Prosigamos con el lenguaraz de Gómez, que disfruta engatusando a cualquier mujer que se le cruce por el frente inventando intrigas tan sosas y superficiales como las de Paulo Coelho.

Continuemos con el pelmazo de Pacheco, quien considera signo de intelectualidad estar al tanto de las alineaciones de los equipos de fútbol y saber cómo se descargan videos eróticos de la red. Hay que decir, eso sí, que su mediocre labor es de las más dignas de mérito, al igual que su corta estatura.

Mencionemos también, solo de paso, al montador de Jaramillo, al tramador de Ramírez, al banal de Cardona, al eufórico de Chivata, al extravagante de Martín, al complicado de Mera, a la resbalosa de Espinoza, a la criticaona de Barreto, al pusilánime de Escallón, al vanidoso de Torres, al malintencionado de Peñuela, a la clasista de Martínez, al metomentodo de Beltrán, a la malhumorada de Rodríguez y al descosido de Pinilla, cuyas repetidas evacuaciones intestinales dejan de continuo el sanitario inutilizable...

Detengámonos un poco en mi jefe, la pequeña sanguijuela de la señora Cortés, que disfruta chupándonos la vida dando órdenes insulsas, por el mero disfrute de mandar, y que no hace otra cosa que solicitar la ejecución de tareas inútiles, como la de organizar los vasos de tinto en forma de pirámide y los sobres de azúcar y las servilletas a modo de ramo floral.

Ahora bien: aunque aún no defino en términos concretos lo que los franceses llaman la “manoeuvre de vengeance” o los italianos “operazione di vendetta” o los colombianos con mayor sencillas “sacarse la espinita”, he encontrado en Google algunas ideas de fácil enumeración, como poner purgante al café después de haber sustraído el papel higiénico de los baños; o poner chicles masticados y babosos en los asientos de los escritorios o desconectar los computadores o quitar el cable de los teléfonos... En fin, ideas de ese tipo, que, aunque macabras, son de por sí bastante idiotas por su inejecución.

Es de dominio público que lo que agarrota más a un empleado, más que ver a un compañero sobresalir, es ser mostrado tal cual es. La sola idea de quitarse la máscara o de que alguien se la arrebate les hace temblar las piernas. Bien decía aquel filósofo cínico bogotano, de cuyo nombre no quiero acordarme, que “no hay nada más inoportuno y que abruma más que la verdad y nada que tranquilice menos que la mentira.” De ahí que tenga tanta resonancia en diferentes círculos administrativos y académicos aquella máxima que dice que “lo importante no es ser, sino aparentar”.

Es por eso, naturalmente, que una venganza debe atentar contra la apariencia y la mentira tan valoradas por ellos. Quitarles su máscara de supuesta perfección sería el mayor atentado contra estos grotescos seres.

Por el momento diré que mañana mi traje lucirá con opaca

perfección y que me las arreglaré, antes de que todos lleguen, para colocar sobre algunos computadores (incluyendo el mío), un rollo de papel higiénico con un corto pero contundente mensaje: ¡Para que limpies tus cagadas! Este será el detonante del rencor y la suspicacia. Luego procederé a pegar en las paredes algunos pasquines que he venido escribiendo en los últimos días. Los pasquines han sido escritos con la loable intención de generar resentimiento y odio. Los he redactado de manera impersonal, pero pensados para alguien en particular. He escogido el modo interrogativo, pues la experiencia y mi extensa formación lectora me han enseñado que las afirmaciones pasan desapercibidas, mientras que las preguntas no; y he escogido el voceo para despistar y porque el tuteo en el insulto duele más. No sobra decir que la escritura de estos mensajes ha requerido de toda mi destreza y genialidad literaria. Juzguen ustedes:

¿Eres consciente de que tus estudios superiores no te hacen superior? / ¿Hasta cuándo seguirás aparentando que haces algo in-útil? / ¿Te has visto alguna vez a ti que eres peor que los que criticas en el baño? / ¿Tu manía de ver porno y viejas en bola en horas laborales no será un tipo de deficiencia mental? / ¿Creés que escoger palabras rebuscadas para hablar te hace más inteligente? / ¿En serio pensás que irte tarde es una muestra de qué trabajás mucho y no evidencia de que perdés mucho tiempo? / ¿Nunca te dijo tu mamá que eres feo, aunque gastés mucho en ropa? / ¿La necesidad de caerles a todas las viejas no será una forma de compensar el poco cariño que tu madre te dio? / ¿Esa manía de hurgarte los dientes con lapiceros te hace más interesante o es tu manera de calmar un deseo reprimido asociado con el sexo oral? / ¿por qué no cagás en casa y nos evitás la molestia de olerte la mierda?...

Como seguramente, los que lean esto son de la opinión shakespeariana que hay que tener cuidado con la hoguera que se enciende contra los enemigos, no vaya uno a chamuscarse, aclaro que podré ejecutar este acto de satisfacción, gracias a que no pienso usar ningún tipo de pirotecnia ni fuego distinto al de mi inteligencia, y a que he tomado las precauciones necesarias para mantenerme lejos de la hoguera redactando una pregunta que ataque mi manía de leer novelas en el computador en horas de trabajo o mi manía de bailar como Michael Jackson cuando me dirijo a la impresora...

Sería un completo error suponer que la lectura de estos pasquines no producirá mayor antipatía de la que ya existe; es seguro que no poco será el pánico que producirán y confío en que la rabia y el temor juntos levantarán tal polvareda en la oficina que no quedará títere con cabeza. Si la suerte me acompaña en esta maniobra, esa naturaleza infecciosa del cerebro, que hace que imitemos instintivamente los actos de los otros, los llevará primero a insultarse, luego a irse a las manos y al final a arrojarse cosas. Imagino que la señora Cortés asustada correrá por todos lados e intentará controlar la situación, mientras bolígrafos, cosedoras y sillas vuelan por los aires destruyendo todo a su paso. Supongo que los gritos, los golpes, los arañazos, los insultos crearán tal destrozo que alguien llamará a la policía para que controle la situación.

Eso sí, antes del disturbio, y de que todo esto ocurra, yo ya habré entregado mi carta de renuncia y me habré ido con la certeza de que, en lo que me reste de vida, no volveré a pisar una oficina.

No quiero pecar de modesto, así que bueno es decir que las inventivas anteriores son de mi propia cosecha. Si bien, aún, no me convenzo de que estas ideas puedan tener la contundencia

cia anhelada; convengamos, sin embargo, que, aunque puedan tornarse mediocres y simples en el ámbito literario, no dejan de tener en el contexto administrativo cierto ápice de genialidad. Digan, si quieren, que mi venganza es una cuestión de poca monta. No me importa. Por el momento las cosas deberán transcurrir así, y aunque soy consciente que predecir los resultados de esta afrenta que planeo contra el statu quo reinante puede ser difícil, pronostico, eso sí, que sufrirán; y como lo expresó un cantante de reguetón, quizá parafraseando a San Mateo, “los haré temblar”. Por lo pronto, creo que va siendo hora de dejar esto, pues ya comienzan a escucharse los cuchicheos y corrillos como resultado de la concentración que he dispuesto para planear esta venganza. Así que mejor dejémoslo hasta acá y vayamos a haraganear un poco, no se echen abajo mis planes por no poder mantener unas horas más el estatus de mediocre.

Bogotá, 2010

El desafío de Aristóteles

*“Cualquiera puede enfadarse,
eso es algo muy sencillo.
Pero enfadarse con la persona adecuada,
en el grado exacto, en el momento oportuno.
Con el propósito justo y del modo correcto,
eso, ciertamente, no resulta tan sencillo.”*

ARISTÓTELES

Para el Lunes de Pascua de 1999 casi todos mis amigos habían abandonado el pueblo. Partieron sin despedirse, luego de que un grupo armado hizo explotar la estación de policía y provocó la muerte de varios de nuestros vecinos. La explosión en sí asusta. Esa liberación brusca de calor y piedras y varillas que se clavan en la carne y los huesos del que se cruce en su trayectoria agarrota a cualquiera. Apabulla también el estruendo y también encontrar fragmentos de huesos y músculos quemados por doquier. Dejémos de cosas, lo que produce un miedo de los mil demonios es saber que existe la posibilidad de que vuelva a ocurrir y de que sea uno el desprevenido transeúnte (o el pendejo) que se le cruza a la explosión. Como es natural, mis padres estaban inquietos, ¿quién no? Y asentados en la creencia de que mi corta edad podría ser un pretexto para que el ejército o la guerrilla o los paramilitares ¿Cómo saberlo? Me reclutaran o asesinaran, me entregaron sus ahorros y, sin más ni más, me enviaron a Bogotá. Mis padres, pobrecitos ellos, no duraron mucho en ese desbarajuste de cuentas de los violentos.

Fue una de las peores épocas de mi vida. Me alojaba en una mísera pensión del barrio la Fragua, en la que debía compartir el baño, la cocina, el lavadero con gente no muy dada a las buenas maneras y cuyas costumbres se adivinaban, en cierta forma, facinerosas. El alquiler era barato y no conocía la ciudad, así que tampoco tenía muchas opciones. Durante el día, enviaba solicitudes de empleo y en las noches leía lo que encontraba al paso, que en su mayoría eran libros de superación personal. Aquello que mis padres consideraban un avance no dejaba de ser un retroceso para mí.

Trascurridas cuatro semanas de búsqueda infatigable y tanteos inútiles, de esfuerzos malogrados y solicitudes frustradas, según mis cálculos, me quedaba dinero, para máximo dos semanas, si evitaba el desayuno, tomaba un almuerzo moderado y cenaba nada. Luego de analizarlo con mayor detenimiento, advertí que sumados los transportes y la compra de formatos de hoja de vida Minerva me quedaba dinero a lo sumo para seis días. Esta revisión de mis finanzas, tan somera como forzosamente personal, me obligó a aceptar un trabajo de voluntario en el Hospital Santa Clara, en el que, si bien no recibía un salario en toda regla, me ofrecían un subsidio de transporte y alimentación, unido a una vaga promesa de futura e incierta estabilidad laboral. El trabajo de título pomposo, funciones ambiguas y nula remuneración consistía en apoyar, mediante la realización de juegos, lecturas y talleres el Centro de Rehabilitación para Habitantes de la Calle. Debía distraer a los pacientes (que por lo general desertaban trascurridas apenas unas semanas) para que les fuera más fácil adaptarse a su nueva vida: una vida con reglas. De ahí la importancia de mi labor como Coordinador de Integración Sociocultural.

Las cosas fueron mejorando un poco, ya que gracias a una

recomendación ocupé una vacante como mensajero en el área de contabilidad del Hospital. Trabajo que me permitió no solo conocer la ciudad, sino cambiar de domicilio. Al mismo tiempo, continué por las tardes como voluntario en el Centro de Rehabilitación, no tanto por un escrúpulo de altruismo, sino porque me enamoré de la psicóloga a cuya recomendación debía mi salvación y porque, en alguna forma, encontraba consuelo en pertenecer a aquel equipo que me hacía sentir útil y de cierta manera especial.

Para la celebración del día de la independencia de 2000, ingresó un paciente nuevo al Centro: alto, escuálido, con la piel curtida por la intemperie, los dientes cariados, vestido con un traje de paño arrugado y sucio y unos zapatos rotos con la suela despegada. Tenía los ojos tristes y apagados, un rostro amable oculto tras una barba sucia y rala y un olor dulzón y desagradable. Se llamaba Miguel, parecía no sentirse cómodo frente a los espejos o a cualquier objeto capaz de reflejar su imagen y pasaba el día entero sentado como uno de esos monos babuinos mirando el horizonte de un muro de ladrillos con extraña melancolía. Era bastante reservado, no hablaba con nadie y en las terapias apenas conseguían que dijera su nombre o asintiera o negara a las preguntas que le hacían. Lo único que confesó alguna vez, es que no era de aquellos que naufragan en la mendicidad por las drogas o el alcohol, sino por la violencia. Declaración que no podía despertar en mi otro sentimiento que simpatía y aunque lejos estaba entonces de conocer la verdad sobre aquel hombre, surgió entre nosotros algo parecido a la amistad.

Fue una época dura, pero con cierto encanto: un encanto que no se percibe sino hasta cuando la vivencia es tan lejana que puede volverse un buen recuerdo. En ese entonces pasaba

enterrado hasta las narices en el aburrimiento de mi trabajo como mensajero: las eternas filas, los engorrosos trámites, las largas caminatas, las lluvias despiadadas. Después, en la tarde, comenzaba mi labor en el Centro y luego, terminada la jornada, esquivaba la soledad de mi habitación, jugando al ajedrez o a las cartas con Miguel, que, aunque callado, sabía cómo tirarme de la lengua. Más o menos fue por entonces cuando decidí enviar una nota a la psicóloga: Paola. Disculpe mi atrevimiento: estoy enamorado de usted. R...; nota que no recibió respuesta, por lo que redacté otra que no sé qué mal demonio me la dictó: Le pido que no haga como si nada pasara. Exijo una contestación, la que sea. R...; y que tuvo por respuesta: Ya que me exige una respuesta se la daré: sus sentimientos no son correspondidos, pero eso no impide que seamos amigos o, por lo menos, buenos compañeros. P...; y que me dejó en un estado de abatimiento tal, que decidí que lo mejor era renunciar al voluntariado, teniendo mucho cuidado, eso sí, de no dar a conocer los verdaderos motivos. Un mes más tarde, pude dimitir al trabajo de mensajero, ya que conseguí otro como ayudante de biblioteca, donde se comprometieron a pagar mis estudios; desprendíendome de esta forma para siempre, o por lo menos eso creí yo, de los amargos recuerdos de aquellos primeros meses en Bogotá.

Dice la gente que casi todo se olvida en la vida. Siempre hay vivencias que se posan sobre otras más antiguas y se almacenan como recuerdos de los cuales no somos conscientes; hasta que un reencuentro, una foto, una palabra, una canción, nos devuelven en el tiempo y reviven alguna situación que hasta entonces considerábamos inexistente. Eso mismo me ocurrió al encontrar a Miguel años después en un pueblo de la costa, donde pasaba vacaciones con mi familia.

Lo encontré sentado en la playa con la misma expresión

melancólica que tenía cuando lo conocí y con la mirada incrustada en un horizonte distante que solo él era capaz de ver. A pesar de que debía tener algo más de sesenta años, su cabello y barba se mantenían negros, sus músculos firmes, su apariencia triste.

No estoy muy seguro de si se acordó de mí del todo, pues no reveló emoción alguna, a pesar de que correspondió a mi salud con amabilidad y me invitó a sentar a su lado. Luego de un breve intercambio de palabras y de evocaciones informativas, Miguel comenzó un monólogo, que no me atreví a interrumpir y que parecía más un soliloquio no dirigido a mí, sino a alguien lejano en el tiempo.

» Ha habido verdaderos dramas en la vida, se lo aseguro — dijo, sin dejar de ver el horizonte — En el mundo ha habido torturas, engaños, asesinatos, estafas, muertes, violaciones, sobre todo engaños. La historia de la humanidad no es otra cosa que una suma de atrocidades. Desde la conquista Asiria en Mesopotamia hasta la reelección de nuestro presidente no son otra cosa que perversidades.

Por un momento calló, escarbó con sus talones en la playa y vi hundir sus pies en la arena como si fueran dos cangrejos asustados.

» El espíritu humano es capaz de producir todo tipo de escarnios, insultos e injurias con prolífica espontaneidad. Estamos rodeados de tanto odio, que la única forma de librarlos de él es aislándonos, apartándonos. No crea de mí que soy un misántropo, todo lo contrario, soy un humanista y por muchos años trabajé como profesor universitario, enseñando a los jóvenes el valor supremo de la razón humana. Una razón que, en mi opinión, solo se puede dar en la soledad, pues la vida en compañía de otros termina salpicándonos de actitudes irra-

cionales y ahogándonos en orgullos y vanidades.

» ¿Se estará preguntando qué me llevó a enajenarme? Podría responderle simplemente que fue la locura, la irracionalidad, la insensatez. Pero no, todos los hombres tenemos algo de demencia, de necedad, de estupidez. No, no son esas condiciones las que pueden enajenarnos, sino nuestra incapacidad para someter nuestras emociones en los márgenes de la razón. ¿Ha escuchado hablar del desafío de Aristóteles? ¿No? Aristóteles decía que cualquiera puede ponerse furioso, pero que estar furioso con la persona correcta, en la intensidad y la forma correcta, en el momento y por el motivo correcto no es nada fácil. Ahí radica la dificultad del desafío y puede que a usted le parezca cosa sencilla de aplicar, y bueno, puede serlo en circunstancias corrientes, pero si violentaran e hirieran adrede su dignidad, su cuerpo, su inteligencia, su corazón, ¿estaría preparado para enfurecerse en el modo y la intensidad correcta? ¿Cómo cree que hubieran actuado los judíos de haber encontrado una mañana en sus barracas las armas con que librarse del yugo que los oprimía? ¿Por qué considera, por darle dos ejemplos entre miles, que mataron a Martin Luther King o a la familia Clutter en Holcomb? Habría muchas respuestas, pero para mí solo hay una: que el desafío que propone Aristóteles, en el que he tenido tiempo de meditar durante muchos años, es un reto imposible en circunstancias extraordinarias. Puede que toda su vida la pase sin saber de qué le estoy hablando, porque nunca tenga usted un disgusto tan profundo y los instrumentos a su mano para salirse de control, pero yo sí sé de qué le hablo. Yo estoy convencido de que un ser humano acorralado y gobernado por el dolor, por la amargura, o, incluso, por el miedo puede llegar a los mayores excesos si tiene el poder para hacerlo.

El sol comenzaba a ponerse y el cielo se encendía en un crepúsculo de llamas naranjas, violetas y rosas. Un atardecer de sangre se aproximaba.

» Durante todos estos años de exilio me he preguntado ¿Qué fue lo que me hizo ser esclavo de la pasión, abandonar mi humanidad? ¿Fue la carencia de lo que los romanos llamaban temperantia o quizá la falta de dominio o equilibrio mental? Tal vez todo a la vez, no podría decirlo. Mucho he pensado en cómo llegué a hacer lo que hice, en qué me empujó a actuar de manera tan irracional y aún no logro encontrar una explicación que me satisfaga. Podría culpar a mi exesposa de mi actual situación, pero aquí no hay más culpable que yo. Porque el amor o cualquier otra emoción, puede colmarnos o dejarnos vacíos, puede ayudarnos a vivir o matarnos, puede llevarnos al cielo o al infierno si no se domina, si no se le pone una camisa de fuerza que la mantenga a raya.

Estas últimas palabras parecieron estimularlo. Tomó un puñado de arena y la arrojó frente a él.

» No, no lo puedo explicar, solo recuerdo cada instante, cada minuto transcurrido aquel día que regresé a casa más temprano de lo habitual por una de esas manifestaciones de estudiantes. Nomás entro a la casa y la escucho. No dejan de resonar en mis oídos sus gemidos: placenteros, voluptuosos, aterradores. Sin pensarlo subo con sigilo las escaleras, entro a mi estudio, abro la gaveta del escritorio, tomo la Smith & Wesson que heredé de mi padre y que siempre aborrecí, verifico que esté cargada, avanzo hasta la que hasta entonces era nuestra habitación, abro la puerta. Por varios minutos permanezco inmóvil llenándome de odio mientras la veo disfrutar de su amante ¿Estaba fuera de mis cabales o consiente? No lo sé. Lo que sí puedo decirle es que no olvido su rostro de espanto ni su expre-

sión arrepentida cuando le apunté. Seguro creyó que los mataría y tal vez lo hubiera preferido si hubiera previsto lo que les haría después. Haberles quitado la vida, habría sido más humano.

El sol agonizaba en el horizonte y el escarlata y el rojo incendiaban con furia un pedacito de cielo.

» No dejo que se vistan ni se excusen: los amenazo. Los obligó a descubrirse, a mostrarme sus cuerpos desnudos. Les ordeno que se besen, se laman, se acaricien por todas partes. Los obligo a sodomizarse, a gemir, a masturbarse, a hacer posturas que yo nunca había intentado. No me importan sus ruegos ni llantos. Los apremió, aunque están desfallecidos y llenos de miedo, a que rocen sus cuerpos, a que simulen el acto sexual, a que sigan tejiendo telarañas de odio en mi cabeza. No sé cuánto tiempo duró aquello, solo le puedo decir que duró hasta que llegaron mis hijos del colegio y encontraron su a madre desnuda y consumida con otro hombre en la cama y a mí apuntándoles con el arma. No puedo quitarme de la cabeza la mirada horrorizada de mis hijos ni la sensación de siniestra felicidad que tuve de que vieran a su madre en aquella escena.

En ese momento clavó su mirada en el suelo, parecía mirar sus pies a través de la arena. Las estrellas, durante el día esquivas, comenzaban ya a hacerse visibles.

» Desde aquel día quise huir de mí. Me alejé de todo lo que pudiera recordarme aquellas horas aciagas, y por eso vagué de un lado a otro guardando secretamente mi dolor. Intenté exiliarme y olvidarme de quien era, de mi rostro, de mis ojos, de todo lo que fui alguna vez. Me negué a hablar, a comer, a hacer cualquier cosa que me mantuviera con vida. Solo cuando el hambre o la sed o el frío me agobiaban, buscaba desesperadamente aplacarlos. Pero no era yo quien quería calmar mis nece-

sidades, era mi cuerpo el que me obligaba a beber de los charcos, a comer de las basuras, a cubrirme con periódicos. Quizá mi cuerpo quería mantenerme con vida para postergar mi sufrimiento y así entendí que vano era luchar contra él, que debía soportar mi vergüenza con firmeza, que imposible era huir de aquella imagen que me perseguía. Fue entonces cuando entré a un hospital para reponerme de aquella vida en la calle. No para rehabilitarme como pensaban los médicos, sino para restablecerme; porque yo no era un drogadicto, ni un alcohólico, ni un antisocial. Era o, mejor dicho, soy un hombre con vergüenza, con una vergüenza tan grande que no es capaz de vivir entre los otros.

» Luego de unos meses en el Hospital, comencé un largo peregrinaje. Visité pueblos, caseríos, aldeas abandonadas y devastadas por la violencia. Me alimentaba de lo que la naturaleza me ofrecía: pájaros, peces, raíces, frutas, hongos. Así llegué hasta aquí: caminando cientos de kilómetros, perseguido todo el tiempo por aquella imagen. Pero no crea que es la imagen de mi esposa la que me persigue, ni la de mis hijos, es mi imagen, mi imagen con el revolver apuntándoles y obligándoles a hacer todas aquellas perversidades, mi imagen de aberrante satisfacción viendo a mis hijos mirar con desconcierto a su madre: es la imagen de la venganza en mi rostro la que no me deja ni a sol ni a sombra: la imagen de un loco, de un criminal. Una imagen monstruosa de la que he intentado olvidarme y que temo revivir en los espejos, una imagen feroz que llevaré dentro de mí hasta la muerte y que me carcome como un cáncer.

En ese momento calló. Yo guardé silencio, no sabía qué decir. Quise hablar de algo, cambiar de tema, darle una palmada en la espalda, pero no fui capaz. Luego se levantó y caminó hacia el mar y se detuvo justo donde las olas agonizan. Su mira-

da continuaba absorta en el horizonte, las olas bañaban sus pies. Por un momento me entraron ganas de decirle que la vida era así, que la vida era cruel, que tenía razón con lo del desafío de Aristóteles, que lo invitaba a cenar, que había que seguir adelante, que le agradecía su confianza, que lo lamentaba, que de verdad lo lamentaba, pero ninguna palabra salió de mi boca: no valía la pena decir todas aquellas tonterías. Era claro que nada de lo que dijera o hiciera podría ayudar a aquel hombre. Las palabras pueden cambiar al mundo, pero no son capaces de borrar un dolor. Además, era tarde y mi familia me estaba esperando en el hotel.

Córdoba - Argentina, 2011

MOTIVOS PARA
MORIRSE



Motivos para morir

*“Conocemos a la persona que se nos ha muerto,
A todos los vivos los desconocemos.”*

ELÍAS CANETTI

A Rosa Inés y Eduardo

Monologo de la abuela

Y yo los vi llegar por el sendero que da al Cerro de la Cruz, en las tardes de aquel año aciago, cuando la luz agonizaba sobre las montañas y los cardenales se refugiaban en sus nidos. Traían la ropa gastada, el corazón enflaquecido y el alma desbaratada por los malsanos vientos de ciudad. Una madre sabe esas cosas y las ve de lejos, las siente de lejos. Se acercaron con el mismo andar voluntarioso con el que se fueron, pero con algo cambiado en la mirada. Fue ahí que comprendí que se pueden recorrer varios caminos sin que la manera de andar cambie, y que las penas del corazón no se notan en el andar, sino en la mirada. Sus ojos, que distintos habían sido entre sí, ahora están impregnados de resentimiento. Antes sus ojos eran de tierna esperanza como los de los venados; de inocente expectativa como los de las vacas que pastan en la sabana; de pícaro recelo como los de los gatos que merodean en la cocina, y de envidia como los que pintados tienen las mariposas en las alas. Ahora todos llevan la mirada inquieta y endurecida por el fracaso: tienen los ojos secos como la gente de ciudad.

Dijeron que venían por unos días a ver cómo iban las cosas por el pueblo, pero mi corazón de madre sabía que no tenían más a dónde ir. Yo no pregunté ni dije nada, tan solo los recibí como una buena madre debe hacer: cerrando la boca y abriendo brazos y orejas para dar consuelo. Una madre no reprueba, comprende, y yo soy una madre, una buena madre, dirían muchos. En principio, yo los abracé y lloré, no sé si de la felicidad de tenerlos de nuevo entre mis brazos o de verlos en aquel estado de abatimiento y miseria. Yo, que a la muerte de Arnulfo quise morir e irme con él a donde Dios dispusiera, encontré de nuevo una razón para vivir. Pero a una madre le pesan en el corazón las penas y las mezquindades de sus hijos y entre más desdichas ellos sufren, más peso se aguanta, hasta que un día los sufrimientos son tantos, que el corazón no aguanta más y de lo pesado se desprende.

La abuela y las moscas

Hay un antiguo temor en mi familia que hasta antes de la muerte de la abuela creíamos superado. El temor no es otro que a las moscas. En los inicios de la casa, los abuelos tuvieron que enfrentarse a ellas y, con toda suerte de mañas, imponerse sobre su enfermizo vuelo revoltoso para al fin desterrarlas. Al morir el abuelo, se les veía asomándose timoratas por entre las puertas o zumbando socarronamente en las ventanas, pero la abuela, dueña de un gran carácter y un magnífico sentido del humor, no les dio tregua y las mantuvo siempre al margen.

Cuando llegaron mis tíos, la abuela enfermó y las moscas entraron de nuevo en la casa y volvieron a recorrer con gusto perverso los antiguos rincones. Los tíos, extrañados, se pregun-

taban de dónde salían esos animalejos y culpaban a algún fenómeno atmosférico, con la inocente, por no decir presuntuosa, certeza que las moscas terminarían por desaparecer. Cuando alguien preguntaba ¿por qué habrá tantas moscas? Ellos, pobres desconocedores de la historia, de su propia historia, respondían, con candidez infantil, que por el clima. Pero las moscas no se fueron.

Al morir la abuela, las moscas ya se habían adueñado por completo de la casa. Edificaron lujosos apartamentos en los armarios y en las gavetas de la cocina, construyeron casas de campo en el patio y bungalós en la caneca de la basura, fastuosas piscinas en el jardín y terrazas con macetas de flores en el techo de la casa y hasta un chalé en el altillo. Hubo conversaciones muy serias sobre la manera más adecuada de eliminar aquel zumbido errante, pero de aquellas apasionadas charlas no salió nada novedoso ni definitivo. Algunos hablaban de colgar bolsas de agua porque, según decían, el reflejo de su figura distorsionada haría que se fueran en un pispás; otros hablaban de platos pegajosos que evitarían que las moscas después de posarse levantaran vuelo. La tía Celeste hablaba de trampas de jalea y majaderías por el estilo y el tío Tobías, un poco mal de la cabeza, consideró oportuno crucificar a una “mosca gorda”, en la puerta de la entrada, para que sus compañeras vieran lo que les pasaría de continuar con su arremetida. El tío Abelardo, por otra parte, se atrevió a decir que existían razones metafísicas para suponer que era mejor quemarlo todo. Afortunadamente nadie lo escuchó.

Lo cierto es que, aunque todos los métodos han sido puestos en práctica, las moscas no les dan tregua. No solo comen a la misma hora en que lo hacen los tíos, sino que también tienen la mala educación de revolotear por los mismos lugares por los

que ellos andan. Cuando los tíos se sientan a conversar, allí están vigilantes; cuando van al baño, los espían desde la distancia; cuando se van a la cama, los observan desde un sitio seguro y justo cuando notan que empiezan a quedarse dormidos, zumban cerca de sus caras para importunarlos.

Los tíos, al borde de la desesperación, han intentado averiguar el origen de aquellos bicharajos y han planteado hipótesis tan variadas como descabelladas. El tío Laurencio afirma que las moscas son una especie de plaga que simboliza la decadencia de la clase política del país, el tío Radamiro asegura que es por la inasistencia a misa de la familia, la tía Asmilbia alega que es castigo de Dios por la suciedad de los tíos, la tía Mariela, que es muda, hace gestos de desaprobación y muecas de infortunio que nadie entiende y el tío Abelardo, quien no para de beber, dice que es posible que todo se deba a un cambio en la era astral e insiste en que lo mejor es quemarlo todo. Lo cierto es que ninguno se ha puesto de acuerdo en el origen del mal y las moscas no solo se propagan con mayor ahínco, sino que poco a poco han comenzado a convertirse en algo habitual, como un cuadro, un florero, un mueble del que se sabe su existencia, pero solo se echa de menos hasta que se pierde. Y precisamente eso fue lo que pasó, pues un día, sin previo aviso, sin ningún cambio en las condiciones atmosféricas, sin ningún hecho que pudiera pronosticar una mínima variación en la rutina de la casa, las moscas desaparecieron.

Si bien es cierto que podría en principio suponerse que los tíos estarían satisfechos con el repliegue de tan molestos enemigos, la verdad es que el ánimo y la laboriosidad, común en otros tiempos, se evaporó. Es frecuente verlos de mal humor, casi no salen de sus habitaciones y ya no hablan entre ellos. En las pocas ocasiones que coinciden se preguntan unos a otros el

porqué de aquella repentina retirada y a veces los descubro buscando a hurtadillas en los rincones más insólitos alguna mosca o alguna pista que quizás les revele el motivo de aquella súbita desaparición, pero no han hallado nada.

El hecho final es que a los tíos, hundidos hasta el cuello en el pantano de la resignación, se les ve vagar de un lado a otro imitando el zumbido de aquellos insectos voladores. A veces permanecen un largo tiempo frotándose las manos mientras miran fijamente un trozo de comida antes de llevárselo a la boca. Tampoco es extraño encontrarlos asomados en las ventanas contemplando el horizonte con nostalgia y tal vez con remordimiento. Por supuesto, el meollo de la cuestión es que los tíos, sin darse cuenta y quizá producto de la soledad o la melancolía o la locura o quien sabe qué, han empezado a adquirir los mismos hábitos de las moscas. Pero claro, es necesario aclararlo, aunque lo han intentado todo, no han logrado ser mejores que ellas.

El velorio

¿Qué es la muerte? ¿Un misterio, una condición inevitable del ser, un cambio, una transformación, una alteración en la realidad, un tránsito a otro estado de la materia, el desenlace de una novela llamada vida? ¿Cómo responder a ese enigma? Tantas muertes han ido llenando mi vida con terribles amarguras y aún no logró darme una respuesta. Ahora estoy muerta, soy un cadáver y ni siquiera eso, pues mi cuerpo fue incinerado y las cenizas ahora están mezcladas con las de otros muertos y lo que un día fue mi cuerpo ahora está en manos y lugares diversos. Mejor olvidarse de él.

A mi velorio asistió gente que me quería y curiosos; borrachos y bandoleros; familiares de dudoso parentesco y políticos en busca de votos. En traje de civil se presentaron los de las auto-defensas, la guerrilla y el ejército, y aunque todos se conocían entre sí, prefirieron hacerse los de las gafas.

Unos lloraban, otros susurraban y algunos comentaban sobre la manera de vestir de las personas. Al rato notaban que demasiado habían hablado de temas banales y que se habían desviado del verdadero propósito de la velación y en arrepentimiento insincero convocaban a la gente a rezar.

El Señor padre, gracias a Dios, rezó ocho rosarios y salmodió unas cien veces “dale, Señor, el descanso eterno” y la gente respondió, sin ganas, otras tantas “brille para ella la luz perpetua”. No faltó quién se acercó a mi ataúd con fingida tristeza a ver mi rostro vacío de vida y en el fondo feliz de no ser el muerto. La que más se mostraba devastada era Asmilbia, siempre la misma maña: aparentar que es la que más sufre con todo, no sabía si reírme o darle unas buenas nalgadas para que dejara de ser tan pendejy y de fingir desmayos para llamar la atención.

De todo lo que ha pasado desde mi muerte, la cremación fue de lo más profano y degenerado: una oración como por salir del paso, el féretro que se desliza sobre unos rodillos y entra por una abertura en la pared y los gritos y llantos desaforados de la gente, como si fuera a ellos a quienes estuvieran quemando vivos. Por fortuna una no siente nada, todo se ve desde lejos. No quiero hablar ni de cómo me quitaron la ropa, ni de cómo se apropiaron de mis zapatos nuevos, ni de cómo metieron mi cuerpo en un horno con otros cuerpos igual de desnudos, viejos y feos. Lo único que puedo decir es que el misterio de la muerte termina no siendo ningún misterio, al fin y al cabo. Es un acto tan ordinario y vacío como echarles maíz a los pollos.

Ninguna de las siguientes palabras ha logrado expresar el horror de mi muerte: defunción, sueño eterno, chupar gladiolo, estirar la pata, bajar al Hades, pasar a mejor vida, ponerse la pijama de madera, colgar los guayos, ir al patio de los callados, descansar en paz, exhalar el último suspiro, encontrarse con la huesuda, pagar la factura ¿el fin?.

La casa de la abuela no es como antes

La casa de la abuela no es como antes. Ahora es la casa de los tíos y en la casa de los tíos no me gusta estar por la sencilla razón que es la casa de ellos. La casa de la abuela hasta su muerte era única: cada recinto era acogedor, cada habitación atesoraba objetos de inapreciable valor y algunos espacios encerraban un aura de historia y misterio. No era extraño encontrar, en cualquier sitio, un libro listo para ser leído en los furtivos momentos de soledad o una cobija vieja llena de motas y con olor a polvo para arroparse en cualquier lugar en el que lo atrapa a uno la modorra de las tres de la tarde.

Ahora no hay nada. Los libros los han regalado, el comedor de roble y varias cobijas fueron quemados en un experimento del tío Laurencio, la vajilla de la cocina fue destruida por la tía Asmilbia en un ataque de ira. El tío Radamiro, a escondidas, vendió la escopeta, las lámparas y la herramienta del abuelo y se gastó la plata en cigarrillos y se hizo el güevón, todo un político, arrasó hasta con el nido de la perra. Los jardines aledaños y algunos árboles fueron talados y en los jardines de hierbas aromáticas sembraron pasto... De la casa de la abuela queda solo el recuerdo.

Me ha costado bastante trabajo habituarme a esta nueva

casa. Es triste no encontrar en la cocina la carne blanca del maíz tostándose; no oler el café hirviendo con hierbabuena; no hallar los mesones repletos de plátanos, guatilas y chachafrutos y no ver la cuajada escurriéndose en el colador. Es triste. Los tíos hacen lo que les viene en gana y venden y queman y regalan y arrasan sin ninguna consideración. Cada uno toma lo que puede. Son como las hormigas que se trepan a un árbol y no se bajan hasta haberse comido todas las hojas: dejan solamente un palo vacío tras de sí.

Los tíos se excusan diciendo, que los cambios los ayuda a evadir los tristes pensamientos, que hay que seguir adelante, pero yo no soy tonto y sé que todo lo que hacen es producto de un sentimiento egoísta e ingrato. Los adultos siempre creen que los jóvenes somos unos retrasados mentales y si bien muchos de mi edad lo son, yo no soy presa fácil para majaderías de ese tipo.

Las benditas almas y las monedas

En vida, mi madre, que en paz descansa, acumuló monedas de todas las denominaciones en las ventanas, como ofrenda a las almas, para que le cuidaran la casa. Siempre que hubo un intento de robo fallido, mi madre no le dio crédito y con toda razón a la escopeta de mi padre, ni a la solidaridad de los vecinos, sino a las benditas almas y a sus monedas.

No hubo ventana, que yo recuerde, sin monedas, pues toda la calderilla paraba sin remedio allí. De niña, recuerdo que un día asalté las ventanas para comprarme unos lazos para el pelo y mi madre (a la que no se le podía ocultar nada) no tardó en notar su ausencia y me reprendió con la cruel sentencia de

que “el que roba a las almas, lo espantan mientras duerme”. La sentencia de mi madre me caló muy hondo, así que esa noche invoqué a las almas con fervor desmedido, les pedí perdón por haberlas robado y les rogué, encarecidamente, que no me jalaran los pies. Al parecer se apiadaron de mí y nunca hasta hoy me han asustado, cosa que agradezco. Benditas sean.

Desde la muerte de mi madre, las existencias de monedas han ido mermando de forma considerable. Mis hermanos y mi sobrino no dicen nada al respecto y se hacen los de la vista gorda. Es difícil predecir las consecuencias de su actuar, pero presumo que han agotado sus reservas de dinero y ahora no tienen reparo en robar a las almas y pecar. De todo esto me surge una inquietud que no me atrevo a formularles: ¿Las almas habrán ido en las noches a jalarles los pies?

Toda una santa señora

Aunque de una manera general, todo el mundo sabe que las mujeres siempre traen problemas. Puede que su intención no sea esa y que sus acciones y palabras se guíen por los designios más puros y honestos, pero algo en ellas, algo perturbado en su psicología, las lleva siempre a enredar las cosas, a fijarse en nimiedades, a criticar una u otra situación, a tomarse las cosas demasiado en serio, a joderle la vida a los que los rodean. No me refiero a todas, por supuesto. Saquemos del costal a mi madre y a Mariela que, aunque ostentan la condición femenina, no están dadas a enredar las cosas: la primera porque ya murió y la segunda por sorda. Me refiero en particular y solamente a mi hermana Asmilbiay al resto de mujeres del mundo.

Ahora resulta que, obstinada con la idea de tener una

santa en la familia, la ridícula de Asmilbia envió carta al vaticano para solicitar la beatificación de mi madre. Argumentó que había llevado una existencia de virtudes heroicas, que fue martirizada desde niña por las más penosas labores y la hizo responsable de unos treinta y dos milagros, entre los que se cuentan el haber curado el cáncer de una vecina con sangre de chulo y haber hecho crecer una yuca, a un tamaño tan descomunal, con la que logró alimentar durante una semana a todos en el pueblo en la época de la Violencia.

Armó un zaperoco por todo el pueblo con la noticia y obligó a mi sobrino Luisito a trabajar en una garita improvisada que construyó con guadua para cobrar la entrada de la gente que quería ver la aparición de la imagen de mi madre en un árbol de higuerón. Imagen que, dicho sea de paso, fue realizada a escondidas con una vela.

La situación es esta. El párroco favoreció la versión de Asmilbia. El cura ya está hablando de mandar a fabricar estampitas, escapularios, imágenes, figuritas, rosarios electrónicos, devocionarios, llaveros, velas, matracas, caramelos y pulseras con la imagen de mi madre en su vestido de matrimonio con el que se veía como toda una santa señora.

Me pregunto en qué irá a parar todo esto, pues es claro que la obstinación a veces da frutos y que las ideas disparatadas en ocasiones tienen más resonancia que las sensatas.

Las guascas

Lo más lamentable de la muerte de un ser querido no es solo que no volvamos a verlo, sino el no haber aprendido de su experiencia y conocimientos en vida. El día de Navidad se sintió

por primera vez de manera tajante la muerte de la abuela, pues nadie sabía cómo eran las guascas y mucho menos dónde encontrarlas. La guasca es una hierba que la abuela sembraba con devoción y que se usa para aromatizar el ajiaco. De otro modo, esta suculenta preparación se convierte en no otra cosa que una vulgar sopa de papa. Así que ese día, los tíos se dedicaron a la estéril búsqueda y arrancaron cuanta hierba encontraron al paso. Lo triste del caso es que ninguno dio con la planta, pero eso sí dejaron los jardines de la casa en un estado lamentable. Yo no quise meterme en el asunto, pues a mí por ser tan joven nunca me prestan atención. Finalmente, los tíos compraron las guascas y las pusieron en el ajiaco, pero ninguno tuvo la precaución de dejar una hoja a la mano para compararla con las plantas que hay en la casa. Los imagino los siguientes años en la misma estéril búsqueda, y comprando de nuevo las guascas en el supermercado.

Ridiculeces

Una de las principales fuentes de lo ridículo es cuando mis hermanos y yo nos sentamos a tomar aguardiente para celebrar algún cumpleaños, aniversario o conmemoración especial y producto de la combinación del resentimiento con el alcohol terminamos diciéndonos lo que nunca nos habíamos atrevido a decirnos. Líchigo, gorrero, chupacruces, caído del zarzo, enaguado, atolondrado, güevón, zoquete, mantenida y otro tipo de ofensas, con las que se podría escribir un diccionario de insultos. Luego, envalentonados, nos echamos en cara cualquier cosa y nos enredamos en discusiones sobre sucesos insignificantes y sin valor y los odios ascienden sin control, del mismo

modo que lo hace la espuma de la cerveza cuando se sirve sin inclinar el vaso.

No pretendo alegar motivo alguno durante estas cuestiones, ni ponerme de parte de nadie, pero, por ejemplo, una noche me vi en la obligación de detener a mis hermanos, antes de que la cosa pasara a mayores. Es extraordinario ver las nimiedades que despiertan el rencor entre nosotros: mover una silla de lugar, ubicar unas flores en un jarrón, levantarse a una hora inusual o dormir en una habitación en particular. Hay que ver el trabajo que me costó separarlos ayer solo porque Abelardo decidió tomar el café sin azúcar.

Complejo de superioridad 1

¡Lo que son los complejos! Dicen que Mariela deshonró a la familia el día que decidió vender empanadas de carne y pasteles de yuca en la tienda de enfrente de la casa para reunir el dinero para hacer el mercado y pagar los servicios públicos.

Complejo de superioridad 2

Aunque las invitaciones son constantes, nadie va a tomar cerveza a la tienda del frente porque esas cosas, según los tíos, son para gente vaga y sin mayores ambiciones. Sin embargo, se mueren de ganas de ir cada vez que los invitan, pero les toca decir que no, porque no tendrían con qué pagar la cuenta y mucho menos invitar una ronda.

Complejo de superioridad 3

No hay imagen más inquietante que ver a mis tíos quejándose por la falta de plata y ser incapaces de arrancar los plátanos, las moras, las naranjas y los ajíes de las plantaciones de los alrede-

dores de la casa, para vender en el mercado del pueblo, en donde les darían una buena suma, y sí llamar a algún vecino para que lo haga por ellos, porque, según dicen, coger alimentos de las plantas es propio de campesinos y no de gente decente.

La pasión

Para Semana Santa los tíos decidieron organizar la pasión de Cristo a lo vivo. Hicieron una colecta por todo el pueblo y luego de pagar servicios, comprar un perro y hacer mercado iniciaron la fabricación de los trajes de los personajes. Con escobas hicieron los cascos de los soldados romanos; con sábanas fabricaron las túnicas de los apóstoles; con costales pintados, parte de la escenografía. Durante varios días gente de todo el pueblo desfilaba por la casa probándose vestuarios, haciendo pruebas de actuación y de maquillaje, preparando comida, entreteniendo a los niños, planeando los recorridos y los efectos especiales.

Los tíos escogieron a las muchachas más bonitas del pueblo para las mujeres de la corte de Nerón, a los hombres más corpulentos los convirtieron en soldados, a los que tenían barba los hicieron sacerdotes o apóstoles y a los más jóvenes en edecanes de la corte de Pilatos. Dos jornaleros del pueblo que se caracterizaban por su fealdad y su buena voluntad fueron escogidos como los ladrones que acompañarían a Jesús en la crucifixión. Hubo algunos inconvenientes para escoger a Jesús, pues ningún aspirante al papel tenía la barba sedosa, la dulzura en los ojos, el pelo largo y la voz portentosa; así que el tío Laurencio decidió asumir el papel, aunque tenía el pelo al ras, la

mirada estrábica y ninguna barba. Decía que sus estudios de arte dramático lo facultaban para interpretar incluso hasta al mismísimo Dios. Los ensayos y la dirección estuvieron a cargo de él, por supuesto, y nos entrenó a todos con reciedumbre y exigencia.

Para la gente y para mí todo era un juego, una forma más de pasar el tiempo, una manera de hacerle frente a la monotonía; pero para los tíos, todo tenía un carácter trascendental. De continuo gritaban, se enojaban si alguien llegaba tarde a los ensayos, o si la interpretación de un personaje no era verosímil, o si alguien olvidaba su parlamento o algún implemento del vestuario.

A la gente poco le importaban las exigencias y los malos tratos que en ocasiones les daban los tíos y se sometían fielmente a su autoridad. Puede que muchos consideren que la gente del pueblo era una completa idiota por hacer todo lo que ellos decían, pero la verdad era que se sometían de buena gana como un modo de enfrentarse al aburrimiento, y porque a fin de cuentas esas ideas descabelladas propiciaban el encuentro, la camaradería, la alegría. Qué importaba ensayar o trabajar varias horas, qué importaba aportar dinero o seguirles la cuerda a esos locos, si a cambio el vacío amargo de la existencia era menos amargo; si la vida, más alegre, más dichosa, menos vida.

Asesinatos ejemplares

Hay que decirlo a calzón quitado: he matado a más de treinta y dos moscas en un día, aunque preferiría decir que fueron más de cuarenta. No me da pena reconocerlo y tampoco me gusta la mentira, porque eso sí, sincero como yo, ninguno.

Primero las embobo con humo de varitas de incienso y luego las espicho con mi pulgar: suavemente y contundente hasta que siento su cuerpo esparcirse por mi dedo como una bolita de plastilina. Las maté y las seguiré matando mientras me queden fuerzas o, más bien, mientras me queden ganas. Matar moscas me desahoga y evita que caiga en la tentación de pasar al papayo a alguien. Matar moscas puede pasar desapercibido, mandar a la tumba a un hermano no.

Cosas inútiles

Ir a misa es una gran tontería. No ayuda a nada. Las oraciones no funcionan. La comunión menos. Los saludos de paz son un mero protocolo imbécil. Las palabras del padre siempre están cargadas de sandeces. Más que ir a misa y pensar en santos, es mucho mejor masturbarse. Masturbarse varias veces al día con el televisor encendido hasta que te entre el sueño y todo se olvide. Y así todos los días.

El arte de insultar

Me gusta inventar insultos. Antes ni me lo pensaba, pero ahora no podría vivir sin ingeniar diversas clases de agravios. En este ejercicio he aprendido varias cosas: hay que ir refinando los insultos a medida que se avanza en el arte. Hay que buscar el impropio exacto, la injuria certera y la ofensa oportuna. No es bueno repetir el mismo insulto en más de dos ocasiones a la misma persona, pues las palabras pierden su alcance cuando se repiten. Además, es poca la indignación que puede sentir una

persona cuando se usan recursos estereotipados y primitivos que solo obedecen a la imaginación y que no producen el menor enojo. Dejarse llevar por la emoción es peligroso, pues se puede caer en los errores antes mencionados y se cae en la tentación mezquina de expresar cualquier vulgaridad sin ser pensada y, lo más grave de todo, es que se puede pasar por grosera.

El arte de planear asesinatos

Hace unos días proyectaron en el teatro municipal la película *Ensayo de un Asesinato* de Luis Buñuel, basada en la novela de Rodolfo Usigli, y me identifiqué plenamente con el tema y su desarrollo. Definitivamente una película en la que me hubiera gustado actuar. Es preferible escribir todos los días diferentes maneras de asesinar y planear al detalle varios tipos de muerte, que van desde el envenenamiento hasta el uso de armas case-ras, que ejecutar el acto. Me gustaría aclarar que mis pretensiones van mucho más allá que los engreimientos estéticos de Tomás de Quincey, quien cree valioso analizar el arte de los crímenes cometidos por otros, del mismo modo que lo hacen los vulgares críticos. Bien dijo Chesterton, que el delincuente es un artista y el detective un crítico, et je suis un Artiste y por esta razón es mejor inventar muertes que analizarlas.

Sobre el odio

Experiencias de muy diversa índole han llegado a convencerme de que matar a alguien no acaba con la furia que una

siente por dentro, sino que, por el contrario, la agranda. El muy caradura descansa en paz, mientras una sigue llenándose de remordimientos y odio en este mundo insensato.

El fin del mundo

De niño, la abuela me decía que el mundo acabaría en el 2000, y yo lloraba desconsolado porque no alcanzaría a casarme; luego, influenciados por una película de moderado éxito, los tíos afirmaron que el mundo acabaría en los primeros meses del 2012. Ahora, algunos aburridos o malos lectores de las interpretaciones de los libros Mayas han afirmado que el mundo acabará el veintiuno de diciembre. Para mí, más que retornar el desconsuelo de mi infancia, me inquieta que el mundo haya terminado hace ya bastante y no nos hayamos dado cuenta.

El fin de un mundo

Difícil predecir en que terminará todo. La desesperanza entre mis hijos es tal que no les quedará otro camino que el barranco. Es cuestión de días para que todo se vaya al carajo, para que esos paparotes no encuentren más asidero y se decidan de una vez por todas a enfrentar su suerte. Preveo que el alboroto será infernal. Por ahora todos se aferran a la vida y rompen aquí y allá, gritan, desafían, discuten, provocan, amenazan, echan atrás lo que han hecho y vuelcan un caudal de energía agonizante en hacer andar ambiciones dementes, intenciones sin sentido, planes necios, aspiraciones desatina-

das, propósitos ruines.

Hay días en que la tristeza les oprime el pecho, en que el aburrimiento les parece infame. Otros días sienten que van por buen camino, que sus vidas toman de nuevo un rumbo, que recobran la luz de otros tiempos. Por momentos parecen felices: conversan, ríen, idealizan, recuerdan; luego se desengañan y reniegan, conspiran y blasfeman, perjuran y protestan. El ambiente se ha tornado estático y siniestro como antes de la borrasca. Un perfume hediondo ha impregnado el aire y los colores de lo que fue mi casa están borrosos, parecen manchados de barro. Sé que es cuestión de tiempo para que la unión de mis hijos muera. La consumirá, como a todo en este mundo, la muerte; esa que se agazapa en los rincones y que roe los recuerdos y la madera de los muebles; esa que marchita los afectos y las flores; la misma que descascara las paredes y las buenas intenciones; la que confunde las baldosas y los buenos recuerdos y la que cubre los afectos, del mismo modo que el musgo negro cubre el rojo del tejado.

Córdoba, Argentina, 2011

MOTIVOS PARA
— **EL SUICIDIO** —



Terrores de infancia

“Nadie puede explicarme exactamente qué ocurre dentro de nosotros cuando se abren de golpe las puertas tras las que se esconden los terrores de infancia”

W.G. SEBALD

«La imagen era aterradora. —escribe Ciro Cristancho al inicio de su voluminosa autobiografía— El corazón expuesto y torturado por el fuego y una daga atravesándolo; el rostro en los puros huesos y la mirada nublada de perversa ruindad; las greñas ensortijadas, sucias y la frente coronada por un conjunto de espinas desiguales; la sangre manchando todo y el sudor y la mugre corrompiendo el diseño: la siniestra efigie de la bondad». Esa descripción de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que “tenía unos ojos que parecían ver e intuir hasta la acción más remota” era, en palabras del Cantor de la montaña, (apelativo con el que fue conocido) “el más bello y aterrador de los misterios”; además de la inspiración y el argumento de gran parte de su obra poética.

Sus primeros pasos en la poesía estuvieron marcados por el miedo inexplicable a esa imagen. Su abuela, doña Edelmira de Cristancho, mujer devota, de buenas costumbres y algo obstinada, no veía con buenos ojos que su único nieto varón llorara sin consuelo cada que veía la imagen de Jesús, por lo que aplicó métodos draconianos a fin de aplacar los temores del incipiente poeta. No hablaré acá de los castigos a los que fue sometido el niño Cristancho, pero se me figura, así de momento, que fue

aquella distorsionada y férrea disciplina matriarcal la que contribuyó en el desarrollo de un estilo caracterizado por el ataque personal, las metáforas lastimeras, los razonamientos artificiales, las comparaciones imaginativas y la lógica incoherente. Hablar de su infancia puede ser bastante aburrido; no tenemos conocimiento de que haya tenido alguna aventura, anécdota, ni amor juvenil. No obstante, sabemos que era excluido de todos los juegos y que dedicaba la mayor parte de tiempo a leer la biblia, a Platón y a Carlyle; todas cosas que terminarían alimentando una misantropía rampante, un quilianismo nacionalsocialista, un dogmatismo intransigente y una lasitud mental a toda prueba.

En sus, en ocasiones, desproporcionadas declaraciones de tipo íntimo que se encuentran a lo largo de su autobiografía, Cristancho afirma que luego de “cabales reflexiones” su abuela descubre que el origen de su miedo era la ausencia del bautizo, la condición liberal y, por lo tanto, comunista y atea de su madre y el carácter endeble de un padre que “se dejaba mangonear de su mujer”. Para Ciro Cristancho no estar bautizado a los nueve años por culpa de sus “insensatos progenitores” entrañaba peligros de diversa clase. Podrían tirarle de los pies en la noche o la Llorona (el espíritu maligno de una mujer que según la tradición popular había matado a sus hijos) podría cortarle los dedos meñiques de las manos o un súcubo maligno encontraría la forma de tener comercio carnal con él. “La situación no era para quedarse tranquilo —apunta Cristancho—, de modo que mi abuela hizo lo que se tenía que hacer.” Según Cristancho, la memorización de oraciones, el bautismo y más adelante su contribución ideológica a la causa del Partido Conservador lograron alejarlo de las llamas de los infiernos, del sufrimiento del purgatorio y de la condena eterna, pero, eso sí, nunca logra-

ron quitarle el miedo al cuadro.

A los quince años publica su primer poema de tendencia mística titulado Corazón de fuego, en el que hace una descripción minuciosa de una corona de espinas, una deplorable imitación de Mistral y Sor Juana Inés de la Cruz que en algunos casos llega al plagio duro y puro. A partir de esa publicación, Cristancho empieza a escribir colaboraciones periódicas para el semanario del pueblo que, aunque fueron prácticamente ignoradas, le permitieron forjar un estilo característico. Baste decir, que si bien aquellas primeras piezas fueron tomadas por algunos lectores ocasionales como una travesura juvenil o los delirios de un loco le permitieron granjearse la simpatía del cura del pueblo que lo cobijó bajo su protección, nombrándolo acolito de la parroquia, oficio que sería el caldo en el que hervirían y tomarían consistencia las ideas del poeta.

Su primer libro, publicado en 1938, *Angustias del niño de la montaña* (edición de iglesia, 505 páginas, 100 ejemplares) es una desafortunada colección de poemas en prosa, que sigue la estructura de un ejemplario medieval y cuyo leitmotiv es un hombre que camina en una montaña y se encuentra a un niño de ojos amarillos que habla de manera extraña y le revela “verdades” a las que Cristancho les da el apelativo de “profundas”. El libro compuesto por trescientos sesenta y cinco poemas de índole didáctica, corresponden con los días con los que el caminante decide subir a la montaña y entrevistarse con el niño. Libro un tanto difícil, que transgrede los tiempos verbales y que altera el orden sintáctico de los elementos de las frases, lo que no solo dificulta su lectura, sino que en ocasiones lo hace ilegible. El éxito en ventas del libro no se hace esperar. Promocionado por el cura como “el nuevo evangelio” o “las revelaciones del sagrado corazón” se agota en apenas dos misas. El libro suscita

una polvareda de incógnitas que Cristancho no supo responder, de ahí que durante años invirtiera mucha tinta y papel para explicar sin éxito a unos críticos inexistentes el sentido de su libro mediante extensas y aburridas cartas. En el prólogo de su *Correspondencia Reunida*, publicado antes de su muerte, Cristancho escribe: “La redacción de estas cartas me dejó en aquel entonces con un agotamiento comparable al de Jesús al llegar al Gólgota, pero me permitió llegar a una irreprochable conclusión: el libro es una suerte de profecía escrita en un momento de iluminación celestial; puede parecer ilegible en las primeras cinco lecturas, pero luego el lector entreverá las verdades que oculta.”

La falta de comprensión de su poemario afecta de tal modo la sensibilidad del poeta por lo que es recluido en un hospital psiquiátrico, luego de un risible intento de suicidio. Durante su estancia en la clínica, escribe una serie de cuentos morales en endecasílabos en los que vierte de manera deprimente todos los prejuicios inculcados en su niñez. Los argumentos de los cuentos oscilan entre temas tales como los límites de la razón humana y las infinitudes de la razón divina; la importancia de la autoridad, la tradición y la fuerza cristiana y la insignificancia de las libertades civiles; la trascendencia de la Iglesia, la patria y la familia y la insuficiencia de la razón. Los cuentos, publicados por entregas en el periódico *El Siglo* y más adelante reunidos en un controversial libro titulado *mensaje para los parásitos que viven de la savia de la República* provocarían la casi total destrucción de la sede del periódico en 1948.

Meses después, viaja a España, gracias a una beca otorgada por el recién fundado Instituto de Seguros Sociales, con el aval del presidente Ospina Pérez. Según la versión oficial, allí se conoce con el editor de *El Siglo*, Laureano Gómez, en la bibliote-

ca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (La versión no oficial diría que fue en un bar de putas llamado El Escorial). Laureano, que había leído con premura los cuentos morales publicados meses atrás, recibió con los brazos abiertos al ya no tan joven poeta, le invitó una copa y desde entonces fueron uña y mugre. “Aquella época fue la más luminosa de mi carrera— escribe el Cristancho— en la medida que me permitió entender los motivos por lo que estaba en la tierra.”

Comienza desde entonces una asidua colaboración entre el ingeniero con ínfulas de político y el sacristán con ínfulas de poeta, entre lupanares de España y Colombia, y cuyo resultado fue una serie de discursos y arengas que serían pronunciados por uno y otro a lo largo de sus carreras políticas. Discursos en los que se revela una mejoría notable en la composición, un manejo aceptable de la sintaxis, una aparente disposición a la acción cívica y un retroceso exagerado en el intelecto. Aquellos discursos, escritos a dos manos y ninguna mente, llevaron a una cretinización generacional que trajo consigo la creación de odios bipartidistas y que instauró las bases para la creación de un pandillismo rural que desembocó en una violencia caracterizada por la barbarie y la torpeza; logros todos que los catapultarían a los altos estrados de la política.

En la fiesta de posesión de Gómez como presidente y de Cristancho como senador, el poeta pronuncia un discurso en el que se evidencia el derrotero de su política: “Borracha con el frío de los páramos y los frailejones, nuestra civilización rudimentaria se refugia entre la cazurrería envidiosa de la raza indígena salvaje e informe. Los cuerpos negros e indígenas permanecen en la infantilidad y la estupidez por la bruma de los páramos que los emborracha y los conduce a esa tendencia unívoca de mentir dentro del concierto humano.” Alocución en la que se

ataca con vehemencia a los indígenas, a los negros, a los páramos y al sentido común. Queda la duda de si también hay un ataque velado a los frailejones. La arenga se encuentra en su obra “La civilización, en fin, contra la barbarie.” Libro cuya popularidad fue fugaz y que ahora difícilmente se encuentra.

Su siguiente incursión en el mundo editorial data de 1950. Publica una colección de ensayos titulada “El final de la grandeza” en la que promueve la instauración de la inquisición, el castigo mediante la crucifixión, la guerra contra cualquier país vecino como un modo de gimnasia castrense, el exterminio de los indígenas y los negros como calistenia, la purificación paulatina del tegumento “criollo” mediante la emigración de alemanes e ingleses, el recorte de los derechos de los ciudadanos, la homogeneización de la sociedad sustentada en los valores del Espíritu Santo y la necesaria inmolación de las mulas por considerarlo un animal innoble por su condición mestiza. Ideas todas que intentó llevar a cabo durante el gobierno de Gómez y que “hubieran podido llegar a buen término— escribe Cristancho— de no ser por mi nombramiento como parte del Batallón Colombia y de que la lucha por la libertad casi me arrebatara el aliento”.

El 27 de junio de 1950 el secretario general de la ONU solicita a Colombia participar en la guerra de Corea y Laureano Gómez envía a 5000 soldados, entre ellos a Cristancho, bajo el título pomposo de Cronista Presidencial de Guerra. Nombramiento cuyo objetivo era mantenerlo a raya de la vida política, pues ya empezaba a hacerse incómodo por sus impetuosas propuestas y las imprudentes declaraciones que daba a la prensa y que podrían comprometerlo de algún modo. Durante su estancia en Corea, a Cristancho no le queda más remedio que entrar en combate y debido a las duras condiciones pierde la

mayoría de sus dientes frontales y lo que le quedaba de cordura, razón por la cual regresa al país días antes “del golpe de Estado – escribe Cristancho - que el basilisco de Rojas Pinilla dio al restaurador de la grandeza y la moral de la nación”.

Tras el exilio de Gómez, Cristancho, ya bastante mal de la cabeza, acomete contra el nuevo gobierno con su verbo arrebatado a fin de lograr la repatriación de su mentor. Al verse completamente solo en esa lucha, decide ejecutar un acto temerario “que haga bambolear la tiranía rampante y el caciquismo despótico de Rojas”. Entonces va a un pueblo cercano, compra diez o quince marranos (las cifras difieren), los mete en su carro y los conduce al congreso. La iniciativa, que pudo haberse convertido en un acto de protesta sin precedentes, que pudo haber agitado el ya convulsivo panorama político de entonces, que pudo haber llamado la atención de la prensa internacional y haber hecho tambalear al recién conformado gobierno, nada más consiguió que Cristancho fuera arrestado por atentado contra la salud pública, pues todos los cerdos murieron en el camino.

En la cárcel escribe y publica, en edición fotocopiada de cien ejemplares, una novelita lumpen titulada “La Marquesa de la Cebolla”, libro en el que hace gala de un conocimiento envidiable de la vida nocturna y en el que se entrevén ciertos guiños de complicidad a Gómez, libro de humor cáustico, picante e irreverente. Publica también un breve poemario en el que se lamenta de la dictadura de Rojas, de la comida de la prisión, del totalitarismo ilegítimo de Rojas, de la decadencia de la poesía, de la justicia social promovida por Rojas, de la ausencia de la ordalía en el sistema penal acusatorio y de la costumbre de Rojas de beber aguapanela. Libros ambos que fueron acogidos con notoria indiferencia.

Al salir de la cárcel intenta retornar a la vida política, pero es expulsado de su partido, así que regresa a su pueblo natal dónde redacta su monumental autobiografía. Ese año también sale a la luz, sin sello editorial y sin fecha, su Correspondencia Reunida con anotaciones de Erick Guter, donde se encuentra una carta de deberes y obligaciones propuesta por Cristancho a la ONU.

Tan pronto como hubo terminado las 1230 páginas de su biografía es internado, “debido a un agotamiento—dice el poeta—que rayaba en lo indecente” en el psiquiátrico Julio Manrique de Sibaté. Ahí, en sus momentos de lucidez (si es que tuvo alguno) escribe un diario en el que abundan, como ya lo mencionamos, informes meticulosos sobre sus progresiones estomacales. Aquellas anotaciones tan fuera de lo común nos llevan a suponer que Cristancho daba gran importancia a sus incidentes caseros por considerarlos pistas que permitirían una comprensión más profunda de su obra. “Hoy he ido al baño tres veces, parece que el café me pone directo” anota un día de 1955. “Un poco de estreñimiento, he tenido que hacer más esfuerzo de lo normal”, escribe en abril del mismo año, y en julio precisa: “salió bastante aguado”. En 1956 las cosas no han mejorado, “en la noche retorcijones y muchos gases, parece que no quiere volver a solidificarse”, o bien “indisposición terrible, no vuelvo a comer frijoles”. Más adelante en 1957 se muestra más obsesionado y con razón: “Me duelen las tripas, a veces siento como si fuera a parir un cerdo”. Un año después continúa quejándose: “cada día me siento más impuro”. En 1958 las cosas parecen empeorar “parece que un puerco me devora por dentro”. Un mes después, “solo padecimientos, solo inmundicia”.

Tampoco crea el lector que los eventos consignados en el diario se limitaban a temas gastroenterológicos, Cristancho

habla de temas variados y dispares como, podología: “siento placer al extraer aquel polvillo blanco de las uñas de mis pies cuya fetidez aparta a los mediocres, pero que a mí me produce un gozo similar al de la escritura poética”, dermatología: “el infame forúnculo que tantas noches me mantuvo en vela llegó a su total maduración esta mañana, nada más deleite infantil cuando el aprisionamiento de mis dedos produjo aquella erupción de rojo y blanco.”, arquitectura griega: “aquella enfermera arquiteada con robustas columnas de toba calcárea me causó un gran malestar sexual que solo pude aplacar mediante el onanismo, me imaginé separando aquellas columnas mediante la formación de una perístasis que permitiera la entrada de mi columna jónica en su megarón.”, nefrología: “hoy mi orina ha tenido un olor diferente”, política lingüística: “la primera actitud del hombre ante sus gobernantes es la confianza: el símbolo y el hombre coinciden; la segunda actitud es la desconfianza: el hombre difiere del signo; y al final el odio: ni signo ni hombre, solo un tinglado de acciones que se atropellan unas con otras”.

A las 2 de la tarde del 9 de abril de 1959, Crispancho muere dejando más de 5000 páginas de su diario y algunos poemas inéditos. Sus libros nunca se reeditaron y es difícil ahora conseguirlos.

Sobre su muerte el poeta había escrito:

«Recomendaciones para mi familia y mis amigos en el caso de mi fallecimiento.

Los avisos de defunción deben incluir la solicitud de que no se envíe ninguna clase de flor nacional sino muguets finlandeses o lotos egipcios o en su defecto tulipanes turcos. Los servicios religiosos serán en la Catedral primada con toda la pompa

digna de un gran poeta. No deben limitarse a lo estrictamente litúrgico, debe haber música de Wagner y Strauss. Habrá capilla ardiente. El funeral debe ser costado por el erario, en ningún caso debe ser sufragado de mi propio bolsillo. No habrá discursos que no hayan sido escritos por Laureano o por mí. El Siglo se limitará a un relato periodístico en el que abunden los juicios positivos y los elogios. El cadáver se debe depositar en una bóveda bulbosa y debe ser encargada por el gobierno a un arquitecto persa o hindú.

Sibaté, enero de 1957»

Ninguna de sus instrucciones se llevó a cabo.

Bogotá, 2017

Rebelión

*“Por eso decimos a la administración:
¡Atención! Es peligroso; prohibid el jazz
y habréis matado de cuajo todos los gérmenes
de la rebelión social que, a las primeras de cambio,
causarán, tarde o temprano, la guerra atómica.”*

Psicopatología del jazz por el doctor Gédéon Molle

BORIS VIAN

Aunque se ignora la fecha exacta de su origen, es de público conocimiento que Raúl, o, mejor dicho, Billy, nació con seis dedos en la mano y tres tetillas. Si bien es cierto que muchos recelaron de sus deformidades, hubo quienes opinaron que sus desproporciones eran augurio de un buen porvenir. Podemos considerar aquellas agoreras opiniones como las responsables de hacer creer a su padre que Billy era el mejor de sus hijos, pues no solo lo exhibía con orgullo en visitas, reuniones, ferias, verbenas, funerales y partidas de ajedrez, sino que evitaba que fuera al mercado, al mandado o a cualquier lugar que le representara esfuerzo. Asistió al colegio más por el apremio y la insistencia de su madre que por el gusto de su padre y si bien cursó y aprobó todos los grados, sé de oídas que eran sus hermanos quienes hacían sus deberes. Fue de ahí, pienso yo, que Billy adquirió su encanto social, su apática indiferencia hacia el trabajo y su propensión a ser siempre el centro de atención.

No es pura casualidad que su padre usara sus influencias para que Billy fuera recibido en la banda del pueblo, pues consideraba que la música podría ser un campo de acción adecuado

para el futuro profesional de su hijo. Es él quien lo inicia en la música de Charlie Parker, Lester Young y Pedro Iturralde; influencia que sería decisiva en las inclinaciones rítmicas del joven y en su elección del instrumento. Si bien la banda carecía de saxofón tenor, su padre manda a traer uno del extranjero y obliga al director a que lo incluya en el repertorio de la agrupación. Al principio, Billy pasa algunos apuros en su intento por aprender el funcionamiento del artefacto, pues no había nadie quien lo supiera tocar y menos quien pudiera enseñarle. No obstante, luego de algunos meses de prácticas inconstantes y carentes de disciplina, el joven sería capaz de extraer de él algunas melodías (aunque al respecto conviene decir que lejos estaba de poder interpretarlo con suficiencia). Pese a la gran pasión del muchacho, sus primeras presentaciones con la banda fueron consideradas un fracaso, las últimas, en contraste, una decepción.

De no ser por la vida afanosa que llevaba, por la voluptuosidad con que dotaba todas sus actividades y por una creciente pasión migratoria, quizá no se le hubiera ocurrido irse del pueblo. El carácter fanático y vehemente de Billy hacía que las fiestas se le hicieran monótonas, que la música no le complaciera y que las mujeres del pueblo le parecieran insípidas y simplonas. Así que, inclinado a sofocar la sed de sus pasiones, a la edad de veinte años, decide irse a la ciudad.

Es de público conocimiento que en Bogotá deambuló por teatros, burdeles, salas de cine, cafés; que ganaba amigos con facilidad en bares, tabernas, cantinas y establecimientos de reputación incierta, y que no hubo lugar que no hubiera visitado y en el que no lo conocieran. Imposible describir con detalle aquel deambular peripatético y pendenciero. En el marco de aquella época y sin entrar en consideraciones sobre los moti-

vos, Billy se casa con una mujer adinerada que conoce en un funeral. El matrimonio se celebra con toda pompa en la Catedral de sal de Zipaquirá y al regreso de una afanosa luna de miel en Catar, Billy se inscribe en la mejor academia de saxofón de la ciudad.

Ya en la primera clase sus maestros notaron que sus manos eran rápidas, que su oído estaba bien entrenado, que el dedo adicional representaba una ventaja en la interpretación del instrumento y que nunca sería músico. Por más esfuerzos que hicieron durante varios meses, no lograron que entendiera la notación musical, la diferencia entre un glissando y un portamento, entre un arpeggio y un acorde, entre un swing y un ragtime y decidieron no seguir invirtiendo más tiempo y paciencia en alguien tan obstinado en no aprender.

El pecado de Billy consistía en que no desaprovechaba oportunidad para contradecir a sus maestros y desdeñar el estudio serio. Sin duda, en su característica obstinación, subyacía un desprecio crónico por los métodos consagrados. Además, tenía la inmodestia de afirmar que improvisar no era el arte de crear con espontaneidad una composición, comprendiendo a fondo las convenciones del estilo musical, como lo decían los expertos, sino que era extraer sonidos del instrumento sin estudio y preparación al antojo del sentimiento dominante. No se fijaba o poco le importaban los patrones rítmicos y los motivos melódicos que marcan la estructura musical. Decía que su estilo era revolucionario y que solo él era capaz de extraer del saxofón esa gran pureza tonal de técnicas armónicas que iban a transformar el jazz.

Esa escrupulosa forma de ver el mundo condujo a dos situaciones que no por diferentes fueron menos determinantes en el comienzo de su carrera: es expulsado de la academia y

con el dinero de su mujer monta una banda de jazz.

Oídos poco informados dieron cierta relevancia a la banda durante sus primeras presentaciones en Bogotá. El grupo llamado El cuarteto imperial (copia del nombre de un grupo de música tropical) estaba compuesto por músicos principiantes a los que Billy se comprometió a pagar enormes cantidades por cada actuación. Allí donde abundaba el ocio, el aguardiente y borrachos dispuestos a escucharlo floreció el estilo de Billy. Su técnica, como mucho, mediana, su registro que distaba bastante de ser aceptable y su capacidad para la improvisación melódica era sorprendente por sus limitaciones y ridiculeces; pero su instinto para encontrar músicos dispuestos a tocar con él y su pericia para hallar lugares dispuestos a contratar a cualquier músico de urgencia eran insuperables.

La llegada del príncipe Borbón a Colombia, en la que le rindieron una gran cantidad de homenajes, señaló la partida de Billy a los Estados Unidos. La intención era hacer una gira de conciertos en Boston, New Orleans y Chicago, pero la muerte repentina de su esposa y la cuantiosa herencia recibida hacen que cambie de planes y se dedique a lo que él denominó: inhalar el vapor de las aguas catárticas del jazz. Luego de un tiempo dedicado a sus “inhalaciones musicales” en el país del norte, en las que nadie sabe muy bien que hizo, se presenta a audiciones para tocar con algunas bandas, pero es rechazado con asiduidad y vehemencia.

Recurre entonces a músicos fracasados y crea el Quartet Imperial Reloaded y sufraga sus propias presentaciones en varios de los mejores clubes de jazz de Nueva York. Con dinero de sobra a su disposición, Billy promociona sus conciertos con enormes carteles publicitarios con luces de neón en los que se hace llamar Euterpe el seis dedos, L'Apolo de l'Amérique, The

Saxo of the Averno, Hanuman Unglaublich entre otros apelativos aún más risibles. Cuando ya ningún club de la ciudad tiene la osadía de recibirlo, recorre varias ciudades del sur de los Estados Unidos, en una casa rodante, con resultados similares. De aquellos conciertos, la revista *Metronome* lo menciona de pasada: «I don't know what the people of The Village Vanguard would be thinking to let go on the stage, in the middle of a Dizzie Gillespie's presentation, a man named Murcia, who is everything, except a musician. I never imagined that it was possible for someone to do foolish things with a saxophone and call it jazz. However, in the world, there are always characters that baffle us for their greatness or ridiculousness» lo que en mi traducción libre sería algo así: «Cómo se les pasó por la cabeza, a los Adelantados del Pueblo, recibir a este pendejo que no hace más que tonterías con el saxofón y que de músico no tiene nada.»

En aquellas presentaciones Billy nunca se la puso fácil a su escaso público. Su música era rica en disonancias, sus melodías no eran canciones fáciles de tararear, más bien podríamos decir que era imposible; sin embargo, Billy, a pesar de que cada vez se veía más aislado y excluido, confiaba al máximo en sus proezas, pues nunca hubo una persona que se encontrara a sí misma tan simpática en cada movimiento y en cada expresión, de ahí que su seguridad en el escenario fuera envidiable.

En 1985 graba un disco, costado de su propio bolsillo, llamado *Triviality*, en el que el ritmo y la armonía desempeñan un papel modesto y en el que además se evidencia un desprecio total por lo tradicional. El disco fue distribuido por Billy en varias emisoras de Estados Unidos y Colombia, junto con una suma de dinero que garantizara su emisión. Una reseña de la época publicada en Barranquilla diría: “Murcia toma el torbelli-

no y sobre su base y forma de sentir se expresa de una manera libre y sincera por encima de la concepción rítmica y la improvisación del jazz moderno; con lo que logra la meritoria labor de devastar por completo dos mundos musicales. Este joven saxofonista, si es que así se le puede llamar, ha logrado algo único y aterrador en el panorama musical del jazz. De repetirse un experimento similar es probable que el músico o quienes lo escuchen corran el riesgo de perder su integridad mental”.

Podemos suponer que poco le importaban este tipo de comentarios y que confiaba en que su revolución musical sería un día entendida y valorada, ya que dos años después aparece otro álbum titulado *Scaffolding*, que, para mi joven e inexperto oído, es inaguantable. Sobre este álbum no hay mención alguna, por lo que podemos suponer que fue recibido con notoria indiferencia.

Intuyo que las emociones producidas por su fallida experiencia lo llevan a grabar un último trabajo titulado *Loudspeaker*. Como lejos estoy de considerarme una autoridad en temas musicales, me abstengo de emitir un concepto valorativo y me limito a hacer solo una mera descripción de lo que oí. En la canción que le da nombre al álbum se escuchan resonancias extrañas de un saxofón sobre una base de guabina. Billy altera palabras y melodías usando su voz como instrumento y emitiendo unos gritos confusos y deshilvanados. En ocasiones, entre golpeos de ollas y estruendos de elementos metálicos (posiblemente cubiertos) logra distinguirse palabras que empiezan por G como garboso, galladura, gubia, guayabate y gachasmigas o por CH como chácena, chachaguata, cháchara y chachay, aunque más bien es chacolí, también es posible que sean palabras en inglés, aunque la verdad poco importa. Los paroxismos de cada pieza se marcan o con un suspiro cortado o con lo que pare-

ce el estruendo de un saxofón estrellándose contra una pared. En canciones como *La pata de la pulga* o *The cocodrile Blues* o la balada de la cebolla sus pocas virtudes como cantante son patentes. Su entonación opaca, su modo indirecto y declamatorio y su sentido del compás escasos. Ese disco, en palabras de Louis Armstrong, “suena más como una fiesta de niños y payasos que se está saliendo de control que como una sesión de grabación”.

En enero de 1989, Billy es arrestado por romper los vidrios de un club de jazz que se negó a recibirlo y un segundo arresto en marzo, por la misma causa y otro en abril por quitarse la ropa durante una presentación y otro a mediados de mayo por intentar extraer sonidos mediante la frotación de su pene contra el saxofón en público, hicieron que Billy fuera legalmente declarado demente; razón por la que es confinado en un manicomio de la localidad de Harrisburg, Pensilvania. Ahí pasó los cinco años siguientes hasta que su situación se deterioró y luego de su salida no se supo más de él.

En el último concierto del que se tiene noticia, Billy, poseído de una euforia incesante, cantaba, hablaba, bromeaba, gruñía y casi como una idea de última hora tocaba el saxofón. Los músicos que lo acompañaban parecían aburrirse enormemente en el escenario e incluso parecían desdeñar la música. Durante dos horas, aquella sesión rítmica disparatada, plagada de sonidos rebuscados, desastrosas intervenciones e incursiones lamentables estuvo casi a punto de desocupar el lugar. Mary Lou William, presente aquella noche, describiría la escena años más tarde y diría que las canciones de Billy reflejaban claramente una expresión muy personal y que cuando hacía hablar al saxofón, este le decía, por favor no me toques más y guárdame en el estuche.

Sorprende comprobar ahora que, aunque despreciado, vilipendiado y menospreciado por los críticos, Billy se convertiría en una referencia contradictoria del Jazz experimental moderno.

Fusagasugá, 2012

Un encuentro inesperado

*“Yo que sentí el horror de los espejos
no solo ante el cristal impenetrable
donde acaba y empieza, inhabitable,
un imposible espacio de reflejos”*

JORGE LUIS BORGES

La fama con la que han sido favorecidas las canciones de Emiliano Dazi logró que el público pusiera más los ojos (o mejor dicho los oídos) en sus composiciones que en la vida del insigne juglar. Autor de más de trescientos temas de aires rítmicos variados que van del son al merengue vallenato, fue uno de los mayores exponentes de la música del caribe. Cultor de la décima espinela, dueño de una obstinación y una facilidad para las mentiras y heredero de una afilada sensibilidad, que le permitió burlarse del mismísimo diablo y de todos los que lo despreciaron. Su vida oscila entre lo mítico y lo grotesco.

Nació en Lagunita de la Sierra, a orillas del río Arenoso, una lluviosa tarde de verano, y por poco se ahoga, de no ser porque en ese momento un cura que pasaba de camino hacia un pueblo vecino pudo prestarle a su madre oportuno auxilio. En sus primeros años, Emiliano Dazi jugaba al fútbol en su tiempo libre y ayudaba a su padre a cosechar la yuca, a su madre a pilar el maíz y a su abuela a hilar el maguey para las mochilas con sus pocas fuerzas, no carentes de buena voluntad. En las noches, escuchaba con fruición las historias de su abuelo al calor de la

estufa, abrazado a la falda de su hermana mayor hasta quedarse dormido.

Cuentan que su primera infancia fue feliz y que de no ser por su ingreso al colegio las cosas hubieran seguido bien para él. Su tendencia natural a servirse con preferencia de la mano izquierda le hizo granjear la antipatía y el menosprecio de sus profesores, que se esforzaban en “corregir” al joven golpeándolo con varas de madera en la espalda y obligándolo a sostener dos ladrillos sobre las manos hasta el desmayo. Facultados por el ejemplo de los maestros, sus compañeros le urdían chanzas, chistes y bufonadas que terminarían por desarrollar en Emiliano una sensibilidad única y un resentimiento compasivo. Fue por ese entonces que juró no volver a pisar un establecimiento de enseñanza en el resto de su vida. Todo apunta a que el juramento se cumplió.

A partir de aquel tiempo, dicen que Dazi vagó con cauchera en mano por los alrededores del pueblo, matando sinsontes y jilgueros y tumbando sus nidos a pedradas; llenando de arcilla los huecos que excavaban las guartinajas en las raíces de los árboles y aplastando los blindajes de los caracoles; cazando puercoespines y reventando sapos contra el suelo. Algún tipo de curiosidad científica lo hacía experimentar con toda clase de insectos, gusanos, aves, mamíferos, peces, víboras y no se complacía solo con diseccionarlos y examinarlos pormenorizadamente, sino que se complacía viendo la forma particular en la que cada cual enfrentaba la agonía. En la manera como un animal enfrenta el dolor, atestiguan que decía Dazi, es posible encontrar las claves que le permitirán al hombre hacerle cara a las tribulaciones que lo agobian.

Al advertir que esas prácticas seudocientíficas con los animales no rendían ningún beneficio de tipo práctico, su

madre juzga a bien concertar a Dazi, que era cuando a un niño lo entregaban a una familia adinerada para que ayudara con las faenas diarias a cambio de un exiguo, pero muy necesario estipendio. Dazi es cedido entonces a cambio de una gallina, un kilo de maíz, dos racimos de guineo y cinco pesos de compensación mensual. Aquella familia, para quien la virtud de los trabajadores (no de ellos) se adquiría absteniéndose de lo esencial, lo sometió a trabajos penosos, a soportar hambre, sed, calor y frío, además lo obligó a padecer varias horas en rezos, oraciones, plegarias en unas misas sin fundamento que hacían para los peones todos los días a las once de la noche.

Sobra decir que la vida de Dazi en aquel lugar no fue fácil, pues, además de las extenuantes jornadas a las que fue sometido, quedó ciego. Meses después de iniciar su trabajo se atrevió a acercarse a la casa y por curiosidad entró en una de las habitaciones. En ella encontró a un niño delgado, de expresión triste, que lo miraba fijamente. Dazi lo saludó con un movimiento de cabeza y el niño, como si hubiera intuido lo que él haría, lo saludó igual. Mientras Dazi le preguntaba al niño cómo se llamaba, lo vio mover los labios mientras él hablaba, pero no recibió respuesta. Enojado, le mostró la lengua y este hizo igual, así que permaneció callado y retando con su mirada a aquel chiquillo malcriado (quizá el hijo de la dueña de la casa) que lo miraba con cruel superioridad. Derrotado, salió de la habitación llorando. Al día siguiente, Dazi se coló de nuevo en la casa y ocurrió una escena similar, pero con gestos obscenos de parte y parte, hasta que el misterio le fue revelado: aquel niño no era otro que su reflejo en el espejo. Desde aquel día, cuentan que Dazi pasaba varias horas frente a aquel cristal que duplicaba su imagen, reconociéndose y descubriéndose en aquel artefacto mágico que nunca hasta entonces había visto. Algunos sostienen que

la pérdida de su vista fue por la inmoderada contemplación del espejo, otros, que quién sabe. Acerca de la verdad de estas afirmaciones no podemos asegurar nada, pero en algunos círculos se afirma, como rumor sin confirmar, que quedó ciego porque el destino lo quiso así.

Debido a su condición, fue despedido y enviado de regreso a la casa de sus padres, pero estos no quisieron recibirlo, pues decían que si había quedado ciego era fruto de una maldición del cielo y, por lo tanto, no querían saber nada de él. A partir de ahí, es difícil determinar qué hizo o qué pensó, cómo logró sobrevivir con su ceguera, qué comió, dónde durmió, qué lugares visitó, en qué forma aplacó sus deseos carnales, si es que los aplacó. Sabemos, eso sí, que antes de cumplir la mayoría de edad se va a vivir a una ranchería de la Guajira con un viejo ermitaño que se ganaba la vida sanando el mal de las carnes con sobadas y ungüentos y tocando en parrandas con su acordeón. Durante ese tiempo el viejo no solo le lee con asiduidad novelas y libros de historia, sino que además lo instruye en los secretos del corazón, en la ordenación estrófica y métrica de la poesía española, y en la forma en que podía extraer ciertas notas del acordeón. El estilo del viejo caracterizado por una armonía diatónica es superado rápidamente por Dazi quien empieza a usar armonías extendidas, melodías cromáticas y acordes no diatónicos que le daban un matiz innovador a su interpretación. Cuando el viejo muere, le lega su acordeón a Dazi y a partir de entonces este comienza una serie de correrías que lo llevarían a ganar cierta fama como intérprete y cantante.

Muchas son las historias que se han tejido sobre su emblemática figura. Una de ellas dice que cierto día en una parranda una mujer se le acercó y le pidió que le adivinara el futuro. Dazi, confundido, le preguntó el motivo de tan extraña petición y ella

le contestó que los ciegos pueden ver el porvenir porque ven con los ojos del corazón. Un poco desconcertado, Dazi buscó la mano de la muchacha y la acarició; le dijo algunas ingeniosidades persuasivas y con los dedos de la mano libre siguió el camino hasta su cuello; le hizo caricias de araña en la nuca y, como si se tratara de una yegua, la agarró del cabello y la arrimó con firmeza hacia él; luego, le recitó un verso de Lorca al oído y le dio un beso en la mejilla; sin soltarla, sus labios caminaron con dilación calculada hasta la boca de la muchacha y cuando la encontró por fin, desarmó con su lengua la resistencia de aquellos labios jugosos de patilla y la besó con desorden; al final, la rastreó con su miembro, la liberó de la falda y de los calzones y le hizo un amor a tientas. Al día siguiente, antes de despedirse, Dazi le dijo, vete rápido porque va a llover, y aunque ella no le creyó al principio, pues el cielo estaba despejado, al poco rato, se desgranó un aguacero de esos que desenteja el cielo.

Por toda la provincia comenzó a correr el rumor de que había un músico ciego que adivinaba el futuro y desde entonces muchas fueron las personas que lo buscaron para que les predijera calamidades matrimoniales y crisis domésticas, desgracias amorosas y adversidades agrarias, muertes y nacimientos, bodas y pleitos. Dizen que sus vaticinios se cumplían y que de no haberse negado a recibir más peticiones de este tipo sería rico. Sobre esto, Dazi afirmó alguna vez que solo le decía a la gente lo que esperaban escuchar y que era la certidumbre en el vaticinio la que hacía que las vainas se cumplieran.

Dazi continua con su existencia errante. Estaba hasta el cogote de interpretar temas de otros y de decirles pendejadas a las muchachas, así que o por inconformismo o por simple aburrimiento, deja de ser el acordeonero adivino y pasa a convertirse en compositor. Cuando quedó ciego, Dazi se dio a la tarea de

aprender de memoria el canto de los pájaros y ahora su método de composición consistía en combinar esas armonías en su cabeza para luego ajustarles los versos. De este modo la magia quedaba hecha. El primero de sus cantos dice que lo escribió una tarde junto a un río mientras escuchaba a unos turpiales y recordaba a aquella mujer que lo volvió adivino y hombre a la vez.

Le canto con emoción
A aquella que me bendijo
esa flaca que predijo
Que veo con el corazón
Y me cambió la razón
con su cuerpo y su querer
y me ayudó a sostener
la pena de esta ceguera
pa' que Dazi no sufriera
y cumpliera su deber.

Al ver que sus canciones gustaban, pero que era poco el dinero ganado en las parrandas, se le ocurrió la idea de incluir el nombre de las personas en sus composiciones, pues creía que esto podría ayudar a que, o por agradecimiento o vanidad, los mencionados al sentirse en deuda le soltaran algunas monedas de más.

Dicen que su nombre es Daniela
Pero yo creo que es Dolores
Pues sus ojos arrebatadores
Me van a hacer morir de pena

Luego, consideró oportuno, ante la carencia de oficina de correos en la zona, enviar recados musicales o transmitir noticias o chismes en sus cantos.

Díganle a esa gorda fea que vive en Valledupar
Que no me joda a Chema y que ya lo deje en paz
Que mujer tiene y tres hijos, si quiere le digo más
y que, si sigue fregando, la cara le voy a zumbar

El método funcionó con creces, pues además del dinero que recibía, que hay que aclarar no fue mucho, las historias y recados que mandaba resultaron transformados las más de las veces en canciones hoy aclamadas en todos los círculos musicales. Vale la pena añadir que alguna vez Dazi cometió la brillante osadía de enlazar los nombres de todas las personas de un pueblo, en total sesenta y tres personas, en una canción. Gracias a este canto reunió la cantidad suficiente para comprar un terreno en el que pudo construir su casa.

Vive Ángel con Eugenia
Margot con Johana y Delgado
Y casa tiene Arturo al lado
De Lucy y se muere por ella

Está Rafael y Espinosa
Solteros muy codiciados
Y las gemelas Tolosa
Los tienen un poco embobados

Valiéndose de este tipo de audacias, Dazi pone sus cantos en los oídos y en la boca de la gente. Año tras año, las canciones

y su fama se multiplican y los músicos locales interpretan sus composiciones en parrandas y funerales y los popularizan entre la gente de la región. Con cada nueva canción, Dazi gana adeptos y enemigos, fama de poeta y juglar, reputación de soberbio repentista y flagrante mujeriego, aprecio como compositor y ningún dinero. Algunos cantantes de la época grabaron su música sin darle crédito y prometiéndole pendejadas como hamacas o equipos de sonido y muchos años tardaría en ser reconocido como el autor de aquellas canciones que hacían trepidar los pies y los corazones de todo un país.

En la provincia, su fama se extiende y encuentra adeptos en cada casa y las invitaciones a ferias, bazares y parrandas, al igual que las mujeres dispuestas a compartir su cama, crecen con cada amanecer. Durante las largas jornadas que anduvo errante por los caminos de la provincia, entonando sus composiciones, respondió con amabilidad a los retos que le hacían sus contrincantes. Era común entonces retar a un duelo a aquellos que se consideraban superiores o en la piquería o en la interpretación del acordeón. No se sabe de encuentro de repentistas al que Dazi no asistiera y tampoco que haya sido derrotado, pues sus versos no solo eran ingeniosos y llenos de picardía, sino que revelaban una cultura, una intuición y una clarividencia únicas.

Dicen, como rumor sin confirmar, que un día, mientras escuchaba su radio de camino a casa, Dazi se encuentra con un hombre vestido de negro, de sombrero de fieltro y montado a caballo que lo reta a un duelo. Dazi, como de costumbre, acepta con humildad el desafío. En la noche, cuando llega a la gallera a cumplir la cita, es recibido en medio de una gran ovación. Cuando lo ubican en el centro de la arena, saluda con respeto a su contrincante levantando su sombrero de caña flecha y luego de acomodarse el acordeón, arremete con el ímpetu de un boxea-

dor novato con un son.

Yo vine pa' aceptar la invitación
De este forastero que me desafió a trovar
Y aquí estoy con mi acordeón
Pa' ver que quiere probar

Al terminar el primer verso, estalla una borrasca de aplausos y vítores que son interrumpidos por los magistrales tonos bajos de un acordeón y la voz subterránea del forastero.

Yo vengo, yo vengo desde muy lejos
Solo porque a Dazi yo le quiero comprobar
Que no solamente es ciego,
Sino que trova muy mal

El público, que, de ante mano, ya daba por ganador a Dazi, se deja seducir por la maestría del forastero. A partir de ahí las trovas y los insultos rimados van y vienen, y los aplausos los favorecen con igualdad. Durante media hora intercalan versos y melodías bien medidas y el público, que nunca había presenciado un encuentro tan parejo y lleno de emoción, comienza a hacer apuestas y a dividirse entre los dos contrincantes.

Agotado por el esfuerzo, Dazi, que ya empieza a aburrirse con el empate, cambia de aire rítmico. Ataca con un merengue bien movido con el que intenta poner a su contrincante contra las cuerdas, pero a pesar del esfuerzo no logra su propósito y el forastero se impone en la contestación. Aquel hombre ya no solo responde a cada golpe de Dazi con destreza mental y armónica y una agilidad y precisión envidiables, sino que ataca con una potencia sonora tal, que Dazi se ve en aprietos, por

momentos, para resguardarse de los golpes propinados por su contrincante. El público, finalmente hechizado con la versatilidad del forastero en el arte de construir versos, se inclina a su favor y empieza a darlo como ganador.

Cuando pareciera estar llegando la que sería su primera derrota, Dazi abanica su acordeón con furor y, con todo el peso de su experiencia, arremete con una puya y una trova llena de gracia y de insinuaciones bíblicas a las que el forastero evidentemente molesto responde con cólera. Agotado, sin fuerzas, lleno de miedo y sudor, aunque esto es una mera suposición, Dazi golpea con un torrente de jaculatorias bien rimadas de frenética religiosidad. El forastero, con evidente crispación y desconcierto, embiste con fiereza usando una melodía aterradora y Dazi, lesionado en su alma, siente que sus dedos y su cerebro ya no le responden.

A pesar de sus heridas morales y de que pareciera no ser capaz de salir del atolladero, Dazi saca fuerzas de donde no las tiene y con un vigor excepcional, se acerca al forastero y lanza un último ataque desesperado.

osoredopodoterdapsoidne oerc
arreitaledyoleicledrodaerc
ojihocinuusotsircusejne oerc
odibecnocuefeuqroñesortseun
otnas utiripsledaicargyarbo rop

Tan pronto como hubo terminado, las miradas se desviaron hacia el forastero, pues estaban ansiosos de escuchar la contestación de aquel verso de locura, y una multitud de ojos atónitos vio como una figura extraña arrojó el acordeón al suelo y salió corriendo del lugar en medio de una nube de

humo o de polvo. La gente, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando, se quedó boquiabierta cuando vio al forastero, convertido en quien sabe qué cosa, alejarse de manera tan abrupta después de la jeringonza de Dazi. Al final, cuando le preguntaron a Dazi que qué había sido toda esa carajada, él les respondió que aquel individuo no era otro que el diablo y que de no haber cantado el Credo al revés ahora ya no estaría contando el cuento. Sea o no verdad, el hecho es que con este duelo la fama de Dazi pasa a convertirse en leyenda.

En su vejez, es merecedor de algunos homenajes del gobierno y de las disqueras y los canales de televisión que se enriquecieron con sus canciones. Recibe condecoraciones, galardones, medallas, diplomas, palmaditas en la espalda por su aporte al folclore nacional, pero nada de dinero. La llama de su vida se extinguió con la vejez y la pobreza, la de su música y la de su leyenda aún se mantienen intactas.

Bogotá, 2021

¿Comprendes la gravedad de la situación?

*“Lo auténtico del cinematógrafo
no puede ser ni lo auténtico del teatro,
ni lo auténtico de la novela,
ni lo auténtico de la pintura.”*

ROBERT BRESSON

En algún momento de su adolescencia, luego de leer la biografía del prolífico pintor turco Rodans Iaram, Dagoberto Lugosi decidió ser artista. De cómo llegó el libro a sus manos o qué situaciones de la lectura lo llevaron a tomar la decisión, sería especular y para el caso no vale la pena la indagación. Nació en Fusagasugá y fue el tercero entre sus hermanos. Aunque su infancia trascurrió rodeada de obligaciones y trabajos penosos, siempre sacó tiempo para la lectura y la fabricación de esculturas de caballitos de barro que vendía en el pueblo los días de mercado.

Hasta ese entonces no se sabía de ningún miembro de la familia que hubiera sido artista o que tuviera pretensiones de serlo, así que se guardó muy bien de expresar sus deseos en público, pues seguir el camino del arte, en esa época, era indicio de flojera intelectual. Durante varios años, Lugosi cultivó en secreto su vocación y si no decayó en su propósito fue gracias a una obstinación heredada. Estaba aislado de cualquier expresión artística culta y carecía por completo de contacto con el mundo del arte. Su bisabuela, al advertir cierta precocidad inte-

lectual en el muchacho, le enseña versos del Indio Rómulo y del Indio Duarte y orgullosa se sentía al escucharlo declamar con acento y jerga propia de campesinos en el festival anual del pueblo. Cuentan los que lo conocieron, que Lugosi recitaba los versos con acento rimbombante, moviendo las manos mecánicamente y que eso, muy a su gusto, le valió el apodo del poeta.

Cuando cumplió la mayoría de edad, dejó la tranquilidad serena del pueblo y partió a la ciudad con el firme propósito de cultivar su talento. Si bien la vida de aislamiento fue propicia para ayudarle a Lugosi a adquirir una visión sensible de la existencia, fue la convergencia cultural de la capital la que lo ayudaría a cultivar una particular perspectiva estética. En la Academia de Bellas Artes de Bogotá cursa estudios, en principio, de gramática, luego de pintura y después de escultura; al final decide que lo que va en conformidad con sus inclinaciones es el arte dramático. Afirmaba que los artistas que usan un medio ajeno a su cuerpo como el pincel, la pluma o el cincel con dificultad pueden retratar las emociones humanas, ya que, según él, toda expresión artística debe ser capaz de materializar las emociones con y no a través de un medio.

En la academia aprende a manejar el cuerpo bajo los cánones franceses y rusos. Estudia con avidez el teatro experimental de Enrique Buenaventura y el teatro del silencio de François Rosira. Aprende el teatro de sombras y los malabares; la oratoria y la danza; la pantomima y el canto. Así pues, medianamente instruido en los secretos del oficio, funda con algunos amigos el grupo de declamadores, cantadores y actores conocido como Joven Generación. A partir de ese momento, comienza un peregrinaje del cual se conservan algunos artículos de periódico desperdigados y una fotografía tomada por un tal Gerretsen Gamma, publicada en la edición francesa del libro *Las Venas*

abiertas de América Latina de Eduardo Galeano, en la que aparece Lugosi de espaldas, colgado en la cruz, interpretando a Jesús. Uno de los hombres que entre la multitud mira fijamente a la cámara con cara de atolondrado sería años después el protagonista de una de sus películas. Las presentaciones del grupo Joven Generación terminan cuando a Lugosi le ofrecen vincularse con una desconocida compañía teatral francesa y deja todo lo conquistado hasta el momento.

Existen indicios que viajó por varios países: se sabe por documentos, fotografías, recortes de prensa, placas conmemorativas guardadas con celo intelectual, que actuó en Ámsterdam, París, Madrid, Londres y China; que interpretó personajes menores en La Fenice de Venecia, el Bolshoi de Moscú y el San Carlo de Nápoles, que logró cierta fama con su interpretación del Coronel Pickering en el Wiener Staatsoper de Viena y que esto le valió no solo los aplausos del público, sino una avalancha de críticas generosas de los entendidos. Existen registros fílmicos que evidencian su aparición en un conocido concurso televisivo japonés en el que predominan las risas del público, sin embargo; la incompreensión de la lengua no nos permite desvelar si se reían de Lugosi o no.

De un modo general, casi todo el mundo sabe que, hacia los cuarenta años, en lo que podría denominarse la cúspide de su carrera como actor, Lugosi abandona la actuación para dedicarse a la dramaturgia. Escribe, en principio, una comedia erótica sobre un zapatero y una prostituta titulada “Entre la vie et la mort”, muy mal recibida por la crítica y vetada en los teatros no por obscena sino por mala. Aferrado a su idea, y sin prestar mayor atención a sus detractores, intenta llevar a las tablas la Principia Mathematica de Russell y Whitehead, tragicomedia en tres actos titulada “La paradoja del Barbero”, obra con la que

logra quitarse la fama de mal escritor y ganarse la de desquiciado.

Por obras tan desconocidas como despreciadas, entre las que se cuentan “Los cuatro músicos” o “¿Comprendes la gravedad de la situación?”, hoy casi inencontrables, sabemos que Lugosi trabó estrechas relaciones con prostitutas croatas y bailarines callejeros; con profesores de español advenedizos y payasos de feria; con pintores desquiciados y militares sifilíticos; con poetas desdichados y con homosexuales lánguidos. Todos personajes principales de sus escritos.

El fin de la estancia de Lugosi en París, fue dada por la notable indiferencia con la que fue acogida su obra y por un panorama laboral cada vez más nublado, de modo que decepcionado con la incomprensión del público europeo y sin otra posibilidad para ganarse la vida regresa a Colombia.

Una vez en Bogotá, vagabundea un poco y encuentra trabajo como Dj en un bar de salsa llamado Quiebracanto. Mientras la gente baila, él escribe un guion para cine titulado “sin calzones”, guion de marcada influencia francesa que nunca llegaría a rodarse, pero que señalaría un cambio de rumbo (que contradecía de modo total su filosofía estética) en las inclinaciones artísticas de Lugosi. A la vez que intenta encontrar productores dispuestos a financiar sus proyectos, hace algunas apariciones esporádicas en diferentes telenovelas: Te voy a enseñar a reír, payaso; La guerra de las magnolias, jardinero; Pedro el membranoso, pescador; Sofia no me quites el tiempo, relojero; No me desampares ni de noche ni de día, vigilante; Como Pedro por su casa, político; Apareamiento carnalero, bailarín de comparsa; María Rosa búscame una moza, gigoló.

Con el dinero ahorrado, Lugosi escribe, produce, dirige y protagoniza su primera película: El que tiene tienda que la

atienda, una especie de western santandereano de cuarenta minutos en el que aparecen zombis que botan baba anaranjada, extraterrestres con forma de muñecas Barbie, vaqueros y reptiles gigantes que hablan. La película es proyectada, luego de una tenaz insistencia suya, en la Cinemateca Distrital de Bogotá en una muestra de cortos colombianos bajo la categoría de “experimental”. Película poco verosímil por la precariedad de los efectos.

Su primera película importante fue *La ley es solo para los de ruana*, comedia en la que se trata el tema del embrutecimiento de la clase política. Esta fue la única de sus películas que no fue producida por él, pero que fue vetada en el país por denuncias anónimas acerca del origen de su financiamiento. La película, proyectada fuera del país, tuvo un estrepitoso triunfo de audiencia, pero un fracaso aparatoso de la crítica. Sobre esta película escribe un comentarista: “Lugosi se dirige así mismo, en lo que resulta ser no una sátira mordaz a la realidad colombiana, ni un drama realista, ni un thriller político, sino una comedia de humor pueril que sacará una que otra sonrisa desganada al que tenga la mala suerte de verla.”

Tras ese filme, estrena el largometraje *El que reza y peca* empata, que supone la incursión de Lugosi en el alcoholismo y en el género de terror. Tras reunir un excéntrico grupo de personajes tan variados como dispares, se aíslan por varios meses en una finca de las afueras y ruedan una serie de escenas improvisadas de carácter paranormal. Película de secuencias claustrofóbicas, diálogos plagados de dobles sentidos y llena de fallos en la puesta en escena. La cinta difícilmente consiguió distribuidor y, cuando lo logró, fue retirada al día siguiente de las salas dónde se estrenó.

Al no recibir ningún tipo de beneficio económico por sus

películas, se dedica a escribir guiones para la televisión. Escribe más de diez telenovelas, melodramas típicos de la joven pobre, que después resulta ser rica, que se enamora del hombre rico, que por causas del destino se vuelve pobre, y tres miniseries históricas donde los acontecimientos históricos quedan en segundo plano y se les da mayor relevancia a los besos de amor de la pareja protagónica. Todo un éxito de audiencia que le llevarían a ganar cuatro premios India María Antonia. El dinero ganado lo gasta todo en bebida y en un viaje a Melgar con unas “amigas”.

Lugosi se hace viejo y sus guiones para televisión empiezan a hacerse casi imposibles de realizar, pues no solo exigían una enorme cantidad de actores y efectos especiales, sino que la duración de los planos era excesiva y los diálogos, una gran confusión, motivo por el que es retirado del canal para el que trabajaba. Confiado en su talento, Lugosi invierte el dinero de la liquidación en la filmación de la trilogía Hierba mala nunca muere compuesta por Nanay Cucas, Está que se las pela y Me la puso de pa' arriba. Películas consideradas de culto en ciertos círculos, plagadas de material de archivo mal ajustado, errores técnicos, escenas surrealistas y pornográficas. Trilogía basada en la vida y experiencias de recreadores que estudian en la universidad o universitarios que trabajan de recreadores y que salen de paseo a la costa o van a fiestas o de campamento.

Sobre sus últimos días nadie sabe nada. Lo encontraron muerto con un libro de poemas de Roque Daltón.

Bogotá, 2015

Gratitudes

Debo principalmente gratitud a mi hija Juliana cuyo amor me motivó a darle forma final a este libro. Encontrar formas para quedarnos en la memoria de nuestros hijos es lo que muchas veces nos lleva a asumir este tipo de retos. A mi hermana Catalina cuyos lucidos comentarios contribuyeron a mejorar varios de los textos. A mi tío Manuel, lector fugaz de algunos de estos cuentos y quién siempre me advirtió cuando la emoción me hacía perder la verosimilitud. A mi padre Germán Torres, lector paciente de todos mis borradores. A todos los que con sus palabras, amistad, amor y consejos me dieron el apoyo y el valor para culminar este libro.

A la Universidad de la Amazonia por permitirme compartir estos sueños con nuevos lectores.

Este libro fue editado por la Editorial Universidad de la Amazonia
Está compuesto en caracteres Calisto MT y Alegreya Sans
Impreso en el año 2023, por Periódico de la Nación
Neiva, Huila., Colombia.

MOTIVOS PARA MORIRSE

“Porque el amor, o cualquier otra emoción, puede colmarnos o dejarnos vacíos, puede ayudarnos a vivir o matarnos, puede llevarnos al cielo o al infierno si no se domina, si no se le pone una camisa de fuerza que la mantenga a raya”.

Un anciano que decide matar a su médico porque no lo miró durante toda la consulta; un hombre que se convierte en mendigo para evitar los espejos; un muerto que nos habla desde el más acá para contarnos como murió, y cuya mayor preocupación es saber la hora; un músico que se enfrenta con el diablo en una parranda mística; unas monjas que para ocultar un oscuro secreto llegan a las peores aberraciones; unos hijos que regresan a su pueblo, luego de fracasar en sus vidas, y el aburrimiento los lleva a inventarse locuras. Todas estas son algunas de las historias que hacen parte de este libro en el que artistas, políticos, oficinistas y gente del común nos muestran lo irracional de todo, a través de su propia irracionalidad. Un libro en el que cada historia hay una tensión latente, una sensación de que algo es inminente. Relatos en los que la existencia ordinaria de los protagonistas adquiere en algunos casos una suerte de dimensión heroica y fatal.

“La Violencia nunca te abandona; puede que se ausente por un tiempo, que permanezca dormida alimentándose de la indiferencia para hacerte creer que estás libre de ella, pero siempre regresa con mayor ímpetu y saña y, cuando menos lo esperas, te aniquila por completo. El día que la Violencia ha decidido casarse contigo, no hay forma de romper ese lazo”.

ISBN: 978-628-7693-02-9



9 786287 693029

Universidad de la
Amazonia
UNIVERSIDAD DE LA AMAZONIA

VICERRECTORÍA DE INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN
**EDITORIAL UNIVERSIDAD
DE LA AMAZONIA**

LIBROS DE INTERÉS GENERAL